

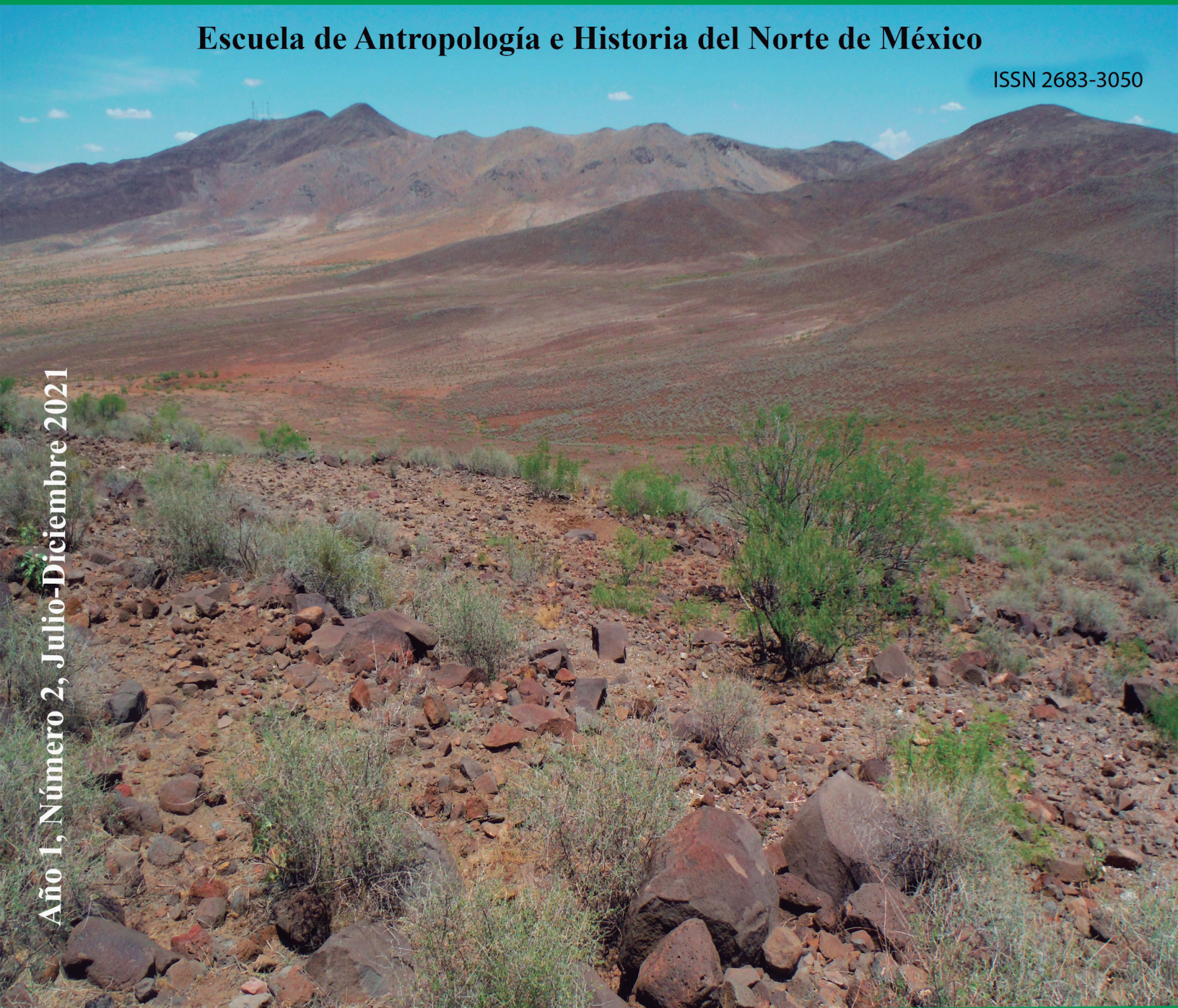


Expedicionario

Revista de estudios en Antropología

Escuela de Antropología e Historia del Norte de México

ISSN 2683-3050



Año 1, Número 2, Julio-Diciembre 2021



Directorio

Secretaría de Cultura

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Diego Prieto Hernández
Director general

Aída Castilleja González
Secretaria técnica

Rebeca Díaz Colunga
Coordinación Nacional de Difusión

Escuela de Antropología e Historia del Norte de México

María Jesús Cen Montuy
Directora

Jacobo Córdova Jaquez
Secretario académico

América Malbrán Porto
Responsable de la edición

Frida Salcido Hernández
Edición y diseño

Ana Sofía Rodríguez Quiñonez
Diseño de portada

Fotografía de portada y contraportada

Miriam América Martínez Santillán

Fotografía segunda de forros

Miriam América Martínez Santillán

Expedicionario. Revista de estudios en antropología, año 1, No. 2 enero-junio 2021, es una Publicación semestral editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Córdoba 45, colonia Roma, C.P. 06700, alcaldía Cuauhtémoc, Ciudad de México, www.inah.gob.mx, expedicionario_eahnm@inah.gob.mx. Editor responsable: Paulina Renee Mundo Gómez. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No.: 04-2021-060722155600-203, ISSN: 2683-3050, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor. Responsable de la última actualización de este Número, Escuela de Antropología e Historia del Norte de México. Responsable de la actualización Paulina Renee Mundo Gómez. Calle 5 de febrero e Instituto Politécnico Nacional (Calle 28) #301, Col. Guadalupe, C.P. 31410, Chihuahua, Chihuahua, fecha de última modificación 8 de junio de 2021.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Comité Editorial

Mtro. Raúl García Flores (†)	EAHNM-INAH	Antropología Social
Dra. María Jesús Cen Montuy	EAHNM -INAH	Antropología Social
Dr. Juan Loera	EAHNM-INAH-CONACYT	Antropología Social
Dr. Víctor Ortega León	Centro INAH Chihuahua	Arqueología
Dra. Elsa Hernández Pons	CNMH-INAH	Arqueología
Dr. Enrique Tovar Esquivel	Centro INAH Nuevo León	Historia
Dr. Horacio Almanza Alcalde	Centro INAH Chihuahua	Antropología Social
Mtra. Irma Gabriela Fierro	EAHNM-INAH	Antropología Social
Mtra. Paulina Mundo	EAHNM-INAH	Antropología Física
Mtro. Carlos Alberto Torreblanca Padilla	Centro INAH Zacatecas	Arqueología
Mtro. Carlos Mandujano Álvarez	Centro INAH Baja California Sur	Arqueología
Mtra. María de Guadalupe Fernández Ramos	EAHNM-INAH	Antropología Social
Mtro. Arturo M. Herrera Bautista	EAHNM-INAH	Antropología Social
Mtra. María del Carmen Lerma Gómez	DAF-INAH	Antropología Física
Mtra. Blanca Lilia Martínez de León Mármol	DAF-INAH	Antropología Física
Arq ga. Miriam América Martínez Santillán	EAHNM-INAH	Arqueología
Arq go. Júpiter Martínez Ramírez	Centro INAH Sonora	Arqueología
A.F. Martha Samantha Vargas Velasco	EAHNM-INAH	Antropología Física
A.F. Sara Daniela Somohano Mariscal	EAHNM-INAH	Antropología Física
Lic. Socorro Pimentel Pereda	UACH	Historia



Índice

Presentación	
Carlo del Razo Canuto	6
Artículos	
“Pópula ciudad de edificios”: a propósito de la primera descripción arqueológica del noroeste de Chihuahua Víctor Ortega León	9
Los restos vegetales de las casas acantilado en la Sierra Madre Occidental, Chihuahua Miriam América Martínez Santillán	18
Lo que el estudio de la cultura material huichola puede aportar a nuestra perspectiva de la cultura material prehispánica: implicaciones del giro ontológico en la arqueología de Alta Vista, Zacatecas, y regiones afines Nora Rodríguez-Zariñán	30
Establecimientos coloniales en torno al Camino Real de Tierra Adentro, Chihuahua América del Rosario Malbrán Porto	42
Entrevista	
Entrevista al Dr. Ben A. Nelson Nora Rodríguez-Zariñán	51
Reseña	
Leticia González Arratia. <i>Historia y etnohistoria del norte de México y la Comarca Lagunera</i> Instituto Nacional de Antropología e Historia, Regiones de México, México, 2007 Víctor H. Valdovinos Pérez	57



Presentación

1

Aunque cada disciplina tiene un enfoque general y específico sobre su objeto de estudio, a nivel interno surgen problemáticas que son de naturaleza propia a cada temática; éste es el mismo caso para las investigaciones dentro de la arqueología. En este número de *Expedicionario*, los autores exponen desde diferentes enfoques multidisciplinares cuáles son algunos de los temas que han venido trabajando como profesores de la Licenciatura en Arqueología de la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México, investigaciones relevantes para el norte del país. El objetivo es muy claro: proporcionar una comprensión clara y sustentada sobre distintos aspectos del pasado. En esta presentación parto de la idea de que el enfoque multidisciplinario es la forma más adecuada para tratar las problemáticas que plantea la arqueología, dado que no solamente dan luz sobre los complejos fenómenos del pasado, sino que además nos proporcionan una guía sobre cuáles han sido los procedimientos de investigación, incluyendo los recursos cognitivos, los criterios de justificación epistemológica, las reglas metodológicas y las nociones o conceptos teóricos utilizados; y eso, como arqueólogo y filósofo de la ciencia, se agradece.

Cuando se me invitó a escribir la presentación de este número de *Expedicionario* opté por no sólo reseñar cada uno de los trabajos de mis colegas, sino tratar de plantear algunas cuestiones adicionales que como filósofo de la arqueología me parecen importantes y pueden enriquecer la discusión académica dentro del claustro de profesores de la EAHNM. Cabe mencionar que cuando comencé a leer los trabajos que aquí se presentan, simultáneamente leía la teoría de la evidencia de David Schum (Anderson, Schum y Twining, 2005) que se desarrolla en torno a los razonamientos inferenciales, a los análisis y a las valoraciones de la evidencia, pero sobre todo a la formación de juicios sobre lo que sucedió en el pasado o lo que es probable que suceda en el futuro (Anderson, Schum y Twining, 2005). Estos juicios son habitualmente formulados en un sinnúmero de disciplinas y son los historiadores, detectives, médicos, ingenieros, analistas de inteligencia, abogados, entre otros, los que normativamente desarrollan y aplican cierto tipo de habilidades con rigor y precisión en sus respectivos contextos profesionales especializados. Al igual de lo que he formulado en distintas publicaciones de carácter histórico/filosófico, Schum y compañía resaltan que dentro de la formación profesional de algunos investigadores, estas habilidades no

son del todo explicadas explícitamente porque son percibidas como parte del sentido común y no implican necesariamente una problemática que deba resolverse de inmediato. Al contrario de esta postura, concuerdo más con el punto de vista de Schum, y con el de otros filósofos de la ciencia, como Thomas Kuhn (1977 y 1996) y Philip Kitcher (2011: 505-524), que han expuesto de manera nítida la idea de que las habilidades que sirven para analizar, reunir evidencia, para construir, o para criticar y evaluar argumentos sobre cierto número de cuestiones relacionadas con la producción del conocimiento, pueden y deben enseñarse en las escuelas.

Si bien esta presentación no busca hacer explícitas cada una de las dimensiones de análisis que acabo de exponer, sí pretende que los lectores, especialmente los estudiantes de arqueología de nuestra licenciatura, comiencen a desarrollar las habilidades básicas que nos permitan entender cómo funcionan los procedimientos sobre los cuales producimos y justificamos el conocimiento del pasado. Éste es el enfoque que uso al escribir esta presentación.

2

La evidencia documental, es decir, toda aquella información sobre el pasado que ha llegado hasta nuestros días por medio de distintos tipos de textos, ha sido por excelencia el principal recurso que los investigadores han usado para formular y contrastar hipótesis del pasado. Aunque hay cierto debate en torno a si la crítica de fuentes documentales se practicaba desde tiempos de lo que se conoce como Antigüedad Tardía¹ o es una práctica moderna, lo cierto es que durante el siglo XVII en Europa ya se había institucionalizado en las universidades el estudio de las fuentes con un enfoque más o menos similar al que hoy en día conocemos (cf. Grafton, 1983; Grafton y Williams, 2006; Nothhaft, 2011; Buchwald y Feingold, 2013). Dentro de los estudios tradicionales que surgieron a consecuencia de academizar la crítica de fuentes podemos ver que uno de los objetivos principales fue darle legitimidad a la

¹ La Antigüedad Tardía es el periodo histórico en la tradición occidental que comprende la transición entre la Edad Antigua (o antigüedad clásica griega) y la Edad Media, entre el año 235 d. C. al año 800 d. C.

procedencia de los documentos estudiados; es muy importante señalar que el análisis de fuentes inicialmente no buscaba discernir acerca de la veracidad del registro, sino simplemente constatar que el documento no fuera una falsificación. Durante los siglos subsecuentes se fueron refinando los recursos analíticos de tal forma que, durante el auge de la historiografía científica del siglo XIX, se tenía más o menos claro cómo identificar contradicciones en los registros a partir del contraste con otros tipos de evidencia.

Dentro de la naciente arqueología científica europea en el siglo XIX, el uso de documentos se integró de manera dinámica a dos tipos de razonamiento evidencial que ya se venían desarrollando tiempo atrás: el razonamiento geológico y el razonamiento etnográfico. Cada uno de ellos proporcionó las bases lógicas del pensamiento arqueológico. Por un lado, el conocimiento geológico aportó un modelo de explicación donde por primera vez se incluía a la historia como un elemento sustancial para conocer el mundo natural basado en la noción de procesos de transformación, y por otro, el conocimiento etnológico, principalmente del siglo XVIII, sentó las bases y los criterios de comparación para el uso de las analogías más o menos como se utilizan actualmente. Por decirlo de una manera sencilla, esta integración es el génesis de lo que hoy conocemos en filosofía de la ciencia de corte historicista, basado en prácticas, como pensamiento arqueológico.

En este número de *Expedicionario* abrimos con una de las prácticas más comunes, pero significativas, dentro de la investigación del pasado basado en el análisis de documentos, con el trabajo publicado bajo el nombre de “Pópula ciudad de edificios”: a propósito de la primera descripción arqueológica del noroeste de Chihuahua, del Dr. Víctor Ortega León. En este texto, el autor hace una revisión histórica sobre las primeras fuentes escritas que dan testimonio no sólo del contacto temprano entre los grupos locales emplazados en la zona del noroeste mexicano y los expedicionarios europeos, sino también sobre las descripciones que estos últimos hacen de aquellos sitios arqueológicos que se encontraban abandonados al momento de su llegada. La revisión documental muestra de manera detallada cómo fue que viajeros y exploradores registraron los vestigios durante los siglos XVI hasta el XX en toda la cuenca del río Casas Grandes. Los procedimientos inferenciales a través de fuentes son variados y con una carga epistémica relativa dependiendo el tipo de cosa que se quiera inferir a partir de lo “observado”; aquí, el ejercicio inferencial es muy claro: revelar de manera nítida cuáles son los posibles lugares donde estuvieron emplazados los sitios descritos en los documentos por medio de las descripciones geográficas, lingüísticas y étnicas; pero al mismo tiempo, y con los mismos datos registrados, reconstruir los modos de vida en los que estaban inmersos los grupos locales.

A diferencia de las prácticas de análisis documentales usadas como parte de la investigación del pasado, en el trabajo “Los restos vegetales de las casas acantilado en la Sierra

Madre Occidental, Chihuahua”, la arqueóloga América Martínez Santillán reflexiona sobre la importancia que tienen los estudios arqueobotánicos dentro de las múltiples líneas de evidencia que usamos para reconstruir el pasado. La inclusión de la arqueobotánica como un sub-campo de la investigación arqueológica ha proporcionado información relevante sobre el uso temprano de plantas silvestres, su domesticación y posteriormente su producción extensiva; gracias a ello, actualmente contamos con algunas hipótesis que explican, de manera paralela a los grandes temas de investigación dentro de la arqueología, cómo fue el desarrollo coevolutivo de la relación humano-planta.

Martínez Santillán –quien tiene años de experiencia investigando desde esta perspectiva– nos ofrece en este artículo de *Expedicionario* una serie de hipótesis e interpretaciones sobre el uso y la disponibilidad de los vegetales recuperados en las casas acantilado de la Sierra Madre Occidental, en el actual estado de Chihuahua, sitios con ocupación que data entre los años 1130-1450 d. c. El objetivo de la autora, nos dice, es conocer qué recursos vegetales aprovecharon los habitantes de cuatro sitios arqueológicos emplazados en abrigos rocosos asociados a la cultura Casas Grandes, cuáles fueron sus posibles usos y cómo funcionaron dentro de la vida cotidiana de los antiguos habitantes de la sierra, a diferencia de lo que se ha propuesto para el sitio de Paquimé. Se trata de un trabajo técnicamente bien documentado, en el sentido de que la información ecológica analizada a lo largo del texto da pauta para distinguir cinco posibles usos de los restos vegetales estudiados: para la alimentación, el almacenamiento, de uso medicinal, para herramientas y para la construcción. Sin duda, el uso de este tipo de ecodatos abre nuevas líneas de evidencia que pondrán en duda, o terminarán aportando indicios favorables, a las ya conocidas hipótesis de Charles Di Peso.

El tercer trabajo es de la maestra Nora N. Rodríguez Zariñán titulado “Lo que el estudio de la cultura material Wixarika puede aportar a nuestra perspectiva de la cultura material prehispánica. Implicaciones del giro ontológico en la arqueología de Alta Vista, Zacatecas, y regiones afines”. En este texto, Rodríguez Zariñán plantea nuevamente la problemática sobre la *Theory-Laden* pero con una solución inesperada: el giro ontológico. La autora se pregunta acerca de lo que podemos aprender como arqueólogos aludiendo a la pregunta de si es posible que la cultura material exija repensar nuestras tradicionales interpretaciones del pasado. A diferencia de la discusión iniciada por Hanson en 1977 sobre la idea de que todas nuestras observaciones están cargadas de teoría, y por lo tanto no hay posibilidad de la esperada “neutralidad” objetivista; el giro ontológico no sólo afirma tal idea, sino que va más lejos. Dado que hay distintas formas en que nuestros sistemas de creencias interpretan el mundo, lo que debería implementarse como regla metodológica es el análisis de los datos etnográficos bajo el punto de vista de los propios nativos, nos dice la autora. El argumento principal se sustenta desde dos vertientes: la primera

es la mirada de los exponentes principales del giro ontológico, quienes proponen que en lugar de suspender el juicio ante el dato etnográfico, se dialogue con la ontología nativa ya que debemos asumir que no sólo existen otras maneras de explicar la realidad sino otras realidades. El argumento de Rodríguez Zariñán se refuerza más adelante con el trabajo etnográfico sobre las distintas posibilidades corpóreas de los huicholes wixaritari, y como éstas pueden ser una guía para una reinterpretación del pasado en arqueología; específicamente sugiere nuevas e inéditas interpretaciones en torno a los contextos arqueológicos de la cultura chalchihuites en Alta Vista.

En un espacio casi inexplorado para la Arqueología Histórica Nacional, tal y como es el estado de Chihuahua, la maestra América Malbrán Porto, catedrática e investigadora de la EAHNM, nos presenta una propuesta de investigación inédita para la región con su artículo “Establecimientos coloniales en torno al Camino Real de Tierra Adentro, Chihuahua”. Conocido también como el Camino de la Plata, el Camino Real de Tierra Adentro fue la vía principal para la transportación de la plata extraída de las minas que se establecieron en lo que hoy conocemos como los estados de Zacatecas, Guanajuato y San Luis Potosí entre los siglos XVI y XIX. Emplazada principalmente a lo largo del territorio nacional, esta vía se extendía desde la Casa de Moneda hasta los actuales estados de Texas y Nuevo México, nos dice la autora. A través de un exhaustivo trabajo documental, Malbrán narra cómo fue la dinámica socio-económica que se estableció a raíz del establecimiento de esta ruta comercial, enfatizando la lucha constante entre los indígenas beligerantes y las caravanas pertenecientes a la Corona española principalmente. En esta dinámica, que incluye los procesos de explotación minera y de conquista territorial, en el Camino Real de Tierra Adentro se estableció un sistema de presidios, ventas y posadas fortificadas que proveían de seguridad a las caravanas que transitaban por esa vía.

El trabajo de Malbrán es de suyo importante para la región del Noroeste mexicano dado que la investigación documental aquí presentada nos proporciona algunos indicios sobre las dinámicas sociales que se llevaron a cabo durante el periodo novohispano, indicios que posiblemente formen parte de nuevos principios directrices de futuras investigaciones arqueológicas.

Cierro esta parte con el siguiente comentario denso. A diferencia de mucha de la filosofía de la arqueología que sigue el tradicional modelo de análisis empiricista, en el cual la estructura normativa del conocimiento del pasado debe coincidir con la estructura de la relación entre evidencia y teoría, pienso que un modelo de análisis basado en las prácticas científicas muestra lo relevante que hay en la constitución del conocimiento histórico. Tomar en cuenta una racionalidad práctica tiene que ver con la evaluación de patrones de conductas normados por prácticas concretas, más que haciendo abstracciones de entidades que no dan cuenta de las acciones complejas, actividades y sistemas de creencias que constituyen el conocimiento del

pasado. En palabras más concretas, se recomienda al lector, al mismo tiempo que extrae información explícita de los trabajos aquí presentados, reflexione acerca de los procedimientos que utilizamos para la producción del conocimiento arqueológico.

3

En el marco del III Congreso Internacional Carl Lumholtz llevado a cabo en la EAHNM en agosto del 2019, la profesora Nora Rodríguez Zariñán tuvo la oportunidad de entrevistar al Dr. Ben A. Nelson, profesor e investigador recién retirado de la Universidad Estatal de Arizona, cuyo trabajo arqueológico ha contribuido en traer a la luz el pasado en áreas como el Norte y Occidente de México. *Expedicionario* cierra con la reseña del libro *Historia y etnohistoria del norte de México y la Comarca Lagunera* de la arqueóloga Leticia González Arratia, publicado en 2007 por Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Carlo Del Razo Canuto
Chihuahua, 3 julio de 2020

Referencias bibliográficas

- Anderson, T., Schum, D. y Twining, W. (2005). *Analysis of Evidence* (Law in Context), Cambridge University Press, Cambridge.
- Buchwald, Jed y Mordechai Feingold. (2013). *Newton and the Origin of Civilization*, Princeton University Press, Nueva York.
- Grafton, Anthony. (1983). *Joseph Scaliger: A Study in the History of Classical Scholarship*, vols. 1 y II, Textual Criticism and Exegesis, Oxford University Press, Oxford.
- Grafton, Anthony y Megan Williams. (2006). *Christianity And The Transformation Of The Book: Origen, Eusebius, And The Library Of Caesarea*, Harvard University Press, Cambridge.
- Kitcher, Philip. (2011). “Epistemology Without History is Blind”, *Erkenntnis*, vol. 3, num. 75, pp. 505-524.
- Kuhn, Thomas S. (1977). *The Essential Tensión*, University of Chicago Press, Chicago.
- _____ (1996). *The Structure of Scientific Revolutions*, University of Chicago Press, Chicago.
- Nothhaft, C. (2011). “Noah’s Calendar: The Chronology of The Flood Narrative And The History Of Astronomy In Sixteenth-and Seventeenth-Century Scholarship”, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, num. 74, pp. 191-211.



“Pópula ciudad de edificios”: a propósito de la primera descripción arqueológica del noroeste de Chihuahua

Víctor Ortega León¹

Ubicada en nuestra frontera septentrional, y al noroeste del Estado de Chihuahua, no se puede decir hasta donde se extendería esta civilización prehistórica, porque todavía no se ha explorado por completo aquella región
Francisco del Paso y Troncoso, 1893

Resumen: Al llegar los primeros exploradores al norte de México, encontraron no sólo numerosos grupos originarios con quienes establecían diferentes relaciones, sino que, además, se toparon con muchos asentamientos abandonados y vestigios de culturas pretéritas sobre las cuales, a veces, hicieron indagaciones. El caso del valle del río Casas Grandes es, hasta donde sabemos, el primero de estos encuentros en el territorio chihuahuense. La revisión detallada de los documentos históricos nos permite obtener información importante acerca de estos lugares, misma que no siempre ha sido tomada en cuenta para estudios arqueológicos.

Palabras clave: Casas Grandes, fuentes históricas, Baltasar de Obregón, Paquimé.

Summary: When the first explorers arrived in northern Mexico, they found not only numerous native groups with whom they established different relationships, but also encountered many abandoned settlements and vestiges of past cultures on which, at times, they made inquiries. The case of the Casas Grandes river valley is, as far as we know, the first of these encounters in the Chihuahuan territory. The detailed review of historical documents allows us to obtain important information about these places, which has not always been taken into account for archaeological studies.

Keywords: Casas Grandes, historical documents, Baltasar de Obregón, Paquimé.

Introducción

El 30 de septiembre de 1958 dieron inicio los trabajos de excavación del proyecto *The Joint Casas Grandes Expedition*, en varios sitios del noroeste de Chihuahua, coordinados por el arqueólogo estadounidense Charles Corradino Di Peso. De aquí se derivaría el famoso e influyente *Casas Grandes Project* (1959-1961), mismo que popularizaría el término *Gran Chichimeca*. No poca ha sido su influencia en la percepción que del Norte mexicano se tiene, desde entonces, en México (cf. Di Peso, 1974).

Un efecto colateral de este proyecto, sin embargo, ha sido el de atraer casi toda la atención hacia la ahora Zona Arqueológica de Paquimé, dejando de lado no sólo el alcance regional de las investigaciones sino numerosos vestigios que muchos viajeros, exploradores e investigadores reportaron desde el siglo xvi hasta el xx en toda la cuenca del río Casas Grandes.

El desarrollo agropecuario, el crecimiento urbano y el saqueo inmoderado han mermado enormemente el patrimonio arqueológico de la región. Por ello, pensamos que el estudio de los documentos históricos puede ser de gran ayuda para recuperar aquella visión panorámica y la localización de muchos de estos puntos de interés hoy desaparecidos.

El noroeste de Chihuahua aparece por primera vez en la historia, de manera clara e inequívoca, en la obra de Baltasar de Obregón² *Historia de los descubrimientos de Nueva España*, publicada en 1584. En ella se narran de manera general los hechos y sucesos derivados de la exploración y conquista de las regiones ubicadas al noroeste de la entonces Nueva España y, en especial, los acontecimientos acaecidos durante la entrada de Francisco de Ibarra, de 1564 a 1569, un periplo de seis años y más de tres mil kilómetros, en lo que a partir de entonces sería conocido como Reino de la Nueva Vizcaya.

Sabemos que antes, entre la tercera y cuarta décadas del siglo xvi, Alvar Núñez Cabeza de Vaca cruzó por esta región, pero los datos ofrecidos en su obra no son lo suficientemente explícitos como para identificar con exactitud la ruta que si-

¹ Centro INAH Chihuahua.

² Para algunos, el Bernal Díaz del Norte y primer historiógrafo mexicano (cf. Cuevas, 1924).

guieron él y sus compañeros, los primeros europeos en andar por estos territorios de que se tenga noticia.

En cambio, también como testigo presencial y actor de muchos de los hechos que relata, Obregón provee información valiosísima para la historia de los actuales estados del noroeste mexicano. Entre estos destaca, para el asunto que nos atañe, la primera descripción de las ruinas arquitectónicas de la región que ahora ocupan los municipios de Madera, Casas Grandes, Nuevo Casas Grandes, Janos y Ascención, en el estado de Chihuahua.

La impresión que le causan estos parajes es muy favorable, especialmente si tomamos en cuenta que cruzaron la Sierra Madre Occidental, de oeste a este, huyendo de los grupos indígenas del valle de Señora:

Aviendo marchado el campo dos jornadas de la última población de las prouinçias y comarcas de los valles y parcialidades de los valles de Señora, lenguaxes de caitas y pimaitos, subió el campo las últimas cordilleras de la sierra hazia la vanda del Norte, en cuya altura divisamos grandes, hermosos e fértiles valles compuestos y adornados de hermosísimas vegas, prados, fuentes, ríos y arroyos de lindas, claras y hermosas aguas e tierras templadas de la calidad e temple mexor que xamás vi (Bravo-García, 1989: 326-327).

Esta descripción, muy probablemente corresponde a la zona serrana de los municipios de Nácori Chico, en Sonora, y a los de Madera y el sur del de Casas Grandes, en Chihuahua. Se ubica aquí, actualmente, el Área Natural Protegida Campo Verde.³ El autor continúa el panorama en el siguiente tenor:

Esta fértil y hermosa tierra está adornada y acompañada de hermosos rramos de sierras, montes, collados, en los quales nos dieron notyçia se crían y abitan osos que les comen las aves y macorcas de sus casas; ay gruesos madroños, muchos e altísimos nogales de nuezes encarçeladas, çiruelos de Castilla, vbas silvestres... (Bravo-García, 1989: 327).

Queda claro, pues, que la región era, a los ojos del autor, digna de consideración en términos de la disponibilidad de recursos. El cultivo de maíz y la cría de aves, resultan menciones de importancia para la caracterización económica y cultural de las comunidades autóctonas.

Al continuar su camino, el contingente de Ibarra iría, presumiblemente, descendiendo por la vertiente oriental de la sierra, hasta llegar a las planicies:

Enpeçamos a torpar casas de dos y tres altos despobladas. Alegráronse todos de ver la hermosura e fertilidad de aquella buena tierra e mucho más de aver salido de la fragosidad e horno ynfernal de nuestros enemigos. Yba marchando el campo por llanos e balles poblados de muchos venados, berrendos, liebres, conexos e todo género de casa de volatería. Y después de yr gozando e celebrando con mucha alegría la mejoría de tierras y jente doméstica, tomamos el primer yndio de los llanos, moço gallardo, dispuesto y bien ajustado, el qual, aviendo visto jente tan estraña y fuera de su naturaleza, huyó con grande furia y ligereza (Bravo-García, 1989: 327).

Además de confirmar la abundancia de recursos, destaca sin duda la mención de los asentamientos, de las casas de dos o más plantas, y el hecho de que estuvieran ya despobladas. Al parecer, este patrón difería de los anteriores pues Obregón es claro cuando apunta “la mejoría de tierras” y, sobretudo, el carácter más doméstico de la población, inferido, al parecer, de la naturaleza de los asentamientos.

Más adelante, una vez hecho el contacto con el indígena que había huido y con los de su comunidad, el autor apunta un dato por demás interesante: la barrera lingüística. La dificultad para comunicarse con los habitantes de la región no se derivó únicamente de la desaparición del indígena que hasta entonces les sirviera de intérprete sino, además, de que la lengua que hablaban los grupos autóctonos era distinta a las que habían conocido en todo su recorrido previo. Fue menester establecer comunicación por medio de un lenguaje de señas, lo cual es necesario tomar en cuenta para la ponderación de la información que se asienta en torno a la zona (Bravo-García, 1989: 328).

De interés resulta, por otro lado, la mención que hace el autor de que por esas mismas tierras anduviera, décadas antes que ellos, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, lo cual le fue informado por los propios indígenas. Esto nos permite ubicar, por lo menos, una de las zonas visitadas por este singular personaje cuya ruta sigue siendo tema de discusión. Obregón afirma que la imagen positiva dejada por este explorador, quien posteriormente recibiera el título de *Segundo Adelantado*, les fue de gran ayuda para establecer una relación pacífica y ventajosa con los naturales:

Dixeron que fuésemos bien venidos a sus tierras, que otros de nuestra naturaleza y semejança avían pasado por sus tierras muchos años avía, los quales fueron medio y parte a que sus enemigos les volvieron a los que les toman cautibos e mandaron a las nuves

³ Sauer y Brand proponen un cruce más al norte, por el valle del Bavispe, pero nos parece que el análisis detallado del texto no permite sustentar esa hipótesis (cf. Sauer, 1998).

que les llouiese en sus tierras; curaron y rreçuçitaron dolientes y muertos. Dixerón y creyeron que éramos hijos del sol a quien hellos tenían, temían y rrespetavan e adoravan por su dios y afirmavan que avíamos baxado de el cielo (Bravo-García, 1989: 331).

Este favorable estado de cosas permitió el reconocimiento de la región y la obtención de información respecto a la cercanía de otros asentamientos y recursos, como la ciudad de Cíbola y los búfalos: "...respondieron y dieron noticia por señas que estaba de allá Cíbola tres días de camino, e las Vacas cuatro jornadas hacia el norte" (Bravo-García, 1989: 331). A todos estos grupos, Obregón los denomina de forma genérica como "Querechos". Más adelante, el autor proporciona otros datos concernientes a estas poblaciones:

Afirmaron que parte del verano asistían allí en las laderas e abrigos huyendo del frío que en la tierra llana les molestaba. Éstos son enemigos de los querechos que asisten entre las Vacas³ y traen rrequas de perros; son gallardos, dispuestos e velocos; comen de todo género de savandixas silvestres, algún maíz, vellotas, nuez encarçelada, çiruella de Castilla y de todo género de çaça; son más amorosos, leales e valientes que los de atrás; tienen cueros de las vacas, no tienen sal ni supimos ni vimos la manera de su habitación e casas de su morada porque pasó el campo apartado de su pueblo; es jente alárabe (Bravo-García, 1989: 332).

Queda claro, pues, que los llamados Querechos no eran los habitantes de las casas que habían visto antes, y que dentro de los mismos había grupos políticamente diferenciados puesto que mantenían relaciones de conflicto. Estos mismos "laderas y abrigos" pueden corresponder a lo que, más de tres siglos después, Lumholtz anota en su obra más famosa: *El México desconocido*:

A unas veinte millas más al sur [de San Diego] se encuentran cavernas-habitaciones, semejantes a las del Valle de las Cuevas, que fueron examinadas por algunos miembros de la expedición en el río de San Miguel, ocho millas arriba del punto en que entra éste en los llanos (Lumholtz, 1904: 84).

Cabe destacar, en la cita de Obregón, las menciones en torno a los perros y al nomadismo estacional por razones climáticas. El epíteto "alárabe" es común en las relaciones de los cronistas de la época, en especial para indicar el carácter rudo y no cristiano de los indígenas.

Tras esta descripción general de la región, Baltasar de Obregón pasa a dar noticia de lo que hallaron más adelante, al salir de la zona serrana y entrar en la planicie:

enpesçando por lo que ví, diré y he sido ynformado y he leydo, enpesçando por la notable esperanza que dio y da esta popula ciudad de edefiçios que paresçían fundados de antiguos rromanos, adonde estuvo el general e su campo. Son admiración de verla, la qual está en vnos fértiles y hermosos llanos que le çercan lindas e provechosas montañas e pequeñas cordilleras de sierras. Estaba fundada el rrío abaxo de Paquime en sus riueras, el qual es el más útil e prouechoso de quantos vimos en aquellas prouinçias (Bravo-García, 1989.: 335).

Destacan aquí tres puntos: en primer lugar, el nombre del río por el que iban bajando: *Paquime*. Actualmente, este nombre se le adjudica a un sitio arqueológico específico y el curso de agua en cuestión recibe el nombre de Casas Grandes, formándose de las corrientes Piedras Verdes y Palanganas que bajan de la sierra, por el lado de Colonia Juárez, la primera, y por el lado de Estación Mata Ortiz, la segunda. Confluyen a la altura de la Hacienda de San Diego y, a partir de allí, el río que se forma de ambos afluentes recibe el nombre del municipio: Casas Grandes, y fluye de sur a norte hasta desembocar, ciento cincuenta kilómetros más adelante, en la Laguna de Guzmán, en el municipio de Ascensión. En su transcurso, además, cruza el municipio de Janos, donde se le unen el río Janos y los arroyos Carretas y Los Alisos.

No sabemos por cuál de los tributarios originales del río Casas Grandes bajó la armada de Francisco de Ibarra. Es probable que haya sido por el río Piedras Verdes, donde Lumholtz encontrara el Valle de las Cuevas, en vista de que, según Obregón, habían estado previamente en el Valle de Señora, que se ubicaría aproximadamente en la misma latitud, pero del lado sonorense de la sierra. La otra opción, sin embargo, es asimismo plausible, pues el río Palanganas tiene su origen muy cerca del nacimiento de los afluentes del río Yaqui, por donde también refiere el cronista que pasaron. De hecho, ésta última opción concordaría más con la cita de Lumholtz que insertamos arriba.

En segundo lugar, destaca el hecho de que se otorgue el calificativo de "pópula ciudad de edifiçios" a los asentamientos encontrados en la región, comparándolos incluso con ruinas romanas. Aunque previamente, como hemos visto, el autor registra casas de buena factura y más de una planta de alto mientras iban bajando de la sierra, resulta evidente que la contemplación de un conjunto amplio de ellas le causó honda impresión. Aun así, un epíteto tan grandilocuente no corresponde con las dimensiones del actual sitio arqueológico con el que se asocia tradicionalmente esta descripción.

En tercer lugar, la afirmación de que aquella "pópula ciudad de edifiçios" estaba "fundada el río debajo de Paquime en sus riveras", sugiere que el observador se sitúa en la parte alta del río, en este caso el extremo sur del mismo o, al menos, más al sur de donde empiezan los vestigios arqueológicos, lo que

nos lleva hacia la zona del actual poblado de Juan Mata Ortiz o más al sur inclusive, hacia el puerto de San Diego, respaldando con ello un cruce más meridional que el propuesto por otros autores.

Por último, cabe notar la ubicación de los asentamientos, los valles aledaños a las riberas de la parte baja del río, cercados por montañas y cordilleras. En efecto, el cauce del río Casas Grandes se encuentra mayormente en mitad de un amplio valle que está delimitado, al oeste, por la Sierra Madre Occidental; al este, por las pequeñas sierras La Escondida y El Capulín; al sur, por las sierras América y La Breña; mientras que, al norte, se adentra de lleno en la zona noroccidental del desierto chihuahuense. El área, pues, constituye un verdadero oasis y un punto estratégico a escala regional en vista de su feracidad y abundancia de recursos.

Todo lo anterior empieza a cobrar especial relevancia conforme Baltasar de Obregón va describiendo lo que ve. En cuanto a las construcciones, dice:

Está muy poblado [el río Paquime] de casas de mucha grandeza, altura e fortaleza de seys e siete sobrados,⁴ torreadas e çercadas a manera de fuertes para amparo y defensa de los enemygos que devían de tener guerras con los moradores dellas; tienen grandes y hermosos patios losados de hermosas, lindas e grandes piedras a manera de jaspe, e piedras de navaxas sostenían los grandes e hermosos pilares de gruesa madera traída de lexos; las paredes dellas enxaluegadas⁵ e pintadas de muchas colores, matizes e pinturas de su edefyçio, compuesto a manera de tapias,⁶ avnque texida e rrebuelta con piedra e madera más turable e fuerte que la tabla (Bravo-García, 1989: 335-336).

El autor no escatima en elogios para expresar su asombro: casas de siete pisos, con torres y paredes de tierra consolidada encaladas y pintadas, etcétera. Subrayamos, por lo pronto, la

complejidad constructiva y arquitectónica de los asentamientos, así como su carácter defensivo. Continúa en los siguientes términos:

Avía gruesas e anchas canales del rrío a los pueblos, con que solían llevar agua a sus cassas. Tienen grandes y anchas estufas en lo baxo de las cassas y edifyçios para amparo del frío que es allí mucho, porque nieva mucha parte del año e vienen los nortes en extremo fríos de hazia los llanos [desde el norte] e de las sierras [desde el oeste], adonde nieva más de ordinario (Bravo-García, 1989: 336).

Notable resulta también la referencia al uso de canales para el aprovechamiento del agua del río Paquime y, por otro lado, el sistema de calefacción doméstico necesario, sin duda, en estas latitudes, especialmente durante el invierno.

Descuella, empero, el uso del plural. Obregón no está haciendo la descripción de un solo asentamiento sino de varios “pueblos”, lo cual queda refrendado más adelante cuando, tras asentar el hallazgo de objetos de cobre y piedras de molienda, anota lo siguiente:

Hallamos caminos enpedrados. Esta gran casearía e congregación de casas no está junta sino dividida en espacio de ocho leguas río abaxo desde el primer andén de la gran serranía hazia el norte, la qual vimos y visitamos Rodrigo del Río e yo por mandado del governador. Yba proseguida la casearía por el rrío abaxo y no la perdimos de vista, de manera que mostró ser la poblazón antigua dellas muy más larga (Bravo-García, 1989: 335-336).

El autor dibuja un área de más de cuarenta kilómetros a lo largo del río, donde se encuentran varios pueblos conectados entre sí por caminos empedrados y con el río por medio de canales. Es a esta red de pueblos a lo que Obregón otorga el calificativo antedicho de “pópula ciudad de edificios”. Huelga señalar la importancia que esto reviste para la arqueología de la región pues, por alguna razón, se ha querido ver en este capítulo de los *Descubrimientos* la descripción única y singular de la actual Zona Arqueológica de Paquimé, siendo ésta, al parecer, sólo uno de los pueblos mencionados por el autor.

Podríamos pensar que se trata de una exageración, como hay tantas en las relaciones y crónicas de la época, pero, en este caso, contamos con información adicional para corroborar lo escrito por el autor. A este respecto, encontramos que, para la primera mitad del siglo XIX, todavía se reporta una enorme cantidad de vestigios arqueológicos relacionados con esta región. En su obra *Noticias estadísticas del estado de Chihuahua*, publicada en 1834, José Agustín de Escudero refiere una zona de cien por cincuenta kilómetros a lo largo de los ríos Casas Grandes y Janos, con presencia de “dos especies de habitacio-

⁴ De acuerdo con la RAE, un sobrado era cada uno de los altos o pisos de una casa. En el diccionario de Covarrubias, de 1611, leemos: “Sobrado, vale en los edificios, lo mas alto de la casa, de sobra: y llamamos comúnmente desvanes, o azoteas, por ser aposento sobrado en la casa, que no vive nadie en el, y sólo sirve de reparo y abrigo para las demás piezas que se abitan” (cf. Covarrubias, 1611).

⁵ Arquitectónicamente hablando, el término “enjalbegar” conserva, hasta la actualidad, su sentido de “blanquear las paredes con cal, yeso o tierra blanca”, entre otras acepciones (cf. DRAE, 2020).

⁶ Tapia. 1. f. Cada uno de los trozos de pared que se hacen de una sola vez con tierra amasada y apisonada en un encofrado. 2. f. Tierra amasada y apisonada con que se hace una tapia (cf. DRAE, 2020).

nes muy distintas”. De la primera, correspondiente con la actual Zona Arqueológica de Paquimé, menciona lo siguiente:

La primera consiste en un grupo de piezas construidas de tapia y exactamente orientadas según los cuatro puntos cardinales. Los plastones de tierra son de un tamaño desigual, pero colocados con simetría, y descubre mucha habilidad en el arte de construirlos, la perfección con que han durado un tiempo que no puede ser menos que 300 años. Se reconoce que este edificio ha tenido tres altos y una azotea con escaleras exteriores, y probablemente de madera. Este mismo género de construcción se encuentra todavía en todos los pueblos de los indios independientes del Moqui, al Nordeste del estado de Chihuahua. Las mas de las piezas son muy estrechas, con las puertas tan pequeñas y angostas que parecen celdas de cárcel. Todavía existe en muchas partes el enjarre de las paredes, cuya finura é igualdad demuestra la inteligencia de los constructores (Escudero, 2003: 234-235).

De las otras, dice:

Las ruinas de segunda clase, son muy numerosas por las orillas de los ríos de Casas-Grandes y Janos, en la extensión de mas de veinte leguas de largo y diez de ancho. Estas [sic] uniformemente á corta distancia tienen la apariencia de “collados”,⁷ y en todas las que se han escavado se han encontrado cántaros, pucheros, ollas etc. de tierra pintadas de blanco, azul y nacar: metates y achas de piedra, pero ningún instrumento de hierro (Escudero, 2003: 234-235).

Queda claro que, para inicios del siglo XIX, era aún visible la enorme extensión que cubrían los vestigios, cinco mil kilómetros cuadrados, según este autor, y las características que permitían diferenciarlos.

Ese mismo año, después de describir lo que denomina como “el palacio”, que correspondería con lo que hoy es la Zona Arqueológica de Paquimé, un viajero de la época apunta en su entrada de julio 7 de 1842:

Como estas ruinas hay otras, mas ó menos conservadas, é innumerables convertidas en promontorios. Varios vecinos me han dicho separada y espontáneamente, que en ambas riberas del Janos y del Casas Grandes hay mas de dos mil Moctezumas, nombre que dan en el país á los mencionados promontorios,

y aun á las cosas que se estraen de ellos: que no hay aguage por toda la comarca, donde no se vean pocas ó muchas; y que aun en lugares destituidos de agua se encuentran varias cuyos habitantes se valdrían seguramente de norias (Cumplido, 1849: 375).

Más de dos millares de montículos ciertamente cubrirían una amplia extensión de terreno, tanto que incluye a los dos ríos: el Janos y el Casas Grandes.

Adolphe Bandelier, quien visitó la región entre 1884 y 1885, también da cuenta de numerosos vestigios arquitectónicos a lo largo del río Casas Grandes, desde Ascención, al norte, hasta que el río entra en la Sierra Madre Occidental, al sur:

The difference in architecture between the northern and the southern ruins is considerable. The former are all small buildings of Stone with Stone enclosures; the latter, in the lower regions at the foot of the Sierra Madre, are large buildings of adobe, often many-storied, similar to those on the Lower Gila of Arizona, and indicating more extensive settlements and a larger population (Bandelier, 1892: 540).

Esta descripción corresponde, en términos generales, con aquella otra presentada por Escudero. El panorama que Bandelier nos revela consta de alrededor de ciento treinta kilómetros lineales de ruinas, aunque no continuos sino presentando agrupaciones discretas de dimensiones variadas. Por ejemplo, sobre el sector sur, nos dice: “Along the rivers Casas Grandes, Palanganas, and Piedras Verdes the ruins are disposed in groups as well as in isolated mounds; they are therefore far from constituting a continuous line” (Bandelier, 1892: 542). Esta descripción es parecida a la que hace de otros sectores donde encontró vestigios.

En una apreciación general sobre la población, Bandelier presenta una visión de conjunto de la región:

It is not improbable that the Casas Grandes region - in which I include the valleys of Corralitos, Janos, Ascencion, and the stretch as far as the Boquilla and the Piedras Verdes and Palanganas rivers - at one time contained a population more dense than that of any other part of the Southwest inhabited by sedentary aborigines (Bandelier, 1892: 569-570).

Aunque hay diferencias internas entre los distintos tipos de vestigios, el autor no vacila en considerar toda la región desde Ascención hasta la Boquilla de San Diego como parte de la misma cultura arqueológica.

Por otro lado, según Carl Lumholtz, en la región comprendida entre Ascención, Madera y Casas Grandes, había tres tipos de asentamientos: casas acantilado, montículos (moctezumas) y construcciones de tierra modelada del tipo

⁷ Montículos.

que ahora podemos apreciar en la Zona Arqueológica de Paquimé. Por otro lado, las cuevas y abrigos rocosos podían tener dos usos: habitacionales y/o funerarios. Además, reporta terrazas en numerosos lugares de la sierra, tanto arqueológicas como contemporáneas. El explorador noruego había estado en la zona a principios de 1892, y efectuó trabajos de excavación en distintos lugares (cf. Lumholtz, 1904).

Casi simultáneamente, en la Exposición de Madrid, por el iv Centenario del Descubrimiento de América, en 1892, Casas Grandes tiene un papel destacado gracias a los trabajos del sacerdote jesuita Aquiles Gerste quien, encomendado por la Junta Colombina de México, realizó excavaciones en la región.

Según Francisco del Paso y Troncoso, como parte de la participación mexicana en las celebraciones del iv Centenario del Descubrimiento de América, se constituyó la Junta Colombina de México, encargada de organizar el aporte mexicano a la Exposición Histórico-Americana de Madrid. De entre los muchos trabajos de la junta, nos interesan aquellos que se orientaron a la recopilación de objetos históricos, arqueológicos y etnológicos de diferentes regiones del país para enriquecer el acervo de la exposición. En particular, la expedición a Chihuahua que fue realizada por el P. D. Aquiles Gerste:

y el P. Gerste, con abnegación ejemplar, fué hasta las regiones del Norte de México, y haldas encinta, cruzó desiertos, visitó las famosas ruinas de Casas Grandes, practicó allí excavaciones que dieron abundante material prehistórico, y penetró, finalmente, por las fragosidades de la Sierra Madre para llegar hasta las grutas donde los Tarahumares gentiles, modernos trogloditas, habitan todavía; y recoger en medio de ellos esa interesante colección etnográfica que con orgullo mostramos en nuestra Sección como fruto de los afanes de aquel excelente Padre, tan querido de los mexicanos todos (Paso y Troncoso, 1892: 6-7).

Más adelante, explica con mayor detalle dicha expedición:

Realizó su expedición solo, que sus vastos conocimientos á todo alcanzan; y la abnegación propia de su instituto le llevó á penetrar, en busca de los Tarahumares gentiles, hasta el corazón de la Sierra Madre, donde obtuvo la preciosa colección etnográfica que se ostenta en nuestra quinta sala, y sacó las reproducciones fotográficas que allí mismo están. La hermosa colección de cerámica por él recogida de las excavaciones que hizo en los terraplenes de la región de Casas Grandes, elevaciones que los habitantes de nuestra frontera denominan *montezumas* y los norteamericanos *mounds*; esa colección, repito, unida con las piedras en las mismas excavaciones extraídas, ha sido una de las mejores galas de nuestra sección. Algunos objetos pequeños obtuvo también, por haberlos faci-

litado el Sr. D. Luis Terrazas para la Exposición, en calidad de reintegro. El Gobernador de Chihuahua tuvo con el P. Gerste todo género de atenciones, y le recomendó eficazmente con las autoridades subalternas. Es notoria la afinidad que hay entre nuestros objetos de Casas Grandes y los de la región del Tuzayan en los Estados Unidos de Norte-América, aunque los nuestros alcancen un grado mayor de perfección; pero la relación histórica que ha debido existir entre ambos pueblos ha quedado rota por la mano del tiempo, sin que podamos, con esos objetos arqueológicos á la vista, reconstruir los anales de aquellos artífices, ni menos decir, hasta que venga en auxilio nuestro la Antropología, si la nación constructora de las *montezumas* es una de las neomexicanas existentes; otra, extinguida ya, de la misma cepa, ó tal vez una raza precursora y superior en cultura. Prudentemente han quedado colocados, de consiguiente, tales artefactos en la sección de prehistoria. El P. Gerste opina que los constructores de la habitación conocida con el nombre de Casas Grandes y los alfareros de los terraplenes ó *montezumas* constituyen dos nacionalidades diferentes; y la cultura revelada por esos barro la denomina él, no *Civilización de Casas Grandes* como aparece compendiado el título en nuestra rotulación, sino *Civilización prehistórica de la región de Casas Grandes* (Paso y Troncoso, 1892: 24-25).

Por lo demás, el catálogo de la exposición da cuenta de numerosas piezas obtenidas mediante excavación y donación en varios lugares del noroeste chihuahuense, no sólo en Casas Grandes. Los sitios de procedencia son muy diversos: desde Casas Grandes y San Isidro (ahora colonia de Nuevo Casas Grandes), hasta Corralitos y Galeana, al norte, y Bocoyna y Tajírachic, al sur; incluyendo, por supuesto, San Diego, San Joaquín y San José, entre otros lugares. Destaca, pues, la amplitud regional del trabajo del jesuita (Paso y Troncoso, 1892: 395 y ss.).

Gerste confirma estas actividades en una carta fechada el 8 de agosto de 1906, dirigida a Victoriano Salado Álvarez, secretario general del Gobierno de Chihuahua, donde dice: “las exploraciones y excavaciones hechas en Casas Grandes y en las vecinas zonas de *moundbuilders* por los meses de abril y mayo 1892” (Gerste, 1925: 454), esto es, apenas dos meses después de haberse ido Lumholtz de la región hacia el sur.

Este enfoque regional es retomado, posteriormente, por Carmen Alessio Robles. En efecto, en su obra *La región arqueológica de Casas Grandes, Chihuahua*, publicada en 1929, la autora menciona lo siguiente:

La zona arqueológica de Casas Grandes ocupa una gran superficie. Las ruinas se extienden casi sin solución de continuidad desde la Boquilla de San Diego

hasta la Hacienda de Corralitos, en una extensión de cuarenta y dos kilómetros. La superficie cubierta afecta la forma de un triángulo cuya base está en el norte, siguiendo el paralelo de Corralitos, y uno de sus vértices en San Diego, y como la base de este triángulo mide una longitud aproximada de catorce kilómetros, puede decirse que la superficie que abarcan las ruinas es de doscientos noventa y cuatro kilómetros cuadrados (Alessio Robles, 1929: 6).

Acompaña al texto un mapa destacando el triángulo de marras (Fig. 1). Esta estimación no solo coincide de manera muy cercana con la de Baltasar de Obregón, sino que, además, presenta una delimitación más clara del área ocupada por los vestigios arqueológicos.

La mencionada “Boquilla de San Diego” no es otra que la que actualmente se conoce como Hacienda de San Diego, ubicada a escasos siete kilómetros al norte de Juan Mata Ortiz, en un valle que bien podría corresponder con aquel “primer andén de la gran serranía” mencionado por Obregón como punto de inicio de la enorme ciudad en ruinas.

El mismo Lumholtz, en relación con esta zona, había anotado lo siguiente treinta años antes: “Es fácil contar en las cercanías de San Diego sobre cincuenta montículos,

y hay también en varios lugares rocas esculpidas y pintadas” (Lumholtz, 1904: 84). Y no dudó en calificar todo aquél “distrito” de “extremadamente rico desde el punto de vista arqueológico” (Lumholtz, 1904: 84).

Apenas tres años después de la publicación de Alessio Robles, en 1932, Carl Sauer, citando a Donald Brand, reafirmaría esta estimación en su obra *The road to Cibola*, donde apunta que:

Por lo que respecta a las “casas... en espacio de ocho leguas río abajo desde el primer andén de la gran serranía hacia el norte”, esto corresponde a la distribución de las ruinas en el valle principal de Casas Grandes, desde La Boquilla hasta el cañón debajo de Corralitos (Sauer, 1998: 301).

Resulta evidente, no sólo que Baltasar de Obregón no exageraba, sino que, además, la actual Zona Arqueológica de Paquimé no representa ni el uno por ciento del área identificada por todos estos autores.

Pero volvamos con Baltasar de Obregón quien, tras anotar el reconocimiento de rastros de “vacas” (búfalos), ofrece otros datos respecto a las condiciones en que se encontraban dichos asentamientos:

Estaban estas cassas la mayor parte dellas caídas, gastadas de las aguas e desbaratadas, porque demostrava cantidad de años que las dexaron y despoblaron sus dueños, avnque avía çerca dellas jente siluestre, rrústica y advenediza que dexavan de abitar en cassas de tanta grandeza por asistir e morar en boýos de paxa como silvestres animales al sol, ayre y frío. Son caçadores, comen todo género de çaça e sabandixas silvestres e vellotas. Andan desnudos; ellas tren faldellines de cuero de venado adobado y alguno de las vacas (Bravo-García, 1989: 336-337).

Pueblos en ruinas a todo lo largo del río. Resulta lógico que, tras su abandono, las periódicas crecidas de las aguas, los recios vientos, el clima extremo, la lluvia intermitente y la colonización progresiva fueran minando a lo largo de los años los asentamientos hasta ir borrando parte de aquella grandeza que describe el cronista. Los grupos que habitaban la región al momento de la llegada de los españoles parecían tener poco o nada que ver con sus habitantes antiguos, situación que el autor intenta resaltar por medio de comparaciones culturales.

Pero, entonces, ¿quiénes fueron los artífices de aquellos pueblos y por qué razón los abandonaron? Obregón atiende este asunto líneas más adelante:

Preguntámosle por señas que dónde se avían ydo los que fueron señores de aquellas casas, pueblos e tierras; respondieron por señas que asistían y abita-



Fig. 1. Región arqueológica de Casas Grandes. Modificado de Alessio Robles, 1929.

van seys jornadas el rrío abaxo hazia el norte y que por guerras los avían hecho retraer sus enemygos, los que venían desotra parte de las sierras, y que quatro jornadas casi a el ponyente asistían otros muchos en cassas de mucha altura, vestidos y señores de muchas ropas de algodón, maíz, frisol, calabaza aves y vacas de la tierra (Bravo-García, 1989: 337).

De acuerdo con esta versión, la población originaria de los pueblos del río Paquime se habría dispersado, al menos, en dos direcciones. Las seis jornadas río abajo, hacia el norte, nos llevan hasta algún lugar en el suroeste de Nuevo México, en torno a la confluencia de los condados de Grant, Sierra y Luna, región de la otrora cultura arqueológica Mimbres, ya desaparecida cuando se dio la diáspora paquimesa.⁸ Por otro lado, las cuatro jornadas “casi al poniente” nos situarían en algún punto de la Sierra Madre Occidental, entre los municipios de Casas Grandes y Janos, en Chihuahua y Bavispe y Agua Prieta, en Sonora, región conocida por la presencia de *Cliff Dwellers* o Casas en Acantilado, que podrían corresponder con las “casas de mucha altura” mencionadas por nuestro autor.⁹

Con respecto a los llamados “enemigos” que iban desde el otro lado de la sierra en plan bélico y que lograron ahuyentar a los paquimeses de su territorio, es posible que se tratara de los habitantes prehispánicos del llamado “valle de Señora”, de donde los mismos españoles iban huyendo. En este sentido, una última nota del cronista nos revela que:

Están deste rrío las poblaciones de los valles de Señora quarenta leguas, las cuales pueden ser sujetas y señoreadas de los que poblasen en este rrío de Paquime. Puede ser proveído de mercaderías por la Mar del Sur con que primero se pueble vna villa en el valle de Señora, que desde allí a la Mar del Sur ay quarenta leguas e desde la Mar al rrío de Paquime ay noventa leguas; y el puerto para este efeto está en el rrío de Yaquimi, en la entrada y junta dél con la mar en su baía, el qual hizo ver y sondar el general a dos marineros, los cuales afirman tiene la entrada dos braças de hondo. E Paquime está a vn lado de Cibola, en

las vertientes de la serranía como van de los valles de Señora hazia el norte (Bravo-García, 1989: 337).

Por la lógica del texto, se entiende que aquí “Paquime” se refiere a la región irrigada por el río homónimo; que el “valle de Señora” se encontraba hacia el oeste, sobre el alto río Yaquimi, a medio camino entre Paquimé y la desembocadura del río en el Golfo de California, probablemente en el área donde se localizan hoy día los poblados de Bacanora, Sahuaripa y Bámori; finalmente, que “Cíbola” se encontraría al final de la sierra hacia el norte, esto es, en torno al límite estatal entre Arizona y Nuevo México, tal vez más del lado del primero, entre las montañas Chiricahua y las Mogollón.

Todo lo anterior revelaba ya desde entonces el desarrollo, en tiempos prehispánicos, de una cultura compleja extendida sobre los valles a lo largo del río Paquimé, lo cual ha sido confirmado suficientemente por los estudios arqueológicos. La más tardía cultura de los quechcos, en cambio, ha recibido menor atención. El panorama evidencia, además, una considerable movilidad de grupos y una exitosa adaptación a los distintos ecosistemas de la zona.

Por otro lado, es posible que la región de marras corresponda con aquella otra que, apenas unos años más tarde, fray Juan de Torquemada mencionara en el capítulo xv de su *Monarquía Indiana*, terminada en 1609 pero publicada hasta 1615, y a la cual se refiere en los siguientes términos:

Hacia las partes del norte (en contra de la ciudad de Mexico y en grandísima distancia apartadas de ella) hubo unas provincias (y puede ser que al presente las haya) cuya principal ciudad fue llamada Amaqueme y cuyos moradores en común y genérico vocablo fueron llamados chichimecas, gente desnuda de ropas de lana, algodón, ni otra cosa que sea de paño o lienzo; pero vestida de pieles de animales; feroces en el aspecto y grandes guerreros, cuyas armas son arcos y flechas (cf. Torquemada, 1975: 58-59).

Misma ciudad que el autor sitúa a más de “docientas leguas andadas” de la provincia de Xalisco. Tal distancia nos lleva, en efecto, al territorio descrito por Obregón, pero la explicación que da el misionero franciscano sobre sus habitantes y su despoblamiento es muy distinta a la del historiador criollo. Un dato sugerente, sin duda, pero que hay que tomar con reserva.

Esta información es retomada por José de Arlegui más de un siglo después, en 1736, en su obra *Crónica de la Provincia de N. S. P. S. Francisco de Zacatecas*, donde apunta lo siguiente:

Hacia el Norte, detrás del Nuevo-Mexico, y muy distante de la ciudad de Mexico, hubo una provincia cuya principal ciudad se llamó Amaqueme, y sus moradores Chichimecas, gentes feroces y guerreras, desnudos

⁸ Lumholtz, retomando una idea muy difundida durante el siglo xix, considera a los indios Moqui como posibles descendientes de las culturas del noroeste de Chihuahua, aunque se cuida de afirmarlo por falta de pruebas (cf. Lumholtz, 1986: 71).

⁹ Cabe recordar que recientemente el Proyecto Arqueológico Sierra Alta de Sonora, liderado por el arqueólogo Júpiter Martínez, ha encontrado en esta zona numerosos asentamientos y casas acantilado con presencia de cultura material Casas Grandes.

de ropas de algodón ó lana, y solamente vestidos en parte de algunas pieles de animales (Arlegui, 1851: 6).

En general, Arlegui resume lo dicho por Torquemada, sin añadir más detalles salvo el “detrás del Nuevo-Mexico”, es decir, “antes”, yendo de sur a norte, lo que colocaría Amaqueme al sur de Nuevo México, justo donde se encuentra la cuenca del río Casas Grandes. ¿Podríamos decir, entonces, que la “pópula ciudad de edificios” se llamaba *Amaqueme* y que se encontraba extendida cuarenta kilómetros a lo largo del río *Paquime*?

En un contexto más amplio, del testimonio de Baltasar de Obregón se deduce que Valle de Señora, Paquimé y Cíbola eran territorios culturales distintos y posiblemente colindantes situados en torno al extremo septentrional de la Sierra Madre Occidental. Actualmente, se engloba toda esta región dentro del área arqueológica Mogollón, destacando las regiones de Río Sonora, Casas Grandes y Mimbres. Esta relación requiere todavía de mucha investigación, y un acercamiento interdisciplinario puede aportar mucho para comprender su compleja historia.

Referencias bibliográficas

- Alessio Robles, Carmen. (1929). *La región arqueológica de Casas Grandes, Chihuahua*. Imprenta Núñez, República del Salvador Núm. 26. México, D. F.
- Arlegui, José. (1851[1737]). *Crónica de la Provincia de N. S. P. S. Francisco de Zacatecas*. Reimpresión en México por Cumplido, Calle de los Rebeldes No. 2, México.
- Bandelier, Adolphe F. (1892). *Final report of investigations among the Indians of the Southwestern United States, carried on mainly in the years from 1880 to 1885. Part II*. Papers of the Archaeological Institute of America, American Series IV. Cambridge University Press.
- Bravo-García, E. (1989). Transcripción y estudio lingüístico de la *Historia de los descubrimientos de Nueva España* de Baltasar de Obregón. Tomo I. (Tesis doctoral inédita). Universidad de Sevilla, Sevilla.
- Covarrubias, Sebastián de. (1611). *Tesoro de la lengua castellana o española*. Biblioteca Digital Hispánica de la Biblioteca Nacional de España.
- Cuevas, Mariano. (1924[1584]). Prólogo, en *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*, pp. v-xix. SER, México.
- Cumplido, Ignacio. (1849). Frontera de la República, en *El Álbum Mexicano. Periódico de Literatura, Artes y bellas letras*, Ignacio Cumplido (ed.). Tomo I, pp. 22, 46, 93, 165, 219, 297, 372, 590. Imprenta del Editor, México.
- Di Peso, Charles. (1974). *Casas Grandes: A Fallen Trading Center of the Gran Chichimeca*. Tomo I. The Amerind Foundation, Northland Press, Dragoon y Flagstaff, EEUU.
- Escudero, José Agustín de. (2003[1834]). *Noticias estadísticas del estado de Chihuahua*. Gobierno del Estado de Chihuahua, México.
- Gerste, Aquiles. (1925[1908]). Una carta del padre Aquiles Gerste acerca de la educación de la raza tarahumara, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*. Tomo III, Cuarta Época, pp. 454-461. Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México.
- Lumholtz, Carl. (1904). *El México desconocido. Cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental; en la Tierra Caliente de Tepic y Jalisco, y entre los tarascos de Michoacán*. Tomo I. Charles Scribner's Sons, Nueva York.
- Lumholtz, Carl. (1986 [1904]). *El México desconocido* (edición facsimilar). Col. Clásicos de la Antropología Núm. 11. Ed. Instituto Nacional Indigenista, México.
- Núñez Cabeza de Vaca, Alvar. (1985 [1542]). *Naufragios*. Col. El Libro de Bolsillo, No. 1143. Alianza Editorial, Madrid.
- Obregón, Baltasar de. (1988 [1584]). *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*. Ed. Porrúa, México.
- Paso y Troncoso, Francisco del. (1892). Introducción. Reseña de los trabajos de la Junta Colombina de México, en *Catálogo de los objetos que presenta la República de México en la Exposición Histórico-Americana de Madrid*, Tomo I. pp. 5-31. Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra» Impresores de la Real Casa, Madrid.
- Sauer, Carl. (1998). La ruta de Cíbola, en *Aztatlán*. Pp. 243-316. Siglo XXI Editores. México.
- Torquemada, Juan de. (1975). *Monarquía indiana, volúmenes I al VI. De los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra*. Tercera edición (primera edición UNAM). Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México.



Los restos vegetales de las casas acantilado en la Sierra Madre Occidental, Chihuahua

Miriam América Martínez Santillán¹

Resumen: Este escrito muestra algunos aspectos culturales de los antiguos humanos vinculados a la cultura Casas Grandes que habitaron las casas acantilado de la Sierra Madre Occidental, Chihuahua. En concreto, el tema se aborda con herramientas metodológicas de la arqueobotánica, las cuales aportan al conocimiento sobre el uso y disponibilidad de especies vegetales recuperadas en dichos sitios arqueológicos. Se reconocieron 20 taxas entre las que destacan el maíz (*zea mays*), el maguey (*agave sp.*), el frijol (*phaseolus sp.*), chile (*capsicum sp.*) y calabaza (*cucurbita sp.*); así como cinco posibles usos: alimentación, almacenaje, medicinal, herramientas y construcción. Estos resultados proporcionarán nociones que abonan a las nuevas propuestas investigativas en torno a la arqueología del Norte de México.

Palabras clave: restos vegetales, aprovechamiento de recursos, cultura serrana, Norte de México, casas acantilado.

Abstract: This paper shows some cultural aspects of the ancient humans linked to the Casas Grandes culture that inhabited the cliff dwelling of the Sierra Madre Occidental, Chihuahua. Specifically, the subject is approached with methodological tools of archeobotany, which contribute to the knowledge about the use and availability of plant species recovered in said archaeological sites. 22 taxa were recognized, among which are corn (*zea mays*), maguey (*agave sp.*), beans (*phaseolus sp.*), chili (*capsicum sp.*) and squash (*cucurbita sp.*); as well as 5 possible uses: food, storage, medicine, tools and construction. These results will provide notions that support new research proposals around the archeology of Northern Mexico.

Key words: Plant remains, use of plants resources, mountain culture, North of Mexico, cliff dwellings.

Introducción

El presente escrito emana de una investigación mayor titulada “El aprovechamiento de los restos vegetales en la Sierra



Fig. 1. Área de estudio.

Madre Occidental, Chihuahua. Una propuesta para los sitios arqueológicos del municipio de Madera”² presentada en 2015 (Fig. 1).

Éste es un trabajo documental³ que analiza una porción del este del estado de Chihuahua, en el que se utilizaron datos sobre materiales arqueológicos de origen vegetal (de acuerdo con bases de datos tomadas de informes técnicos) recuperados en los sitios tipo casas acantilado localizados en el municipio Madera; según la periodización de Di Peso (1974), con sus ajustes cronológicos (Whalen y Minnis, 2001: 40) y las últimas propuestas de Gamboa (2008), temporalmente los sitios se sitúan dentro del periodo Medio: 1130-1450 d.c.

² Tesis presentada para optar por el título de licenciada en Arqueología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Para cotejar o complementar los datos e información vertidos en este artículo, remitirse a ésta.

³ Los datos aquí presentados provienen de informes técnicos revisados en el Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, los cuales son producto de distintas temporadas de campo, maneras de intervención y obtención de materiales en estos sitios tanto en superficie como en excavación. Dentro de estos informes, los restos fueron identificados, analizados y descritos desde un punto de vista biológico y así fue como se ocuparon. El procesamiento de los datos para las tablas, las categorías, los posibles usos y funciones, así como las inferencias derivadas de ello, son de quien suscribe.

¹ Escuela de Antropología e Historia del Norte de México.

Respecto de las casas acantilado, éstas son definidas como construcciones de tierra dentro de abrigos rocosos a manera de cuartos o habitaciones, algunas con varios niveles, similares a las de Paquimé, notándose su afinidad cultural⁴ por éste y otros elementos como la cerámica, técnicas de construcción y la conexión con los sistemas hidráulicos principalmente. En territorio mexicano se distribuyen en los macizos de la Sierra Madre Occidental, específicamente en la porción sur de los estados de Sonora, Chihuahua y norte de Durango; mientras que en Estados Unidos se ubican en el Suroeste, con los que también se ha encontrado relación.

De igual forma, se refiere a estos lugares como construcciones de adobe (graneros, cuartos, atalayas, etcétera) hechas dentro de los acantilados o cuevas ubicadas en la Sierra Madre Occidental. La expresión casa-acantilado es usada comúnmente de la traducción *cliff-dwelling*, que se refiere a los abrigos o cuevas que pueden tener una o más casas (Pearson y Sánchez, 1990: 41) (Fig. 2).

El principal objetivo de este trabajo es conocer qué recursos vegetales aprovecharon los habitantes de la sierra, sus posibles usos y funciones dentro de la vida de los antiguos habitantes; así como la relación con su medio ambiente y otras comunidades sociales de la zona serrana. En este sentido, se puede advertir la recuperación, identificación e interpretación de restos vegetales asociados a contextos arqueológicos (cf. Rodríguez, 2008).

De esta forma, los sitios o conjuntos de sitios investigados y que aquí se presentarán son 1) Cueva de las Ventanas, 2) Cueva Grande, 3) Cueva del Mirador, Cueva de la Serpiente y



Fig. 2. Ejemplo de una casa en acantilado y parte de sus elementos arquitectónicos representativos. Imagen tomada de "El México desconocido" (Lumholtz, 1986: 111).

⁴ Sobre esta "afinidad cultural" se mencionarán otras propuestas en los últimos apartados.

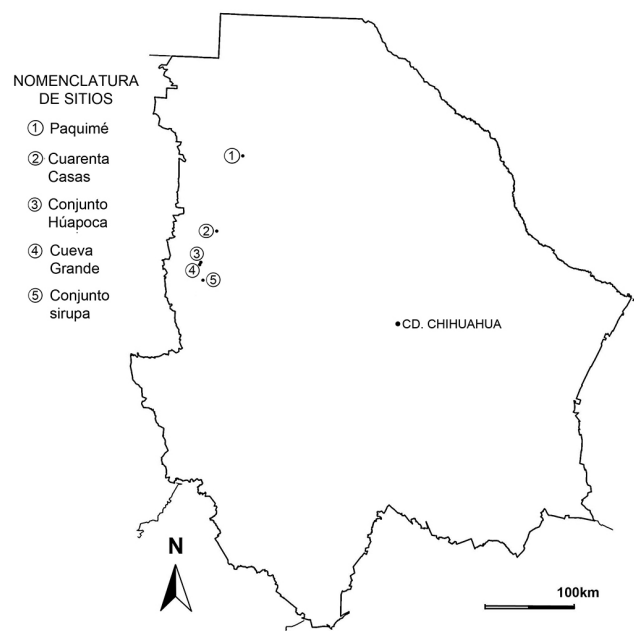


Fig. 3. Ubicación de los sitios de estudio.

Cueva Nido del Águila del Conjunto Huápoca y 4) Cueva de las Rancherías del Conjunto Sirupa (Fig. 3).

Se eligieron estos cuatro grupos de sitios porque comparten atributos respecto a tiempo y espacio, además de diversos materiales arqueológicos que se han reportado en cada uno de ellos, particularmente los de origen vegetal.

Al respecto, Montúfar (2003: 101) menciona que al conocer los elementos botánicos dentro de contextos culturales que han resistido al paso del tiempo, se pueden inferir aspectos sobre los usos de las plantas para fines de subsistencia como alimentación, medicina, fuentes de fibras foliares, almacenamiento o construcción y combustible, entre otras formas de apropiación de los recursos vegetales y biológicos en general, sin soslayar la importancia ceremonial que varios individuos sustentaron en tiempos pretéritos y que en muchos casos aún mantienen. En este sentido,

Antecedentes arqueológicos

Durante los últimos cuarenta años, un buen número de investigaciones arqueológicas formales se han realizado en el estado de Chihuahua, tanto por científicos nacionales como extranjeros, en torno a diferentes temáticas, temporalidades, regiones culturales y geográficas, entre otras.

Algunos de los tópicos más abordados hacen referencia al sitio arqueológico de Paquimé, ubicado al noroeste del estado, como parte de la cultura Casas Grandes, ocupando un lugar significativo dentro del total de las investigaciones realizadas

(*cf.* Mendiola Galván, 2008: 57-60),⁵ opacando a otros sitios y temáticas no menos importantes como la arqueología en la Sierra Madre Occidental.

Varios son los trabajos de índole arqueológica sobre la Sierra Madre Occidental. Principalmente destacan las investigaciones de Robert Lister (1958), Arturo Guevara Sánchez (1981, 1986, 2001), Suzanne Lewenstein (1991, 1992, 1994a, 1994a, 1996) y las de Eduardo Gamboa (1993, 1994, 2001, 2002a, 2002b, 2002c, 2002d, 2003, 2004, 2005a, 2005b, 2007a y 2007b). Como parte de estos antecedentes vale la pena señalar a Carl Lumholtz, explorador noruego de distintas regiones ecológicas y culturales de México y Estados Unidos a finales del siglo XIX, con la obra *El México Desconocido* (1986), ya que es un referente fundamental para la arqueología en la Sierra Madre Occidental como en este caso.

En cuanto a los estudios arqueobotánicos, destaca un par de breves obras publicadas: *Estudios de los restos vegetales recolectados en la Cueva de las Ventanas, Chihuahua* (Montúfar, 1985) y *Estudios de los restos botánicos de la Cueva de la Olla* (Montúfar y Reyes, 1995), los cuales presentan una metodología y técnicas homogéneas e información resultante muy puntual y descriptiva.

Otros análisis y estudios pertinentes a restos vegetales han girado en torno al origen, domesticación y evidencia temprana de la agricultura en la parte noroeste y sur de la entidad (Adams y Hard, 2002; MacWilliams 2006, 2009; Whalen y Minnis, 2005, 2007) proponiendo también un marco paleoambiental y un aprovechamiento de la naturaleza en términos de dieta, subsistencia y técnicas agrícolas a nivel local y regional.

De igual manera, es importante mencionar la de Gamboa y Mancera (2008) en la que a partir de un enfoque arqueogeográfico multidisciplinario analizan el paisaje cultural, la captación de recursos, la diversidad ecogeográfica y aspectos socioculturales relacionados con las casas acantilado ubicadas en las inmediaciones del río Papigochi y sus afluentes.

A reserva de los títulos y autores anteriormente mencionados, podemos decir que no hay líneas o referentes de investigación en arqueobotánica explícitos para el norte de México. Esto no señala la ausencia de datos e indicadores de esta índole, por el contrario, existen suficientes referencias para conformar un corpus que proporcione información sobre la diversidad cultural arqueológica y botánica que conformó y conforma

los vastos espacios norteños.⁶ De esta manera, la investigación busca contribuir al campo de la arqueobotánica norteña.

Descripción ambiental del área de estudio

La Sierra Madre Occidental ingresa a Chihuahua por el suroeste, del lado de Durango y Sinaloa, y empieza a declinar hacia el norte, donde limita con Sonora. Respecto de los pisos de las barrancas y las cumbres, éstos van de 500 a más de 3 000 metros de altura (González, 1982: 66).

Los sitios antes señalados se localizan en el actual municipio de Madera, Chihuahua, siendo escenario de estos parajes la Sierra Madre Occidental. Madera limita al norte con el municipio de Casas Grandes; al este con los de Ignacio Zaragoza, Gómez Farías y Temosachi; al sur con este último y al oeste con los de Nacori Chico, Bacadéhuachi y Sahuaripa del estado de Sonora. Cuenta con varios ríos: el Papigochi, el Tutuaca, Sírupa, Chico y el arroyo Chuhuichupa, así como las lagunas del Tres, Gorro Blanco y Los Ojos; existe también una presa denominada Peñitas (INAFED, 2010) y de acuerdo con el Estudio Hidrológico del Estado de Chihuahua forma parte del Valle de la Alta Babicora, ubicado al oeste del Valle de Madera que es la Sierra La Cebolla (INEGI, 1999). La cabecera municipal se encuentra ubicada a 276 km de la capital del estado.

La porción de la Sierra Madre Occidental que corresponde al estado de Chihuahua se conforma por tres zonas ecológicas bien diferenciadas.

Una de ellas corresponde a las altas cumbres por encima de los 2000 msnm, donde los suelos arcillosos o con sedimento de cenizas volcánicas han permitido la formación de bosques de coníferas con variadas especies de pino (*Pinus spp.*), encino (*Quercus spp.*), táscate (*Juniperus spp.*), álamo, fresno, roble, manzanilla (*Arctostaphylos pungens*) y madroño (*Arbutus spp.*), por mencionar algunos (Bennett y Zingg, 1986: 50).

La segunda hace referencia a la zona de las barrancas y las laderas de la vertiente occidental de la sierra, entre los 500 y los 1 200 msnm, conocida como tierra caliente. En las templadas laderas y en los tropicales cañones por donde corren los afluentes de los ríos Verde, Batopilas, Urique y Oteros, crecen árboles como encinos de hoja chica (*Quercus chrysolepis*), higuierillas silvestres (*Ricinus communis*), sauces (*Salix*), alisos (*Alnus glutinosa*), ceibas (*Ceiba sp.*), olmos (*Ulmus*), chalicotes (*Erythrina flabelliformis*), árboles de chicle (*Manikara zapota*), palo de Campeche (*Haematoxylum dulce*), guamúchil (*Pithece-*

⁵ La parte referencial a confrontar menciona, de manera introductoria, elementos teóricos para entender el cómo el “modelo Casas Grandes” ha permeado en la forma, historia e historiografía de la arqueología de Chihuahua, por lo que la obra de Mendiola Galván es un referente crítico, reflexivo, singular y obligatorio de consulta para estas tierras.

⁶ La mayoría de ella se encuentra dispersa en distintos tipos de publicaciones escritas tanto por biólogos como arqueólogos, tanto en inglés como en español, sin que necesariamente estén bajo el marco o concepto de la Arqueobotánica.

llobium sp.), arbustos y cactáceas como el mezquite (*Prosopis glandulosa*), huizache (*Acacia farnesiana*), pitaya (*Stenocereus thurberi*), nopal (*Opuntia sp.*), y diversas especies de agave.

La tercer zona corresponde a los valles y mesetas orientales que conectan con los desiertos del centro de Chihuahua, cubierto por grandes áreas boscosas, terrenos quebrados y valles fluviales de la cuenca del río Conchos. Predominan los pastizales y bosques de pino y encino de hoja chica, el táscate, el mezquite y otros arbustos. Aquí se practica—desde tiempos de la Colonia o anterior a ésta— la agricultura de temporal y la ganadería posteriormente (Sariego, 2008: 50-52).

Relativo a lo anterior, la sierra —serie de picos, mesas, cañones y barrancas— está conformada por diversos elementos geográficos que la hace un espacio con diferentes ecosistemas y formas de vida desde el punto de vista biológico; siguiendo este orden, nuestra región de estudio se sitúa en uno de los pisos más altos, por lo que el ambiente difiere del que se puede encontrar en las barrancas, valles o mesetas (Martínez, 2015: 41) (Fig. 4).

Las casas acantilado y su evidencia vegetal⁷

Cueva Grande. Esta profunda cueva se ubica a 20 km, aproximadamente, al oeste de Madera y a un km al oeste de río Papigochi. Fue abierta al público y custodiada por el INAH en 1994. Las labores que en este lugar se han hecho son en su mayoría de conservación y restauración, sin embargo también hay trabajos sobre levantamientos topográficos, detección y reconocimiento del escombros producto de derrumbes antiguos

de muros de las construcciones de adobe, así como el diseño e implementación de un circuito para la visita del público con apoyo de especialistas en arquitectura. En menor medida han sido excavaciones, seguido por recogida de materiales en superficie y, a su vez, el análisis de los mismos (Zúñiga, 2011: 12).

Lo que a continuación se presenta forma parte de la temporada 2000, donde los materiales se obtuvieron en superficie. Posteriormente, en la temporada 2004, se efectuaron trabajos de excavación (Gamboa, 2005b: 7) (tablas 1 y 2).

Cueva de las Ventanas. Esta cueva es una de las cuatro cavidades que componen el conjunto Cuarenta Casas y se ubica en los acantilados del arroyo del Garabato, cerca del pueblo Las Varas o Estación Babícora (Guevara, 1986: 12).

En el año 2001 se efectuaron trabajos de restauración y posteriormente proyectos arquitectónicos, dirigidos por el arqueólogo Eduardo Gamboa Carrera, para habilitar la zona, y desde 2002 es una zona abierta al público (Guevara, 1986; Gamboa, 2002: 13, y Zúñiga, 2011: 8).

Lo que se presenta en las tablas es producto de la temporada del año 1981 ya que ha sido la única ocasión en la que se tomaron muestras de restos orgánicos. Además, como se había mencionado anteriormente, cuenta con un estudio arqueobotánico hecho por la bióloga Aurora Montúfar sobre los vegetales, del que se tomaron datos para este estudio (Montufar, 1985: 111-133) (tabla 3).

Conjunto Huápoca. Se ubica en la ladera del río Papi-gochi y está integrado por cuatro unidades habitacionales en tres cuevas: Nido del Águila, Cueva del Mirador, Cueva de la Serpiente y una —Atalaya torres de comunicación o control— (Gamboa, 2002c: 7).

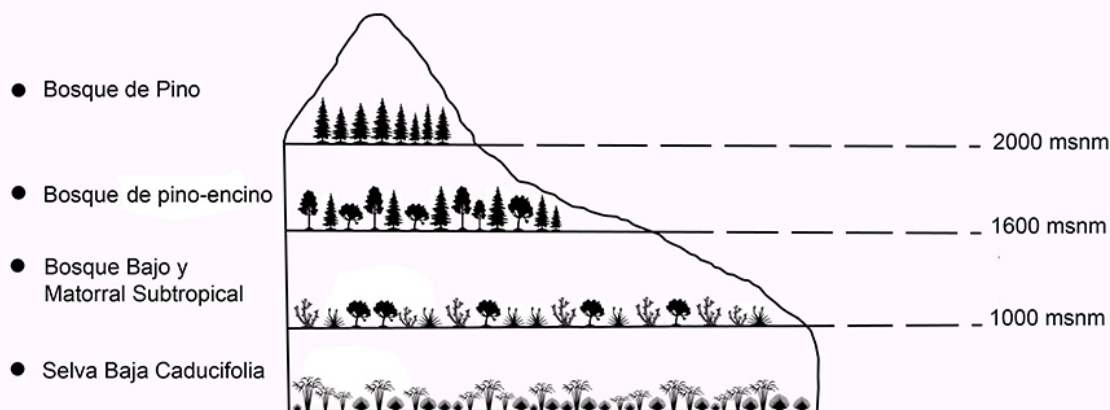


Fig. 4. Perfil fisiográfico de la Sierra Madre Occidental, Chihuahua.

⁷ Por cuestiones de extensión, la descripción de los sitios aquí presentada es muy breve y puntual para darle primacía a los datos de los restos vegetales.

La temporada del año 2002 es la que se presenta en estas tablas, siendo los materiales recolectados en diferentes áreas sobre la superficie de la Cueva del Mirador. También se presentan los objetos recuperados en la temporada 2004, sólo que estos provienen de excavación. De igual forma, en las cuevas de la Serpiente y Nido del Águila se realizó la misma actividad en diferentes niveles y áreas de las mismas a cargo del arqueólogo Eduardo Gamboa Carrera (2002c) (tablas 4, 5, 6 y 7).

Conjunto Sírupa. Se encuentra en una elevación del terreno correspondiente a un abrigo rocoso cercano a las márgenes del arroyo La Escalera, afluente que se vincula con el río Papigochic, a 37 km de la cabecera municipal de Madera.

Las cuevas por las que está conformado este conjunto son la del Apache y la Ranchería, siendo esta última la única que ha recibido mayor atención desde el punto de vista arqueológico, efectuándose en 2007 una temporada de excavación. (Gamboa, 2007b: 7-8) (tabla 8).

Por último se presenta una tabla general en la que se aprecia la variedad de ejemplares botánicos recuperados en todos los sitios (Fig. 5).

El uso de los restos vegetales

De acuerdo con lo anterior se pudieron distinguir cinco posibles usos de los restos vegetales: alimentación, almacenaje, medicinal, herramientas y construcción.⁸

VEGETALES	SITIOS	Cueva Grande (Sup.)	Cueva Grande (Exc.)	Cueva de las Ventanas	Conjunto Huápoca				Conjunto Sírupa
					Cueva del Mirador (Sup.)	Cueva del Mirador (Exc.)	Cueva de la Serpiente (Exc.)	Cueva Nido del águila (Exc.)	Cueva de las Rancherías (Exc.)
Algodón	*	*	*						
Ayecote								*	
Ayle			*						
Calabaza	*	*	*	*	*	*		*	
Capulín			*						
Carrizo	*		*						*
Chile		*						*	*
Chilicote						*		*	
Encino		*	*		*	*	*	*	
Frijol		*			*	*	*	*	*
Guaje	*	*	*	*	*	*	*	*	*
Madroño			*						
Maguey	*	*	*	*	*	*	*	*	*
Maíz	*	*	*	*	*	*	*	*	*
Nopal			*	*	*		*		
Palma	*		*	*	*				
Palmilla	*	*	*	*	*	*	*	*	*
Pino	*	*	*	*	*	*	*	*	*
Sotol	*	*	*	*	*	*	*	*	*
Táscate		*	*	*	*	*	*	*	*

* Presencia de especies vegetales en cada uno de los sitios.

Fig. 5. Taxones recuperados en las casas acantilado.

⁸ En la obra original se mencionan seis usos, en este trabajo la categoría vestimenta se omitió debido a que no se cuenta con piezas completas y lo hallado obedece más a procesos de manufactura textil.

La evidencia arqueológica que indica el uso de ciertas especies vegetales como alimento son el chile (*Capsicum sp.*), calabaza (*Cucurbita sp.*), maguey (*Agave sp.*), maíz (*Zea mays*), nopal (*Opuntia sp.*), sotol (*Dasyllirion wheeleri*), tomate (*Physalis sp.*), yuca (*Yucca sp.*) y maderas de pino (*Pinus sp.*), encino (*Quercus sp.*), táscate (*Juniperus deppeana*) o algunos arbustos para producir fuego, de los cuales una o varias partes vegetativas fueron usadas. De acuerdo con la información etnográfica, ecológica y botánica, éstas pudieron cultivarse, como por ejemplo, el maíz, el chile y la calabaza; o recolectarse, como el tomate, el sotol, el nopal, el maguey, la yuca y las maderas.

Respecto al almacenamiento, y como elemento arquitectónico característico de las casas acantilado, al interior de los graneros se recuperaron, de forma representativa, granos de maíz junto con algunas otras partes vegetal como olotes, zacate (hojas y tallos secos de maíz) y espigas, por lo que se supone guardaban las mazorcas completas en estos silos. Igualmente se nota la preferencia por este cereal, representando un importante indicador sobre la economía y organización social en la vida de la gente serrana que ocupó el actual municipio de Madera.

Las herramientas estuvieron representadas por el guaje, ya que se reporta como contenedor de algún líquido. También destacan objetos excepcionales como cestos y canastos elaborados con fibras de palma, sotol y palmilla; mecapales y soportes para olla, cuerdas, sandalias, atados, morrales, restos de ayate, nudos o petates para cubrir los pisos y poder descansar sobre ellos. Además se encontraron tallos de carrizo y maíz a manera de pipas. Dentro de las herramientas de trabajo podemos mencionar agujas con espinas de maguey para la confección de prendas, arcos hechos con tallos de maíz y algún tipo de madera tal vez para la caza, junto con anzuelos de espina de maguey, encendedores de quicote de maguey, arnés de palma, varas para tejer y atar, fibras de madroño y *atlátl* de algún tipo de madera.

Es importante, también, notar la presencia de suficiente cantidad de fibras tanto de yuca, como de maguey como parte de la elaboración de textiles y otros objetos de cestería o cordelería.

Referente a lo medicinal, a ciertos materiales orgánicos estudiados se les atribuyen propiedades curativas, tal como la yuca (*Yucca sp.*), calabaza (*Cucurbita sp.*), carrizo (*Poaceae*), chile (*Capsicum sp.*), chilicote (*Erythrina americana*), encino (*Quercus sp.*), frijol (*Phaseolus sp.*), bule (*Lagenaria siceraria*), maguey (*Agave sp.*), maíz (*Zea mays*), táscate (*Juniperus deppeana*), capulín (*Prunus virginiana*) y nopal (*Opuntia sp.*), sobre todo para el alivio de padecimientos digestivos, renales, resfriados, tos, reumas u otros problemas relacionados con el frío, dificultades asociadas con la reproducción o fertilidad, además del mal de ojo, mal de aire y empacho.

Los materiales a los que se les atribuye un uso constructivo se refieren a la materia prima que sirvió para la elaboración de los graneros y las habitaciones, principalmente encino,

pino, táscate, cedro y zacate. Al respecto, Pearson y Sánchez (1990: 51-47) mencionan que los techos se hacían con polines de pino y táscate con capa de tallos de maíz cubiertos por una capa de arcilla de menor espesor que en el piso y la base del granero era formada por haces (nudos) de zacate. Los núcleos (interior o centro) de las paredes de las habitaciones y los graneros presentan empalizadas de táscate con fragmentos de zacate o alguna otra gramínea, y un recubrimiento de arcilla.

Algunas interpretaciones y propuestas

Los asentamientos prehispánicos estudiados se ubican en la zona ecológica de pino- encino y encino-pino, colindan con el matorral subtropical y transitan hacia la selva baja caducifolia, por lo que estos ecosistemas y la diversidad botánica que contienen estuvo al alcance de los antiguos. Parte de estos vestigios fueron colectados en estado silvestre: pino (*Pinus sp.*), sotol (*Dasyllirion wheeleri*), maguay (*Agave sp.*), palmilla (*Nolina sp.*), carrizo (*Phragmites sp.*), encino (*Quercus*), táscate (*Juniperus deppeana*), capulín (*Prunus sp.*), tomate bolsa (*Physalis sp.*), nopal (*Opuntia sp.*), madroño (*Arbutus sp.*), choya (*Cylindropuntia fulgida*) y oate (*Otatea*). La otra parte corresponde a vegetales cultivados: guaje (*Lagenaria siceraria*), maíz (*Zea mays*), calabaza (*Cucurbita sp.*), chile (*Capsicum sp.*), frijol (*Phaseolus sp.*), algodón (*Gossypium sp.*). Las áreas de cultivo, las cuales no se han identificado de forma concluyente, se pueden asociar a lugares de pendiente poco pronunciada donde existe evidencia de terrazas o a los espacios abiertos donde el relieve es casi plano.

Por otro lado, la asociación del ambiente actual con la evidencia material antigua no considera que en tiempos prehispánicos existieron las mismas condiciones o características mencionadas sobre los ecosistemas para el desarrollo de dichas poblaciones vegetales y por lo tanto la interacción con quienes poblaron tales escenarios; no obstante, por medio de esta referencia sí podríamos decir que el medio, desde hace por lo menos 600 años hasta el día de hoy, ha cambiado relativamente poco (Montúfar, 1985: 113 y Whalen y Minnis, 2001: 60-74), incluso notar un bajo impacto o adecuado manejo y uso del entorno, el cual todavía se puede apreciar. Para precisar este cambio es indispensable realizar más estudios de esta índole.

En general se señala que las casas acantilado fueron pequeñas poblaciones de carácter doméstico con áreas de preparación, almacenamiento y producción de alimento; manufactura de herramientas y objetos, sobre todo de cestería, textiles y áreas de descanso organizadas a nivel familiar con una economía mixta basada en la agricultura, recolección y eventualmente caza o pesca. A ello se añaden notablemente las condiciones geográficas bien definidas del lugar de asentamiento, pues se encuentran enclavados en la parte media de la sierra (1500- 2000 msnm), sobre medianas cañadas donde corren importantes cuerpos de agua como el Aros, afluente del río Papigochi, el cual también puede ser considerado como punto

de referencia en el pasado y actualmente. Esta sociedad tuvo a su disposición recursos vegetales tanto a nivel local (intrasitio) como nivel regional (fuera de y con otros sitios), cubriendo necesidades básicas como la alimentación o el almacenamiento, así como la práctica de otras actividades especializadas (Martínez, 2015: 135-138).

De acuerdo con Di Peso, la ubicación dentro del complejo cultural Casas Grandes y el patrón de asentamiento de estos sitios respecto a Paquimé, se sitúan como sitios secundarios o periféricos especializados en el manejo y conocimiento de los vegetales, mismos que se encargaron del cuidado o mantenimiento del sistema hidráulico (Di Peso, 1974: 336-348. Vol. 2) y, probablemente, también como abastecedores de ciertos productos que beneficiaban a Paquimé (*op.cit.*: 2015: 141).

No obstante, algunos autores también mencionan el intercambio de varios productos —cerámica, concha, aves y minerales principalmente— con sociedades ubicadas en otros lugares y tiempos justamente por la vía o el corredor natural Sierra Madre Occidental, de forma que los habitantes de las casas acantilado desempeñaron un papel importante bajo esta situación (Di Peso *et al.*, 1974: 141-190; Braniff, 2008: 52-55; Guevara, 2001: 341-346). Sin embargo, no se tiene noticia de forma categórica sobre este tipo de relación con otras sociedades respecto a productos vegetales, tanto materia prima como objetos terminados; consecuentemente se hablaría de un manejo de los recursos vegetales a nivel local y regional (Martínez, 2015: 141).

Pese a lo anterior, aquí se propone identificar a estos sitios o conjuntos como asentamientos que no necesariamente ocupan un lugar periférico o secundario a nivel jerárquico respecto a Paquimé, como parte de la cultura Casas Grandes, que tuvo un desarrollo entre los años 1130-1450 d.c etapa de auge conocida como periodo Medio; tal vez, y gracias a la evidencia vegetal encontrada y a los artefactos asociados, más bien forma parte de una cultura serrana autónoma con una amplia y estrecha relación con el medio natural mediato e inmediato, especialmente toda la porción de la Sierra Madre Occidental, tanto con espacios terrestres como con cuerpos de agua (Martínez, 2015: 144).

Reflexiones finales

Es evidente la importancia y significado que tiene el estudio de los restos arqueológicos de origen vegetal, ya que se logra conocer aspectos culturales de una sociedad pasada como se ha pretendido manifestar en este trabajo. Con el apoyo de datos de informes y su posterior procesamiento, se conoció al menos lo más representativo de los recursos aprovechados en calidad (Martínez, 2015: 146).

Parte de este conocimiento también se debió a la revisión botánica de la región, la cual, junto con información etnográfica, favoreció al entendimiento sobre los usos que los antiguos

habitantes dieron a la diversidad vegetal de la Sierra Madre Occidental y entender tanto el medio ambiente actual, como el que existió en el área del municipio de Madera en el periodo Medio e interpretar la relación que tuvo con la sociedad (Martínez, 2015: 146).

No obstante de que lo expuesto sea un trabajo documental, suma y sienta bases sobre el tema en la región, por lo que genera nuevas ideas y también preguntas a responder acerca del estudio de materiales orgánicos de origen vegetal, ya que el estado es rico en este tipo de evidencias; asimismo, se debe enfatizar la necesidad de conservación y restauración de los mismos para generar colecciones tanto en laboratorio como en museos, con lo que se estaría en posición de realizar estudios de paleoambiente, etnobotánica y áreas de actividad.

Finalmente, hacen falta investigaciones que giren en torno a estos tópicos, así como la conservación y restauración de los materiales.

Referencias bibliográficas

- Adams, Karen A. Robert J. Hard. (2002). *Informe Identificación de sitios de cultivo de maíz temprano en Chihuahua*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Bennett Wendell. y Robert Zingg. (1986). *Los tarahumaras. Una tribu india del Norte de México*. Colección Clásicos de la Antropología Núm. 6. Instituto Nacional Indigenista, México.
- Braniff, Beatriz. (2008). *Paquimé*. Fideicomiso Historia de las Américas. Serie Ciudades. Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, México.
- Di Peso, Charles. (1974). *Casas Grandes. A Fallen trading Center of The Gran Chichimeca*, Vols 1-3, The Amerind Foundation, Inc. Dagoon, Northland Press. USA.
- John B. Rinaldo y Gloria Fenner. (1974). *Casas Grandes A Fallen trading Center of The Gran Chichimeca*. Vols 4-8, The Amerind Foundation, Inc. Dagoon, Northland Press. USA.
- Gamboa Carrera, Eduardo P. (1993). *Informe. Proyecto de Mantenimiento y Conservación de la Zona Arqueológica de las 40 Casas, municipio de Madera, Chihuahua*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (1994). *Informe de la temporada 1993, del Proyecto de investigación, conservación y mantenimiento de la zona arqueológica de las Cuarenta Casas, Chihuahua*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (2001). *Provincia serrana de Paquimé, Chihuahua*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (2002a). *Informe técnico trabajo de Conservación y Restauración del sitio arqueológico Cueva Grande, municipio de Cd. Madera, Chihuahua*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (2002b). *Informe. Proyecto de Conservación Puesta en Valor de la Zona de Monumentos Arqueológicos El Conjunto Huápoca, Municipio de Ciudad Madera, Chihuahua*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (2002c). *Proyecto de Conservación y Mantenimiento de la Zona de Monumentos Arqueológicos Paquimé, Casas Grandes, Chihuahua*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (2002d). *Informe. Proyecto de Conservación Puesta en Valor de la Zona de Monumentos Arqueológicos El Conjunto Huápoca, Municipio de Ciudad Madera, Chihuahua*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (2003). *Informe. Proyecto de Conservación y Mantenimiento de las Zonas de Monumentos Arqueológicos Paquimé y Casas Grandes*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (2004). *Informe de mitad de Proyecto Huapoca*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (2005a). *Informe del Proyecto Conservación y restauración del sitio arqueológico, el conjunto Huápoca municipio de Ciudad Madera, Chihuahua, México., Cueva de la Serpiente, Cueva Nido del Águila, Cueva grande, Cueva del mirador, temporada 2004-3 de marzo de 2005*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (2005b). *Informe del Proyecto Conservación y restauración del sitio arqueológico, el conjunto Huápoca municipio de Ciudad Madera, Chihuahua, México., Cueva de la Serpiente, Cueva Nido del Águila, Cueva grande, Cueva del mirador, temporada 2004-3 de marzo de 2005*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (2007a). *Informe del Proyecto arqueológico y de estabilización estructural del sitio arqueológico "Cueva de las Rancherías", Sirupa, Municipio de Cd. Madera, Chihuahua, México, noviembre de 2007*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (2007b). *Informe del Proyecto arqueológico y de estabilización estructural del sitio arqueológico "Cueva de las Rancherías", Sirupa, Municipio de Cd. Madera, Chihuahua, México, noviembre de 2007*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Gamboa, Eduardo y Mancera, Federico. (2008). *The Cultural Landscape of Cliff Houses in the Sierra Madre Occidental, Chihuahua*, en Laurie D. Webster y Maxine E. McBrinn (eds.), *Archaeology without Borders: Contact, Commerce, and Change in the U.S. Southwest and Northwestern Mexico*. University Press of Colorado.
- González R. Luis. (1982). *Tarahumara. La sierra y el hombre*. Fondo de Cultura Económica, México.

- Guevara Sánchez, Arturo. (1981). *Informe preliminar. Arqueología de las Cuarenta Casas, Chihuahua*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (1986). *Arqueología del área de las Cuarenta Casas, Chihuahua*. Serie de Arqueología, Colección Científica. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (2001). *Informe del mantenimiento menor dado a las estructuras de Las Cuarenta Casas y de la Cueva de la Olla, Chihuahua*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Instituto para el Federalismo y el Desarrollo Municipal (INAFED). (2010). *Enciclopedia de los municipios y delegaciones de México*. Estado de Chihuahua, México.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). (1999). *Estudio Hidrológico del Estado de Chihuahua*. México.
- . (2003) *Síntesis de Información Geográfica del Estado de Chihuahua*. México.
- Lewenstein, Suzanne. (1991). *Informe técnico. Proyecto arqueológico-etnoarqueológico Sierra Tarahumara, Chih., resultados de la primera temporada, 1991. 16 de diciembre de 1991*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (1992). *Informe técnico y propuesta de trabajo para 1993, del proyecto arqueológico Etnoarqueológico Sierra Tarahumara: resultados de la segunda temporada 1992*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (1994a). *Informe técnico sobre los resultados de la temporada 1993 y propuesta de trabajo en campo para 1994, del proyecto arqueológico-etnoarqueológico Sierra Tarahumara, Chihuahua, 26 de abril de 1994*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (1994b). *Informe técnico sobre los resultados de la temporada 1994 y propuesta de trabajo en campo para 1995. Proyecto Arqueológico-Etnoarqueológico Sierra Tarahumara, 23 de noviembre de 1994*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (1996). *Informe técnico parcial del Proyecto arqueológico-etnoarqueológico Sierra Tarahumara, Chihuahua, temporada de campo 1996*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Lister, Robert. (1958). *Archaeological Excavations in the Northern Sierra Madre Occidental, Chihuahua and Sonora, México*. Serie de Antropología Núm 7. Universidad de Colorado Press, Boulder.
- MacWilliams, Arthur. (2006). *Una investigación arqueológica de los sitios de cultivo de maíz temprano en Chihuahua, México, mayo del 2006*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (2009). *Informe de investigación arqueológica de los sitios tempranos de cultivo de maíz en Chihuahua, México, 2006*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Lumholtz, Carl Sofus. (1986). *El México desconocido* (edición facsimilar). Colección Clásicos de la Antropología Núm. 11. Instituto Nacional Indigenista, México.
- Martínez Santillán, M. América. (2015). *El aprovechamiento de los recursos vegetales en la Sierra Madre Occidental, Chihuahua. Una propuesta para los sitios arqueológicos del municipio de Madera*. Tesis de licenciatura en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Mendiola Galván, Francisco. (2008). *Las texturas del pasado. Una historia del pensamiento arqueológico en Chihuahua, México*. Colección ENAH-Chihuahua. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Montúfar López, Aurora. (1985). Estudios de los restos vegetales recolectados en la Cueva de las Ventanas, Chihuahua, en Aurora Montúfar López (coord.), *Estudios palinológicos y paleoetnobotánicos* (pp.111-133). Colección Científica 147. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- . (2003). Arqueobotánica del antiguo Palacio de Odontología, UNAM, Centro Histórico de la Ciudad de México, en Aurora Montúfar (coord.), *Estudios etnobiológicos, pasado y presente de México* (pp. 99-108). INAH-CONACULTA, México.
- .Ma. Luisa Reyes Landa. (1995). Estudio de los restos botánicos de la Cueva de la Olla, Chihuahua, en Aurora Montúfar López (comp.), *Investigaciones recientes en paleobotánica y palinología* (pp. 29-36). Colección Científica 147. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Pearson, David y Fernando Sánchez Martínez. (1990). Casas-acantilado en Chihuahua. Nueva evidencia en la Sierra Madre Occidental. En *Arqueología* 4: 41-50. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Rodríguez, María Fernanda. (2008). Analizando el registro arqueológico: arqueobotánica vs. paleoetnobotánica, en Archila, Giovannetti y Lema (coords.) *Arqueobotánica y teoría arqueológica. Discusiones desde Sudamérica* (pp. 51-62). Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Los Andes, Colombia.
- Sariego R., Juan Luis. (2008). *La Sierra Tarahumara: travesías y pensamientos*. Colección ENAH-Chihuahua. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Whalen, M. y Paul Minnis. (2001). *Casas Grandes and its hinterland: prehistoric regional organization in northwest México*. University of Arizona Press, USA.
- . (2005). *Investigaciones sobre la agricultura prehispánica del sistema regional de Paquimé, Chihuahua, México*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

—. (2007). *Informe del Proyecto: Investigaciones sobre la agricultura prehispánica del sistema regional de Paquimé, Chihuahua, México, temporada de 2005*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Zúñiga, Francisco M. (2011). *Informe técnico final: Proyecto de mantenimiento y limpieza parcial en las áreas de accesibilidad de las zonas arqueológicas abiertas al público de la región Madera, Chihuahua (Las Cuarenta Casas, Cueva Grande y Conjunto Huápoca), mediante la implementación del Programa de Empleo Temporal (PET) 2011*. Informe al Consejo de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Tablas

Taxa		Parte vegetal	Artefactos
Nombre común	Nombre científico		
Arbusto		Corteza	
Guaje	<i>Legenaria siceraria</i>	Cáscara	
Maíz	<i>Zea mays</i>	Hojas	
		Espigas	
		Caña	
		Olotes	
Calabaza	<i>Cucurbita sp.</i>	rabo	
Pino	<i>Pinus sp.</i>	Piña	
Sotol	<i>Dasylyron sp.</i>	Hoja	
Agave	<i>Agave sp.</i>	Quiote	Anzuelo
		Gabazo	
Palma	<i>Yucca sp.</i>	Hojas	Arnes
			Aro
			Atado
			Mecapal
			Morral
			Petate
			Nudos
			Cordelería
			Canasta
			Cesto
Carrizo	<i>Phragmites sp.</i>		Pipa
Palmilla	<i>Nolina sp.</i>		Sandalia
			Nudos
Algodón	<i>Gossypium sp.</i>		Textil

Tabla 1. Restos vegetales de Cueva Grande recuperados en superficie durante la temporada 2002.

Martínez Miriam. *Expedicionario* (2) 2021: 18-29

Taxa		Parte vegetal	Artefactos
Nombre común	Nombre científico		
Calabaza	<i>Cucurbita sp.</i>	Semillas	
		Pedúnculo	
Chile	<i>Capsicum</i>	Pedúnculo	
Encino	<i>Quercus sp.</i>	Frutos	
		Corteza	
Frijol	<i>Phaseolus sp.</i>	Semillas	
Guaje	<i>Lagenaria siceraria</i>	Cáscaras	
Madera		Fragmentos	
Maguey	<i>Agave sp.</i>	Hojas	Aguja
		Quiote	Encendedor
Maíz	<i>Zea mays</i>	Hojas	
		Semillas	
		Olotes	
		Zacate	
Palmilla	<i>Nolina sp.</i>	Hoja	Aro
			Atado
			Coronilla
			Cuerda
			Mecapal
			Petate
Pino	<i>Pinus sp.</i>	Hojas	Vigas
Sotol	<i>Dasylyron sp.</i>	Hoja	
Tascate	<i>Juniperus sp.</i>	Semillas	
Algodón	<i>Gossypium sp.</i>	Fibras	
Otras			
N.l			Arco
			Cordón
			Hilo
			Hilador
			Sandalia
			Nudo
		Textil	
			Textil

Tabla 2. Restos vegetales de Cueva Grande recuperados en excavación durante la temporada 2004.

Taxa		Parte vegetal	Artefactos
Nombre común	Nombre científico		
Maguey	<i>Agave sp.</i>	Fibra	Gabazos
		Hojas	
		Espinas	
		Tallo	
			Cordeles
		Restos de ayates tejidos	
Calabaza	<i>Cucurbita sp.</i>	Semillas	
		Pedúnculos	
Guaje	<i>Lagenaria siceraria</i>	Cáscara	
Tascate	<i>Juniperus aff.</i>	Semillas	
Encino	<i>Quercus sp.</i>	Frutos	
Zea mays	<i>Zea mays</i>	Hojas	
		Tallos	
		Gabazos	
		Olotes	
		Semillas	
Carrizo	<i>Phragmites sp.</i>	Tallos	
Palma	<i>Yucca sp.</i>	Hojas	
Sotol	<i>Dasyliiron sp.</i>		
		Hojas	
Algodón	<i>Gossypium sp.</i>		
		Semillas	
Pino	<i>Pinus s.</i>	Madera	
			Banco
			Vigas
Capulín	<i>Prunus aff., capuli</i>	Semillas	
Tomate de bolsa	<i>Physalis sp.</i>	Semillas	
Nopal	<i>Opuntia sp.</i>	Semillas	
		Tallo	
Madroño	<i>Arctostaphylos sp.</i>	Tallos	
		Tallos	
		Tallos	
		Varas	
			Varas donde encuentran atadas fibras
			Vara para tejer
Ayle	<i>Alnus sp.</i>		Vara quemada y para tejer
Sotol	<i>Dasyliiron sp.</i>		Fragmentos de cordeles: hechos de hoja o palma de sotol
			Petates
			Canastas
Algodón	<i>Gossypium sp.</i>		Cordeles

Tabla 3. Restos vegetales de la Cueva de las Ventanas recuperados en 1981.

Taxa		Parte vegetal	Artefactos
Nombre común	Nombre científico		
Maguey	<i>Agave sp.</i>	Espina	Agujas
			Espina
			Fibras
Chilicote	<i>Erythrina americana</i>	Semillas	Bagazos
Maíz	<i>Zea mays</i>	Olotes	Arco
			Caña
Guaje	<i>Lagenaria siceraria</i>		
Nopal	<i>Opuntia</i>	Fruto	
Calabaza	<i>Cucurbita sp.</i>	Semillas	
Tascate	<i>Juniperus sp.</i>	Semillas	
Yuca	<i>Yucca sp.</i>		Atados
			Nudos
			Cordelería
Palmilla	<i>Nolina sp.</i>		Cestería
			Coronas
			Cuerdas
			Petates
			Sandalia
N.I		Fibras	Textil
			Vaizas
			Varas

Tabla 4. Restos vegetales de la Cueva del Mirador recuperados en superficie durante la temporada 2002.

Taxa		Parte vegetal	Artefactos
Nombre común	Nombre científico		
Aguaris		Semillas	
Chilicote	<i>Erythrina americana</i>	Semillas	
Encino	<i>Quercus sp.</i>	Bellotas	
		Semillas y fragmento de madera	
Frijol	<i>Phaseolus sp.</i>	Semillas	
Pino	<i>Pinus sp.</i>	Fragmentos de madera	
		Fruto	
Tascate	<i>Juniperus sp.</i>	Fragmentos de madera	
Maíz	<i>Zea mays</i>	Olotes	
		Semillas	
Palmilla	<i>Nolina spp.</i>	Fibras	Atado
Sotol	<i>Dasyllirion sp.</i>	Fibras	
Maguey	<i>Agave sp.</i>	Fibras	
Churique		Fibras	
Otros		Semillas	Cordón
		Fragmentos de madera	

Tabla 6. Restos vegetales de la Cueva de La Serpiente recuperados en excavación durante la temporada 2004.

Taxa		Parte vegetal	Artefactos
Nombre común	Nombre científico		
Calabaza	<i>Cucurbita sp.</i>	Pedúnculo	
		Semillas	
Chilicote	<i>Erythrina americana</i>	Semillas	
Encino	<i>Quercus sp.</i>	Semillas	
Frijol	<i>Phaseolus sp.</i>	Semillas	
Guaje	<i>Lagenaria siceraria</i>	Cáscara	Cuchara
Maíz	<i>Zea mays</i>	Olotes	
		Hojas	
		Espiga	
		Caña	
		Zacate	
Maguey	<i>Agave sp.</i>	Fibras y puntas	Cordón
			Encendedor
		Hojas	
Nopal	<i>Opuntia</i>	Fibras y frutos	
		Semillas	
		Hoja	
N.I		Semillas	
Palmilla	<i>Nolina sp</i>	Hoja	Atado
			Cesto
			Cuerda
			Mecapal
			Petate
Pino	<i>Pinus sp.</i>	Piña	
		Hoja	
		Rama	
		Corteza	
Sotol	<i>Dasyllirion sp.</i>	Fibras	
Tascate	<i>Juniperus sp.</i>	Semillas	
		Madera	
Churique		Quiote	
N.I			Atlal
			Hilo
			Sandalia
			Textil

Tabla 5. Restos vegetales de la Cueva del Mirador recuperados en excavación durante la temporada 2004.

Taxa		Parte vegetal	Artefactos
Nombre común	Nombre científico		
Aguaris		Semillas	
Ayecote	<i>Phaseolus coccineus</i>	Semillas	
Calabaza	<i>Cucurbita sp.</i>	Semillas	
		Pedúnculo	
Chile	<i>Capsicum annum</i>	Semillas	
Chilicote	<i>Erythrina flabelliformis</i>	Semillas	
Churique			
Encino	<i>Quercus sp.</i>	Semillas	
		Hojas	
		Bellotas	
Frijol	<i>Phaseolus sp.</i>	Semillas	
Guaje	<i>Lagenaria siceraria</i>	Cáscara	
		Semillas	
Maíz	<i>Zea mays</i>	Olotes	
		Hojas	
		Semillas	
		Espiga	
		Caña	
		Zacate	
Nopal	<i>Opuntia sp.</i>		
Palma	<i>Yucca sp.</i>		Petate
Pino	<i>Pinus sp.</i>	Corteza	
Sotol	<i>Dasyllirion sp.</i>		
Tascate	<i>Juniperus sp.</i>	Semillas	
Maguey	<i>Agave sp.</i>	Hoja	Aguja
			Quiote
Sereque			
N.I			Cuerda
			Hilador
			Vigas
		Semillas	

Tabla 7. Restos vegetales recuperados en la Cueva Nido del Águila en excavación durante la temporada 2004.

Taxa		Parte vegetal	Artefactos
Nombre común	Nombre científico		
Carrizo	<i>Phragmites sp.</i>	Tallos	
Chile	<i>Capsicum annuum</i>	Completo	
Chilicote	<i>Erythrina americana</i>	Semillas	
Choya	<i>Cylindropuntia fulgida</i>	Fragmento seco	
Frijol	<i>Phaseolus vulgaris</i>	Semillas	
Guaje	<i>Lagenaria siceraria</i>	Cáscara	
		Semillas	
		Pedúnculo	
			Contenedor
Magüey	<i>Agave sp.</i>	Hojas	
		Espina	Aguja
			Huarache
			Hilos
			Cordel
			Tejidos
			Cintas
		Fibras	Bagazos
Maíz	<i>Zea mays</i>	Semillas	
		Hojas	Cintas
		Estilos (cabellos)	
		Olotes	Tapón
Nuez		Cáscaras	
Otate	<i>Bambusa vulgaris</i>	Tallo	Varas tipo bastón
Palmilla	<i>Nolina sp.</i>	Fibras	Cintas
			Cestos
			Petates
			Nudos
			Canastas
			Hilos
			Tejidos
			Lazo
			Huarache
			Cordel
			Bolsas o contenedores
Pasto	<i>Poaceae</i>	Raíz	
Pino	<i>Pinus sp.</i>	Frutos	
		Rama	
Sotol	<i>Dasylirion sp.</i>		Atado hojas
N.I		Semilla	
			Atado de hojas
		Flor seca	
		Fragmento de madera	Vigas
			Palos para hilar
			Palos para cocinar
			Palo
			Encendedor
			Lanza
			Trampa
			Diversos artefactos

Tabla 8. Restos vegetales recuperados en la Cueva de las Rancherías en excavación durante la temporada 2007.



Lo que el estudio de la cultura material huichola puede aportar a nuestra perspectiva de la cultura material prehispánica. Implicaciones del giro ontológico en la arqueología de Alta Vista, Zacatecas, y regiones afines

Nora Rodríguez-Zariñán¹

Resumen: Hace ya algunos años que corrientes teóricas, envueltas en lo que se conoce como giro ontológico, vienen asomándose a la antropología causando tanto aprobación como críticas. El giro ontológico parte de la conciencia de que existen otras maneras de concebir mundos, donde la nuestra es sólo una más de ellas. Así, ¿en qué medida nuestras herramientas conceptuales pueden explicar nociones de mundos que le son ajenos? En este sentido, ¿convendría entonces acercarse a otros sistemas conceptuales para explicar categorías que probablemente le resulten más cercanas? Lo anterior no atañe sólo a la antropología, dentro de la arqueología, la cultura material también exige repensar las interpretaciones; en una de esas, el giro ontológico nos alcanza.

Palabras clave: Alta Vista, huicholes, *pseudo cloisonné*, esculturas, ontologías, Occidente de México, Noroccidente de México.

Abstract: For some years now, theoretical currents in anthropology have been involved in what is known as the ontological turn, a development which has led to both approval and criticism. The ontological turn starts from the awareness that there are different ways of conceiving worlds such that our point of view is recognized as just one among many. This shift leads to questions as to what extent our conceptual tools can explain notions of worlds that are foreign to ours? In this sense, more than to use our own conceptual systems, would it be useful to consider other conceptual systems to explain categories that are probably more closely related to those worlds? These issues are a concern in anthropology, but they should also be in archaeology where, probably, the assessment of material culture also requires a rethinking of our interpretations.

Key words: Alta Vista, huichol people, *pseudo cloisonné* pottery, sculpture, ontologies, West Mexico, Northwest Mexico.

Introducción

Partiendo de una innegable alusión al título de Valiñas (2000), el presente texto es una suma de reflexiones en torno a la interpretación que hacemos los investigadores sobre los materiales arqueológicos ya que, por lo general, nos basamos en nuestras propias categorías o marcos de referencia. Es importante reflexionar en ello dada la alta posibilidad de que los aparatos conceptuales que producen los contextos sistémicos² nativos obtuviesen interpretaciones radicalmente distintas si éstas partieran de un marco conceptual occidental y se basaran exclusivamente en sus contextos arqueológicos resultantes. En este texto expondré observaciones y propuestas basadas en investigación y experiencia de primera mano, tanto en la arqueología como en la etnografía del Noroccidente de México, con el objetivo principal de señalar la viabilidad del uso de teoría nativa para encontrar otras posibilidades de interpretación de contextos arqueológicos.

Para ejemplificar lo anterior tomaré estudios de caso centrados en la región noroccidental del México prehispánico (Alta Vista o Chalchihuites, que comparte patrones con regiones aledañas) y teoría nativa que parte del estudio etnográfico de sociedades contemporáneas de la región indígena del Gran Nayar, en este caso, de los huicholes o *wixaritari* (sg. *wixarika*), uno de los cuatro grupos que conforman dicha región (Fig. 1).³ Cabe mencionar que la sociedad huichola contemporánea se separa por poco más de mil años de la región arqueológica que aquí se alude (dado que ésta última tuvo su apogeo en el periodo Epiclásico [650-900 d.c]), lo cual no representa un problema para esta reflexión, dado que no se trabaja bajo la idea de un parentesco directo entre estas dos sociedades sino de campos sociales compartidos (Kohl, 2008). Los campos sociales compartidos parten de la idea de que los grupos a los cuales generalmente nos hemos referido como culturas no co-

² “El contexto sistémico se refiere a la condición de un elemento que está participando en un sistema conductual [vivo]. El contexto arqueológico describe los materiales que han pasado por un sistema cultural y que ahora son los objetos de investigación de los arqueólogos” (Schiffer 1990: 83).

³ Los grupos que conforman el Gran Nayar son los coras, tepehuanes, mexicanos y huicholes.

¹ Escuela de Antropología e Historia del Norte de México.



Fig. 1. Ubicación de Alta Vista y de algunas comunidades serranas *wixaritari*.

responder a grupos cerrados que se puedan delimitar geográfica, cultural o temporalmente, pues “están indisolublemente involucrados unos con otros [traducción propia]” interactuando de manera diferencial (Kohl, 2008: 495). De esta manera, los paralelos que aquí se proponen entre los casos arqueológicos y la práctica *wixarika* no necesitan considerar que se deben a una conexión directa entre ambos grupos, pero sí que pueden ser derivados de una coexistencia entre los antecesores de la región prehispánica que aquí se analiza y los antecesores de quienes hoy en día llamamos *wixaritari*.

A partir de lo anterior, plantearé (1) la posibilidad de que las deidades prehispánicas de la región pudieran haber sido multicorpóreas como lo son las *wixaritari*, que, por ende, (2) algunos restos arqueológicos, más que corresponder a fragmentos de vasijas, correspondan a restos de dichas corporeidades y que, (3) piezas o vasijas que se han interpretado como ofrendas a restos humanos pudieran ser más bien posibilidades corpóreas de deidades a las que se les ofrendaron dichos individuos. El lector, sin embargo, deberá ser paciente pues para sostener la aplicación de estas interpretaciones en el dato arqueológico deben validarse primero en el aspecto etnográfico.

Así, lo que busco señalar es que no es tanto el uso de datos etnográficos lo que puede colaborar en nuestra interpretación de contextos prehispánicos, sino la teoría nativa. ¿Cuál es la diferencia? La diferencia entre el uso de datos etnográficos y de la teoría nativa radica en que esta última está envuelta en el contexto del giro ontológico que implica un llevar a serio, mientras que el uso de datos etnográficos no necesariamente se somete a ese tipo de análisis. Por ende, abordaremos primero qué es el giro ontológico y cómo cambia con ello el análisis de los datos etnográficos en antropología. Posteriormente, verificaremos la viabilidad de su aplicación en el registro arqueológico de Chalchihuites (Alta Vista) lo que, por supuesto, atañe también a regiones aledañas.

El giro ontológico

Si partimos del hecho de que es el ser humano quien otorga distintas connotaciones al resto de la naturaleza, la antropología estudia las diferentes expresiones culturales del ser humano, las múltiples maneras de interpretar el mundo y de vivir en él. Para dicho estudio es que se lleva a cabo el registro cuidadoso y el análisis de los datos etnográficos, esos datos que explican la naturaleza de forma interesante, pero “evidentemente errada”—errada porque “sabemos” que los animales no hablan y que, ni siquiera, en el principio de los tiempos fueron humanos—. Debo aclarar que estas líneas previas son absolutamente irónicas pues, si bien lo antes dicho puede ser aceptado aún por algunos investigadores (especialmente aquéllos no dedicados a la antropología), está lleno de equívocos y ello ha venido a ser evidenciado especialmente a partir de las dos últimas décadas.

Al respecto, aunque discrepantes en varios puntos, Lévi Strauss (2012 [1964]: 29), Beaucage (2009), Descola (2001, 2002, 2007), Holbraad (2008) y Viveiros de Castro (2004a, 2004b) son algunos de los autores que han enfatizado la importancia de analizar los datos etnográficos bajo el lente nativo. Viveiros de Castro (2004a), por ejemplo, invita a cuestionar el hecho de que haya diferentes maneras de interpretar el mundo para pensar que más bien existen tantas interpretaciones como mundos y que la nuestra (y, por ende, nuestro mundo) es sólo una de tantas. Es decir, incita a reflexionar cómo registramos explicaciones “del mundo” sin siquiera notar que estamos asumiendo que la nuestra es la real y que, por ende, asumimos a la otra como “interesante pero equivocada”. Es decir, en la etnografía amerindia, mucho de su conocimiento es comúnmente reducido a “mera imaginación”.⁴ Tratando de ser inclusivos al investigar otras maneras de interpretar “el mundo”, nos encaramos con un etnocentrismo descomunal, tan descomunal que nos pasa desapercibido. En relación con lo anterior, por ejemplo, Descola (2001, 2002), con base en su etnografía de los jíbaros achuar, ha resaltado que el binomio naturaleza-cultura no es universal, sino que corresponde a una división propia de las tradiciones occidentales, pero no de las amerindias. Por ello, cuestiona la validez de mantener dicho binomio como marco de referencia para el estudio de grupos para quienes dicha división naturaleza-cultura no les significa nada. Por otra parte, en su trabajo de campo, Viveiros de Castro (2004a) nota que, para sus informantes de la Amazonía, la cultura no se limita al género humano, sino que es extensiva a otras especies y que, así, no se trataría de múltiples culturas explicando una

⁴ O, como diría la expresión también crítica de Blaser y De la Cadena (2009: 4), “está bien para los indígenas, pero no para nosotros”.

naturaleza (multiculturalismo), sino de múltiples naturalezas compartiendo una cultura (multinaturalismo).

Las reflexiones anteriores tienen consecuencias y reclaman retos. El primero es aceptar que no sólo existen otras maneras de explicar la realidad, sino otras realidades, donde, repito, la nuestra es sólo una de tantas. Este mundo que se produjo a causa del Big Bang y donde el humano evolucionó de los homínidos, es una explicación más, real para nosotros, tan real y correcta como es para los *wixaritari* que una de sus deidades vomitó en su camino de la costa a la sierra dejando huella de ello y para quienes la evidencia irrefutable puede verse en algunos cerros de la sierra. Así, el punto es otorgar a las explicaciones de otros mundos la misma calidad de verdad que damos a la nuestra, siendo conscientes de que, muy probablemente, con ello se desprenderán realidades inesperadas. Es decir, en el giro ontológico no se trata de registrar etnografías con el objetivo de insertarlas en nuestro marco conceptual para lograr traducirlas, sino de registrarlas e insertarlas, pero sobre ese otro marco conceptual, no para traducir ni para conocer términos nuevos sino para conocer *conceptos* nuevos (como señala Martínez Ramírez, 2012). Éste es el objetivo del giro ontológico, a través de llevar a serio la teoría nativa, ganar conceptos, no traducir ni buscar sinónimos.

Antes de continuar, me gustaría aclarar que “llevar a serio” es una expresión recurrente en la literatura de las ontologías y se refiere a este paradigma en el que el análisis implica situar y analizar los datos etnográficos dentro del marco teórico que los ha creado (teoría nativa) dado que, como he señalado, cuando se sitúan en un marco de referencia al que no pertenecen pierden sentido o adquieren un carácter de irreales o imaginarios.⁵ Por lo tanto, con la expresión “llevar a serio”, o incluso con “giro ontológico” (como observa Lins [Loera 2018: 43]), no aludo a que etnografías previas o futuras no tomen en serio los datos etnográficos; con esta expresión lo que se busca no es más que indicar que se parte de que los datos etnográficos son reales para el grupo que nos los proporciona, sin importar que resulten incoherentes desde la ontología del investigador o desde el marco conceptual de éste. Así, “llevar a serio”, de alguna manera, implica permitirnos conocer conceptos y realidades sin necesariamente traducir pues, justamente, proceden de otras realidades.

Ejemplos de aplicación del giro ontológico a la cultura material wixarika

La iconografía de las deidades no es unívoca sino múltiple y diversa

Cuando emprendí mi trabajo de campo en la sierra, con los *wixaritari de Tuapurie* (2010), mi objetivo inicial era comprender el significado de la deidad huichola Águila Joven (Tatei Werika +imari, en *wixarika*).⁶ Una vez ahí, con base en mi propio sistema de referencia, esperaba que las deidades águila se vieran como águilas, las deidades maíz como maíz, y las de lluvia como agua, eso era “obvio”. Para los *wixaritari* no es así. Para los *wixaritari* esta deidad águila se ve como maíz, aunque, de hecho, es venada y... parte de la primera lluvia... Para Xutulima, una de mis informantes, su exégesis sobre esta deidad fue que “en sí, Werika +imari no es águila, águila real [...]. Aquí Tatei Werika +imari no es el águila como la conocemos, en sí es venado hembra, *maxa uka*.” De hecho, Xutulima y su hermano me indicaron que había dos águilas, dos *werikaxi* [sg. *werika*], una visible y otra que “a lo mejor no lo es [...]. La visible sería la de los collares, los morrales, esa es una *werika* (águila), pero no es Tatei Werika +imari. En sí Werika +imari sería la que no se ve [sino que] mejor se explica, [por ejemplo] forma parte de una jícara [...].”⁷ Al respecto, uno puede asumir que la jícara de Tatei Werika +imari llevaría la imagen de un águila, pero una vez más Etsiakame, el hermano de Xutulima, aclaró que la deidad no era icónica, señalando que “la jícara de Werika +imari no lleva la figura de un águila porque no puede ser representativa”. Así, para los huicholes, prácticamente ninguna figura de águila es la deidad Águila Joven ni hace referencia a ella. En contraste, esta deidad tiene potencias de transformación que no se ligan al águila sino al maíz, al venado y a la primera lluvia. Es decir, para los *wixaritari*, referir que su deidad Águila Joven es un águila no tiene mucho sentido, para ellos lo que tiene sentido es que ella es una deidad maíz, venada y parte de la primera lluvia, todo al mismo tiempo, lo cual desde nuestro marco conceptual no resulta coherente sino confuso.

En este caso, lo que se hizo fue, a la manera como sugiere Holbraad (2008: 37-38), preguntarse cómo se debía pensar al águila, al maíz, a la venada y a parte de la primera lluvia para que decir que son lo mismo nos resultara coherente. No es

⁵ Por ejemplo, desde una ontología naturalista, decir que las deidades amerindias son humanas, o es imposible o es un mito. Al respecto, llevar a serio dicho dato no significaría aceptar que dichas deidades sean humanas, o no, sino explorar, tal vez tercamente, bajo qué códigos es que dicha expresión tiene sentido.

⁶ Mi interés en esta deidad surge a partir de la identificación de su antecedente prehispánico en la iconografía de Alta Vista, El Teúl y, probablemente, La Quemada (Rodríguez Zariñán, 2009).

⁷ En el costumbre *wixarika* cada deidad tiene una jícara (guaje cortado por la mitad) y un jicarero (*wixarika* “responsable de ella”).

éste el lugar para extenderse en el tema, basta señalar que el análisis sugirió que cada uno de dichos componentes se enlaza por cadenas de relación absolutamente coherentes (Rodríguez Zariñán, 2018: 81-164). Por ejemplo, en junio, la quema de las hojas del maíz y de sus olotes genera “humo” que los huicholes perciben como el vaho que se desprende el cuerpo del maíz, que se eleva por el aire y se convierte en nubes generadoras de lluvias, lo cual se liga directamente con el hecho de que es en este mismo periodo cuando inicia la temporada húmeda en la región. Así, esa deidad águila cuyo cuerpo era el maíz, termina siendo no la primera lluvia sino, efectivamente, sólo parte de ella como, de hecho, habían especificado los *wixaritari* (Rodríguez Zariñán, 2018: 81-164). De esta manera, en mi caso de estudio quedó claro que la iconografía de las deidades huicholas no era en absoluto unívoca sino múltiple y diversa, enlazada por cadenas de relación que sólo hacen sentido al estudiarlas dentro del sistema conceptual que las creó, no desde el sistema de referencia conceptual del o de la investigadora que, en este caso, como muchos, para estudiar a la deidad Águila Joven esperaba estudiar águilas.

Las deidades huicholas tienen múltiples posibilidades corpóreas

Por otro lado, las deidades, en términos occidentales, por ejemplo, suelen ser conceptualizadas como seres mayormente etéreas con dominios sobre la naturaleza, distantes e intangibles pero omnipresentes. Para los huicholes, sin embargo, éstas no son etéreas sino absolutamente tangibles pues, de hecho, no tienen uno sino múltiples cuerpos que pueden tocarse permanentemente; son cercanas pues son sus parientes directos y, no por ser deidades son omnipresentes, sino que, por el contrario, necesitan hacer uso de sus cuerpos para asistir a las ceremonias y, a través de ellos, llevar a cabo las prácticas que implica *el costumbre wixarika*, dado que también están obligadas a cumplirlo (Rodríguez Zariñán, 2018: 18).

Dentro de las diferentes posibilidades corpóreas de las deidades huicholas, éstas son aquello que son, por ejemplo, el sol, la lluvia, el maíz, el peyote. Sin embargo, desde el marco teórico huichol, sus deidades poseen otras posibilidades corpóreas, una de ellas es la jícara (denominada efigie por Kindl, 2003),⁸ otra son los jicareros (huicholes con cargo ceremonial) y otra

más son algunas piedras de cuarzo llamadas *+r+kate* (entre otras que seguramente aún desconozco). Los *wixaritari* comparten esta multicorporalidad con sus deidades pues poseen un cuerpo humano pero también una jícara y, según su preparación ritual, estando vivos, también pueden estar en un cuarzo (Perrin, 1996).⁹ Tan es verdad que para los huicholes estas jícaras y cuarzos son cuerpos que, en una ceremonia *wixarika*, la presencia de estas piezas sustituye sin problema la asistencia del cuerpo humano cuando éste no puede asistir.

Las posibilidades corpóreas antropomorfas de las deidades son las menos

A estas alturas, casi está de más señalar que en las corporalidades *wixaritari* la figura antropomorfa no es prioridad. Las jícaras son vasijas manufacturadas mediante un guaje cortado a la mitad, los cuarzos son amorfos y la escultura antropomorfa no es la más común además de que, en su caso, regularmente, está fuera de la vista cotidiana. De hecho, las piezas antropomorfas de las que tengo conocimiento son aquellas que se manufacturan para ofrenda,¹⁰ o aquellas que muestra Lumholtz (1986 [1900, 1904]) en sus registros de finales del siglo XIX, algunas de las cuales, según su escrito, solían guardarse celosamente en oquedades dentro del *tuki* (Lumholtz, 1986 [1900, 1904]).¹¹ Existen, sin embargo, otros tipos de esculturas que he tenido oportunidad de ver. Estas esculturas están en cuevas o en cavidades específicas de éstas, totalmente fuera de la vista, e incluso del conocimiento de muchos *wixaritari*. Las piezas, pétreas, miden alrededor de 60 cm de alto por 35 cm de ancho. Cuando los *wixaritari* las visitan, depositan, mediante aspersión o la punta de un *+r+* (flecha), pequeñas gotas de peyote en agua, tumari (maíz sagrado molido y disuelto en agua) y sangre de ganado sacrificado ritualmente. Aunque las gotas asperjadas son mínimas, las esculturas que tuve oportunidad de ver poseen una gran cantidad de restos de estos fluidos, depositados sea por la constata visita de los *wixaritari*, por los años que tienen ahí dichas piezas o, más probablemente, por la suma de los dos factores. Estas esculturas, sin embargo, no conservan forma antropomorfa reconocible a simple vista, más que la forma oblonga.

Con estos datos se resaltan dos aspectos en torno a la materialidad pétreas de las deidades *wixaritari*. El primero es que

⁸ En su estudio sobre la jícara huichola, Kindl (2003: 72-78) la divide en jícaras domésticas, comerciales y rituales; estas últimas a su vez se dividen en votivas y en efigie, esto es, aquellas que funcionan como peticiones y aquellas que son narrativas mitológicas y/o las deidades, respectivamente.

⁹ Perrin (1996) aborda dichas materialidades como “almas”; en mi trabajo de campo, en contraste, corresponden a posibilidades corpóreas de las deidades.

¹⁰ Piezas que no suelen rebasar los 25 cm y que son depositadas en espacios geográficos específicos, la mayoría de las veces a distancia considerable de las casas e incluso en regiones distantes, en otros estados.

¹¹ El *tuki* es la principal estructura arquitectónica ceremonial de los *wixaritari*.

ésta (se trate de escultura antropomorfa o no), aunque corresponde a otra posibilidad corpórea de sus deidades, no es la única ni la dominante. El otro aspecto que se deja ver es que la figura antropomorfa tampoco es un aspecto requerido, al menos en lo que corresponde a nuestra manera de definir lo antropomorfo (véase un ejemplo en Nahmad [1996: 493, figura 121] donde se ilustra a Haramara, la piedra blanca de San Blas [Nayarit]).

Las posibilidades corpóreas de las deidades se alimentan dado que están vivas

Estas posibilidades corpóreas de las deidades *wixaritari*, antropomorfas o no, todas emocionan (a decir de los *wixaritari*, por ejemplo, pueden enojarse), comen, beben, reciben la sangre de los sacrificios y peyote. Estos cuerpos tienen ciclos de vida (Alcocer y Neurath 2007: 40), aunque no corresponden a objetos de los dioses sino a los dioses mismos (véase Kindl [2003] y Digué [1992 (1899): 143]). Por ende, una vez que estos cuerpos vivos cumplen su ciclo resultan en cuerpos sin vida que deben ser reintegrados a la tierra (como concluye Kindl [2003: 65, 237-238]) y la manera como ello se logra es, en el caso de las jícaras, a través de dejarlas que se descompongan por sí mismas, quebrándolas o enterrándolas bajo el suelo del tuki (Kindl, 2003: 125, 237, 238). Así, estas corporalidades, vivas, requieren alimento y es el que los *wixaritari* les proveen a lo largo del año a través del asperje de fluidos que antes he mencionado.

Las deidades *wixaritari* fueron y son humanas, o más bien, *tewiyari*

Si hay una característica básica de las deidades *wixaritari* es que ellas son y fueron “humanas”. Al menos así es como ellos traducen el término *tewiyari* y como ellos las refieren. Este enunciado, como varios que preceden, por ejemplo, en torno

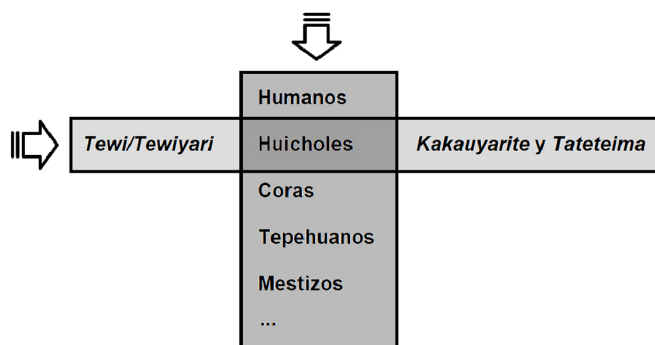


Fig. 2. Esquema en torno al contraste entre el concepto *tewi/tewiyari* y humanidad.

a que las deidades están vivas, tienen varios cuerpos, necesitan alimentarse y, ahora, que son humanas, pueden parecer claramente errados, aunque, por supuesto, “interesantes”. Y, ¿si lo llevamos a serio? Pero, otra vez, ¿qué significa llevarlo a serio? En mi experiencia, llevar a serio fue aceptar la acrobacia mental que implicó explorar cómo debía pensar a las deidades y a lo humano a modo de que el hecho de que una deidad *wixarika* fuera humana me resultara coherente.

El análisis de dicha humanidad desde el término nativo para ello, *tewiyari*, sumado al análisis del ciclo ritual y agrícola del maíz, sugirió que la humanidad a la que se refieren los *wixaritari* corresponde al hecho de que las deidades, como los *wixaritari*, deben cumplir con el costumbre *wixarika* (Rodríguez Zariñán 2019: 183, 191, *et al.*). De acuerdo con mi investigación, es sólo cumpliendo con el costumbre como tanto los huicholes como sus deidades reciben el apelativo de *tewi* y de *tewiyari* (*cf.* Neurath, 2011 y Pacheco, 2016), término que los mismos huicholes traducen como humano, pero que no tiene que ver con humanidad en el sentido biológico sino que se trata de una traducción que esconde conceptos que aunque se cruzan son considerablemente diferentes (Fig. 2; Rodríguez Zariñán, 2018). Visto de esta manera, el término *humano* sobra, aunque, de hecho, es a partir de este equívoco (Viveiros de Castro, 2004b) que en mi trabajo de campo hubo que explorar y, tal vez, comprender cómo es que para los huicholes decir que sus dioses son humanos tiene todo el sentido. Porque ellos no estaban hablando de humanidad biológica; ése fue sólo el término en español que les pareció que servía para transmitir su idea, sin embargo, al fin y al cabo, era una traducción, lo que, como bien apunta Viveiros de Castro (2004b), implicaba una traición.

Llevar a serio el hecho de que los huicholes consideren humanas a sus deidades implicó una empresa de investigación que partió de explorar, antes que nada, el término nativo y sus aplicaciones para llegar a comprender por qué para ellos decir que sus deidades son humanas sí tenía sentido. En contraste, ese dato de humanidad se pudo haber tildado como “interesante”, pero silenciosamente pensado como errado (o expresamente mencionado como mitológico).¹² No, no es un mito, sí son *humanos*, sobre todo porque la humanidad de la que los huicholes nos estaban hablando en un esfuerzo de traducción no era de humanidad sino de lo que he llamado académicamente, y por mera afinidad auditiva, “te+teridad” (sg. *tewiyari*, pl. *te+teriyari*).

¹² Tal como se señala para las deidades prehispánicas registradas por los cronistas del siglo XVI.

De esta manera, aterrizado a la materialidad, si las deidades, como los huicholes, necesitan cumplir con *el costumbre*, y si las deidades tienen cuerpos tangibles a través de los cuales cumplen con éste, entonces la presencia del maíz (uno de sus cuerpos) en las ceremonias (*neixa*) no es para ser ofrendado sino para que el maíz asista a través de sus posibilidades corpóreas a dichas ceremonias y cumpla así con *el costumbre wixarika* (Rodríguez Zariñán, 2018: 206-216). Por ejemplo, en la ceremonia de Tatei Neixa, conocida como la ceremonia de los primeros frutos, la presencia del maíz ocupa parte central de la etnografía desde sus primeros registros; en todos los casos, sin embargo, al menos por escrito, se indica la presencia del maíz como ofrenda para las deidades (cf. Palafox, 1993: 205, 207, 208; Shelton, 1996: 458; Neurath, 2002: 291, 292; Kindl, 2003: 127; Iturrioz y Carrillo, 2008: 13; Gutiérrez, 2010: 172; Pacheco, 2016: 36). Después del análisis de la “humanidad *wixarika*”, llevar a serio la teoría nativa sugiere que la presencia del maíz *wixarika* en la ceremonia no es para ser ofrendado, sino que es la deidad maíz asistiendo a su ceremonia para, como cualquier *wixarika*, cumplir con *el costumbre* y construirse como persona (Rodríguez Zariñán, 2018: 207, 219, 259-260).

Con estos estudios en torno a la etnografía *wixarika* y su interpretación a través de la teoría nativa busco ejemplificar muy brevemente qué es esta teoría y qué es el giro ontológico en la antropología. Ahora, trabajando en la región de lo que actualmente es el Gran Nayar y en el Noroccidente prehispánico de México, áreas que, como antes señalé, se empalman geográficamente, pienso que es válido, por no decir necesario, preguntarse en qué medida esta corriente tiene implicaciones en la arqueología de la región. ¿De qué manera el giro ontológico y, por ejemplo, los datos derivados del análisis de la etnografía que acabo de mencionar pueden repercutir en nuestra interpretación de los datos arqueológicos del área? o ¿es que esta teoría nativa *wixarika* está tan lejana¹³ de la ontología prehispánica que la nuestra (cualquiera que sea) debe seguir siendo siempre la primera opción?

La cultura material prehispánica de Chalchihuites y regiones afines

La interpretación de contextos arqueológicos

La región noroccidental de México (Fig. 3) ha sido intervenida arqueológicamente en múltiples ocasiones, desde Sauer y Brand (1932), Mason (1937), Kelly (1938, 1945), Ekholm



Fig. 3. Ubicación de algunos sitios del Noroccidente prehispánico.

(1942), Kelley (1971), Cabrero (1989), Hers (1989), Nelson (1997), Lelgemann (2000), Jiménez (2018), y muchos más hasta el presente. A partir de dichos trabajos, son cuantiosos los hallazgos, materiales, entierros, basureros y contextos que han resultado, pero, ¿cómo se han interpretado?

Los datos obtenidos mediante el registro arqueológico son analizados e interpretados por el investigador que, invariablemente, está sujeto al contexto teórico y académico en el que éste se desarrolla. Lo anterior es evidente, por ejemplo, en el contexto de la investigación de sitios como Alta Vista y Paquimé, sitios que han sido considerados puertos de entrada o enclaves mesoamericanos conectados con rutas pochtecas (Kelley, 1980; Di Peso, 1974).¹⁴ Con respecto a su cosmología, ésta se abordó teniendo como herramienta principal el apoyo en los datos provistos por cronistas y códices del Altiplano central. Hoy en día, para abordar dichos temas, entre otros, lo que propongo¹⁵ es la interpretación apoyada en teoría nativa local y contemporánea. Por ello, para ejemplificar mi propuesta utilizaré los datos arqueológicos del sitio de Alta Vista y los datos etnográficos de los huicholes, ambos como representantes de áreas mayores.

El sitio de Alta Vista fue explorado desde 1908 por Manuel Gamio y posteriormente por Charles Kelley con su equipo de la Southern Illinois University, Carbondale. Este segundo grupo de exploraciones, envuelto en el interés de hallar las conexiones entre Mesoamérica y el Suroeste Americano, exploró el sitio registrando importantes contextos, tal como el Entierro 2 (Pickering, 1974), múltiples objetos depositados bajo el Salón de las columnas (Kelley *et al.*, 1974: texto de

¹⁴ Tales interpretaciones, en parte, fueron resultado de la ausencia de investigación de sitios intermedios que imperaba en los años cincuenta, mucho más que en el presente.

¹⁵ Y el contexto académico que me lleva a esta tendencia interpretativa también es, por supuesto, producto de mi tiempo y espacio académico.

¹³ Acaso sobre decir que la distancia no se mide sólo en años o kilómetros.

Betty Bell, de Elaine Holien y Thomas Holien) o aquéllos del Templo de los cráneos (Estructura 2c, Kelley, 1978).

El Entierro 2 fue hallado bajo el piso del Salón de las columnas en la temporada de 1971. Dicho entierro fue localizado en la esquina interior norte de dicha estructura, a una profundidad de 25-75 centímetros (Pickering, 1974: 242). El entierro se componía de un individuo masculino decapitado de entre 16 y 22 años, semi flexionado sobre su lado derecho, con ocho cráneos (jóvenes) con mandíbula desarticulada acomodados en doble fila también sobre su lado derecho (Pickering, 1974: 242). A la altura de la pelvis se encontraban agrupadas una sobre otra (copa-base) cuatro copas *pseudo cloisonné*¹⁶ con la iconografía interior de un águila y una serpiente (Holien y Pickering, 1978: 155) y una olla Súchil rojo sobre café (Fig. 4). Entre los cráneos se encontraba una flauta zoomorfa rota y una copa (iconográficamente distinta), ambos rotos y decorados en *pseudo cloisonné* (Pickering, 1974: 242). También estuvieron directamente asociados una olla miniatura negro pulido (a la altura del pecho) y un tecomate rojo pulido, un fragmento de turquesa y un fragmento de cuchillo de obsidiana negra moteada en rojo, éste último a un metro de distancia al noreste, alejado de la concentración de materiales (Kelley y Abbott 1971: 9; Holien y Pickering, 1978: 146-147). Sobre el entierro había algunos huesos aislados y, bajo las mandíbulas desarticuladas mencionadas, una capa compacta de huesos largos (húmeros, tibias y fémures) y, en mucho menor cantidad, radios, peronés, cubitos, carpos, metacarpos, vértebras, rótulas, un sacro (ubicado al sur) y cinco huesos *innominate* (Pickering, 1974: 242).

El Entierro 2 fue relacionado inicialmente por Kelley con el sacrificio a Tezcatlipoca dada la presencia de la flauta rota (Pickering, 1974: 242). El tema fue desarrollado posteriormente por Holien y Pickering (1978), quienes con base en los datos de la fiesta de Tóxcatl (dedicada a Tezcatlipoca), provistos por Sahagún, notaron similitudes entre ésta y el Entierro 2 de Alta Vista, tal como el uso de una flauta y el rompimiento de ésta, la decapitación del personaje a sacrificar, la edad de éste, mutilación ritual, así como la presencia de un individuo principal y ocho secundarios (Holien y Pickering, 1978: 147; cf. Olivier, 2004: 354). La interpretación de las vasijas presentes en dicho enterramiento fue que posiblemente se trataba de



Fig. 4. Parte de los materiales procedentes del Entierro 2. Archivo personal Rodríguez Zariñán, 2007.

piezas en las que se bebió pulque (Holien, 1977: 307, 308, 311; Holien y Pickering, 1978) no obstante de carecer de cualquier indicación de ese tipo de uso (Holien y Pickering, 1978: 290). La iconografía de cuatro de las cinco copas halladas en este enterramiento, como indiqué, corresponde a la figura de un águila y una serpiente, misma que ha sido señalada como una lucha entre lo celeste y lo terrestre, luz y oscuridad o hasta del bien y el mal. Cabe mencionar que bajo el Salón de las columnas se encontraron varios depósitos más con materiales arqueológicos, entre ellos, dos copas que también poseían la figura del águila y la serpiente registradas por Gamio (1910) y otra más con la misma iconografía en la esquina este (Kelley *et al.*, 1974: volumen 1; texto de Betty Bell y de Elaine Holien; Pickering, 1974: 242; véase Rodríguez Zariñán, 2009 para un estudio respecto a esta iconografía y al patrón de desecho de las copas que lo ostentan).

Con respecto a la figura de reptil, altamente frecuente en esta área (y presente en la flauta zoomorfa hallada en el Entierro 2 [Fig. 4]), ésta fue referida como *alligator monster* (Kelley y Abbott, 1971), en clara alusión a la figura de un caimán o, mejor dicho, del *cipactli mexicana* (cf. Rodríguez Zariñán, 2009: 64-76).

Como es notable, los datos que se construyeron desde estas perspectivas y que dominaron con respecto a la arqueología de Alta Vista es que se trataba de un sitio ubicado en la frontera norte de Mesoamérica, donde, por cierto, se halló una gran cantidad de teselas de turquesa que inmediatamente le conectaron con el Suroeste Americano convirtiéndolo en un puerto de entrada; un sitio donde se halla el antecedente de la figura del águila con una serpiente más antiguo de México; un sitio enigmático donde se halló un entierro asociado con Tezcatlipoca y donde abunda la figura del *alligator monster* o monstruo caimán. Asimismo, Alta Vista corresponde a un sitio donde se han encontrado algunas de las vasijas *pseudo cloisonné* más

¹⁶ El *pseudo cloisonné* es un tipo cerámico característico del Clásico tardío o Epiclásico del Occidente de México. Su manufactura consistía en agregar a la forma cerámica una capa uniforme en negro que después de la cocción era esgrafiada; los "huecos" resultantes se rellenaban con pigmentos aglutinados, lo que dejaba delineado a cada elemento figurativo por la capa base negra (Holien, 1977: 50; Ross, 1939; véase Strazicich, 1998, 2002). De esta manera, el *pseudo cloisonné* se distingue por la complejidad de su manufactura y por su riqueza iconográfica.

conocidas, un particular tipo cerámico característico del Occidente de México.

Otras posibilidades de lectura de los datos a partir de la teoría nativa

El trabajo etnográfico con los grupos *wixaritari*, en el cual he abundado un poco en párrafos previos, sugiere otras lecturas posibles en torno a los contextos previamente señalados para Alta Vista. Por ejemplo, como ya indiqué, de acuerdo con los datos etnográficos regionales en torno a las jícaras efigie huicholas, éstas corresponden a sólo una de varias posibilidades corpóreas de sus deidades (Kindl, 2003). Lo anterior, en acuerdo con análisis comparativo de patrones iconográficos, de manufactura y de desecho, sugiere la posibilidad de que el *pseudo cloisonné* corresponda a un antecedente de dichas jícaras efigie huicholas (Rodríguez Zariñán, 2009: 194-210; 2017). Es decir, dichos paralelos sugieren que el *pseudo cloisonné* podría corresponder también a una posibilidad corpórea de las deidades prehispánicas del área. De ser así, ¿cómo cambiaría esto nuestras interpretaciones? La interpretación tradicional es que las copas *pseudo cloisonné* halladas en el Entierro 2, en conjunto con ocho cráneos y otros materiales arqueológicos, fueron parte de la ofrenda dirigida a un individuo. Sin embargo, si, efectivamente, el *pseudo cloisonné* corresponde a una posibilidad corpórea de los dioses, es más probable que los restos óseos del Entierro 2 correspondan a una ofrenda para las vasijas *pseudo cloisonné* y no el *pseudo cloisonné* a ofrendas para el individuo.

Bajo este mismo patrón interpretativo, la figura del águila y de la serpiente, además de corresponder al antecedente más temprano del actual escudo nacional mexicano, de acuerdo con el análisis de los datos *wixaritari* en torno a dicha iconografía (que les es propia), no corresponde a una lucha entre lo alto y lo bajo o entre “el bien y el mal”, tampoco a un águila devorando a una serpiente, sino al cambio de temporada seca a húmeda o viceversa (Rodríguez Zariñán, 2009: 209-238).

Con respecto a la figura del llamado *alligator monster*, en otro espacio he sugerido que no se trata de un *alligator* o *ci-pactli* sino de una serpiente astada y emplumada (Rodríguez Zariñán, 2009, 2010, 2012). En el caso *wixarika*, la figura que para ellos conjunta una figura serpentina, con plumas y astas (cuernos) corresponde a una figura que conjunta a las lluvias (serpiente) y el venado (en las astas o en la cabeza completa) llegando del este, una serpiente astada, *Na'ariwame*, en parte.

Con respecto a la diversidad de ofrendas de vasijas halladas bajo el Salón de las columnas (estructura arquitectónica principal de Alta Vista), los datos etnográficos sugieren que éstas pudieran corresponder más al entierro de este tipo de posibilidades corpóreas de las deidades, tal como lo experimentan las jícaras efigie enterradas bajo el *tuki* (la principal estructura arquitectónica ceremonial de los huicholes; véase Kindl, 2003: 125, 237, 238) una vez que terminan su periodo de vida. Desde

esta perspectiva, las vasijas *pseudo cloisonné* pueden no haber sido piezas utilizadas para comer o beber preparados rituales (o pulque) sino piezas que comieron y bebieron. Un estudio de residuos químicos de jícaras efigie huicholas, sin duda, arrojaría indicadores de maíz, chocolate, sangre y peyote, pero no porque estas piezas correspondan a contenedores sino porque los reciben como alimento. A partir de estos paralelos me pregunto, ¿qué tan alta sería la posibilidad de obtener resultados similares en un estudio de residuos químicos de las vasijas *pseudo cloisonné*?

Entre los huicholes, como señalo, la escultura como materialidad de las deidades tiene un porcentaje bajo; lo que abunda como materialidad o posibilidades corpóreas de los dioses son las jícaras que, una vez que terminan su ciclo de vida, son enterradas bajo la estructura principal. Así, el patrón arqueológico de este *costumbre huichol* arroja una ocupación que presenta vasijas —efigie— (cuerpos de deidades) enterradas bajo la principal estructura ceremonial y, por otra parte, una cantidad baja de esculturas. Lo que, por cierto, es un patrón que se comparte con el área de Alta Vista y regiones circundantes: la presencia característica del *pseudo cloisonné* (¿vasijas deidad?)¹⁷ y un bajo porcentaje de esculturas, dos variables (*pseudo cloisonné* y esculturas) no comúnmente relacionadas en la arqueología regional pero que, en la etnografía correspondiente, en gran medida, se sustituyen una a la otra (Fig. 5).



Fig. 5. Esculturas chalchihuites (Museo de Arqueología Ganot-Peschard y Museo Regional de Durango), ejemplo de *pseudo cloisonné* (American Museum of Natural History)¹⁸ y mapa de distribución de dicho tipo cerámico (tomado Kelley, 1974). *Piezas fuera de escala.

¹⁷ Muchas de ellas, aunque no todas, halladas bajo el Salón de las columnas.

¹⁸ Cortesía de Michael Mathiowetz.

Resultados

Después de revisar los casos anteriores conviene remarcar que el giro ontológico no radica en el uso de datos etnográficos para la interpretación de contextos arqueológicos, lo que en esta región ya se ha hecho, por lo menos, desde la pasada década de los cincuenta (Maritzter, 1967 [1958]). El giro está en llevar a serio que, como notan Diguét (1992 [1899]) y Kindl (2003), algunos materiales no son objetos rituales de los dioses sino los dioses y, en consecuencia, existe una alta posibilidad de que ciertos materiales arqueológicos (por lo menos en la región de Occidente y Noroccidente, tomando como referencia a Alta Vista) correspondan también a posibilidades corpóreas de deidades. Lo anterior implicaría, por ende, que algunos materiales arqueológicos de la región habrían sido también materialidades vivas, lo que hace altamente probable la presencia de restos químicos en su interior, repito, no por haber sido contenedores de alimentos o de líquidos sino por haberlos recibido como alimento o bebida. Aunque el objetivo de estas observaciones va sobre la interpretación, sin embargo, saber lo que tenemos en la bodega o en los laboratorios tal vez pueda cambiar incluso nuestra manera de almacenar los materiales, pues algunos de éstos son fragmentos de deidades, seres considerados antes vivos que hoy en día tenemos en nuestras manos.

De esta manera, los mismos contextos y los mismos datos que tenemos para el sitio de Alta Vista, al ser pensados desde otra perspectiva, permiten una lectura un tanto diferente. Por ejemplo, Alta Vista sigue siendo un sitio ubicado en la frontera norte de la llamada Mesoamérica, sí, y con acceso a la turquesa, sí. En contraste, en el aspecto cosmológico algunos puntos comienzan lentamente a desdibujarse, tal como Tezcatlipoca o la figura del monstruo caimán. Además, se puede al menos considerar la posibilidad de que, tal como en el Gran Nayar con los huicholes, las deidades prehispánicas de la región fundieron más de un concepto occidental y poseyeron posibilidades corpóreas múltiples no necesariamente materializadas en esculturas antropomorfas sino en vasijas (*¿pseudo cloisonné?*). Vasijas, cuerpos, que fueron enterrados para su reintegración a la tierra como lo hace un ser vivo, que recibieron ofrendas mas no que fueron ofrendas, que contendrían restos de alimentos no por ser contenedoras sino por ser receptoras, porque como seres vivos necesitaron alimentarse, caminar, cumplir, emocionar y morir. Ser conscientes de que hay otras maneras de concebir mundos debe en algún momento cambiar nuestra manera de ver e interpretar los contextos arqueológicos. Como he mencionado, no se trata de usar datos etnográficos, o no, sino de comprenderlos; en una de esas, el giro ontológico que ha alcanzado a la antropología, en la arqueología, también nos alcance.

Reflexiones finales

La cultura material *wixarika* cuenta con una cantidad importante de objetos que he tenido oportunidad de ver tanto terminados como en proceso de manufactura, muchos de ellos, sin embargo, son perecederos. Visto desde el punto de vista arqueológico, al cabo de 300 años, lo que quedaría de su cultura material sería una cantidad muy reducida en contraste con la complejidad ritual con la que cuenta en su contexto sistémico. Esta reflexión obliga a preguntarse en qué medida, para ciertos casos arqueológicos, la ausencia de esculturas no denota una complejidad menor o un número limitado de deidades, sino otro tipo de concepciones corpóreas de éstas, una complejidad en la que ciertos materiales no corresponden a ofrendas sino a cuerpos de deidades, donde no se trata de individuos que recibieron suntuosas ofrendas sino que fueron la ofrenda en sí mismos, no de espacios de gobierno sino de descanso de deidades, no de águilas que devoran sino de momentos liminares, no de motivantes económicos sino de lógicas ceremoniales (véase Nelson, 2019).

Estas breves observaciones sugieren al menos reflexionar respecto a nuestras herramientas interpretativas en torno a la cultura material prehispánica y en qué tan útil puede ser el uso de datos etnográficos para la interpretación de datos arqueológicos con, o sin, la teoría nativa. Asimismo, con este texto espero lograr que se reflexione sobre el hecho de que nuestra perspectiva interpretativa está sesgada por nuestra propia cultura y experiencia y que darse cuenta de ello no sólo atañe a la antropología. Dentro de la arqueología, el giro ontológico sugiere otorgar un voto de confianza al sistema conceptual indígena regional dado que, *con el debido proceso argumentativo*, éste puede sumar mucho más que disminuir la calidad de nuestras interpretaciones. En este sentido estoy convencida de que, dentro del giro ontológico, los datos etnográficos o la interpretación nativa de su propia cultura material puede ser útil para la interpretación de la cultura material prehispánica regional, pues a pesar de grandes fallas siempre existen, asimismo, grandes posibilidades.

Agradecimientos

Externo mi agradecimiento a la comunidad *wixarika* de *Tuapurie* donde realizo mi trabajo de campo y al Posgrado en Antropología del IIA de la UNAM por la formación académica que me brindó en su momento y que constituye la base teórica de este texto. Asimismo, agradezco los valiosos, minuciosos y atinados comentarios de Ricardo Pacheco Bribiesca para este contenido, los comentarios y correcciones en el *abstract* por parte de Paula Turkon y de Michael Mathiowetz, así como la recomendación bibliográfica complementaria de Juan Jaime Loera. No obstante, todo lo aquí expresado no es más que mi responsabilidad.

Referencias bibliográficas

Abbott Kelley, Ellen

1978 "The Temple of Skulls at Alta Vista, Chalchihuites". En *Across the Chichimec Sea: Papers in Honor of J. Charles Kelley*, editado por C.L. Riley y B. C. Hedrick, pp. 102-126. Southern Illinois University Press, Carbondale and Edwardsville Feffet Simons, Londres y Amsterdam.

Alcocer, Paulina y Johannes Neurath

2007 "El uso de las herramientas mágicas". En *Arte antiguo cora y huichol* 85: 33-47.

Beaucage, Pierre y Taller de tradición oral

2009 *Corps, Cosmos et Environnement chez les Nahuas de la Sierra Norte de Puebla. Une aventure en anthropologie*. Montréal, Lux Éditeur, 2009, 414 p., ill., annexe, bibliographie, préface de Serge Bouchard, coll. « Humanités ».

Blaser, Mario y Maricela de la Cadena

2009 "Introduction". En *World Anthropologies Network (WAN)*. *Red de Antropologías del Mundo (RAM)*, electronic journal, núm. 4, January/enero pp. 3-9.

Cabrero García, María Teresa

1989 *Civilización en el norte de México. Arqueología de la cañada del Río Bolaños* (Zacatecas y Jalisco). IIA-UNAM, México.

Descola, Phillipe

2001 "Construyendo Naturalezas. Ecología simbólica y práctica social". En *Naturaleza y sociedad: perspectivas antropológicas*. Siglo XXI editores, pp. 101-123.

2002 "L'anthropologie de la nature", *Annales HSS* Vol. 57 (1): 9-25.

2007 "A propos de *Par-delà nature et culture*", *TRACE* 12 (1): 231-252.

Diguet, Leon

1992 [1899] "Contribución al estudio etnográfico de las razas primitivas de México. La Sierra de Nayarit y sus indígenas". En *Por tierras occidentales. Entre sierras y barrancas*. Traducido por Aurelia Álvarez Urbajtel y Ana Laura Aguilar Retes, editado por Jesús Jáuregui y Jean Meyer, pp. 109-159. INI-CEMCA, México. [Nouvelles Archives des Missions Scientifiques, XI: 571-630 pp. París].

Di Peso, Charles

1974 "Casas Grandes: A Fallen Trading Center of the Gran Chichimeca", Vols. 1-3., Series 9. Amerind Foundation, Dagoon.

Ekholm, Gordon

1942 Excavations at Guasave, Sinaloa, México. *Anthropological Papers of The American Museum of Natural History*, volume xxxviii, parte II, The American Museum of Natural History, Nueva York.

Gamio, Manuel

1910 Los Monumentos Arqueológicos de las Inmediaciones de Chalchihuites, Zac. *Anales del Museo Nacional de Arqueología*, Historia y Etnología, época 3, 2: 469-492, México.

Gutiérrez del Ángel, Arturo

2010 *Las danzas de padre sol. Ritualidad y procesos narrativos de un pueblo del occidente mexicano*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/El Colegio de San Luis,

Hers, Marie-Areti

1989 *Los toltecas en tierras chichimecas*. IIE-UNAM, México.

Holbraad, Martin

2008 "'Ontology' is just a new word for 'culture'. Against the motion", *Key Debates in Anthropology*, Manchester University, 9 February 2008.

Holien, Thomas

1977 *Mesoamerican Pseudo-Cloisonne and other Decorative Investments*, tesis doctoral, Southern Illinois University.

Holien, Thomas y Robert Pickering

1978 "Analogues in Classic Period Chalchihuites Culture to Late Mesoamerican Ceremonialism". En *Middle Classic Mesoamérica: ad 400-700*, part three: Mesoamerica between ad: 400-700: problems and cross-cultural studies, editado por Esther Paztory, pp. 145-157. Columbia University Press, New York.

Iturriz Leza, José Luis y Julio Carillo de la Cruz (Wiyeme)

2008 "Huellas de la evangelización en el ciclo ritual y en la lengua de los huicholes: resistencia y asimilación", en *Niuki* 5: 8-33, Guadalajara, México.

Jiménez Betts, Peter

2018 *Orienting West Mexico. The Mesoamerican World System 200-1200 CE*. University of Gutemberg. Department of Historical Studies. PhD thesis.

Kelley, J. Charles

1971 "Archaeology of the Northern Frontier: Zacatecas and Durango". En *Archaeology of Northern Mesoamerica*, parte II, Gordon Ekholm e Ignacio Bernal editores, pp. 763-801. Handbook of Middle American Indians, Vol. 11, Robert Wauchope, editor general, University of Texas Press, Austin.

Kelley, J. Charles

1974 "Speculations on the Culture History of Northwestern Mesoamérica". En *The Archaeology of West México*, editado por Betty Bell, pp. 19-39. Sociedad de Estudios Avanzados de Occidente, Ajijic, Jalisco, México.

Kelley, J. Charles

1976 "Alta Vista: Outpost of Mesoamerican Empire on the Tropic of Cáncer" En *Las fronteras de Mesoamérica, XIV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana Antropología* (Tegucigalpa, Honduras, 23-28 de junio de 1975), tomo I: 21-39, México.

Kelley, J. Charles

1980 "Alta Vista, Chalchihuites: 'Port of Entry' on the Northwestern Frontier", en *Rutas de Intercambio*, México, SMA, vol. 1, pp. 53-64.

Kelley, J. Charles y Ellen Abbott Kelley

1971 *An introduction to the ceramics of the Chalchihuites Culture of Zacatecas and Durango, México, Part I: The Decorated Wares*. Mesoamerican Studies Núm. 5, Research Records of the University Museum. Southern Illinois University, Carbondale.

- Kelley, J. Charles, Ellen Abbott, Elaine Holien, Thomas Holien y Robert Pickering
 1974 *Preliminary Report on Excavations and Related Studies Carried out at the Archaeological Site of Alta Vista (LCB13-1), Chalchihuites, Zacatecas and in adjacent areas, Season 1974*, volúmenes 1 y 2, ATMP 31-1, México.
- Kelly, Isabel
 1938 "Excavations at Chametla, Sinaloa". *Iberoamericana* 14.
 1945 "Excavations at Culiacan, Sinaloa". *Iberoamericana* 25.
- Kindl, Olivia
 2003 *La jicara huichola, un microcosmos mesoamericano* (Colección Etnografía en el Nuevo Milenio, serie Estudios Monográficos). CONACULTA-INAH/Universidad de Guadalajara, México.
- Kohl, Phillip.
 2008 "Shared Social Fields: Evolutionary Convergence in Prehistory and Contemporary Practice". En *American Anthropologist* 110 (4): 495-506.
- Lévi-Strauss, Claude
 2012 [1964] *El pensamiento salvaje*, traducido por Francisco González Aramburu. FCE, México.
- Leigemann, Achim
 2000 *Informe final Proyecto Ciudadela La Quemada, Zac.* Tomo 1 y 2. ATMP 31-65.
- Loera González, Juan Jaime
 2018 "Entrevista al Dr. Gustavo Lins Ribeiro". En Expedicionario. Revista de Estudios en Antropología, EAHNM, año 4, núm. 7, julio-diciembre, pp. 39-43
- Lumholtz Carl,
 1986 [1900, 1904] El arte simbólico y decorativo de los huicholes. Serie de artes y tradiciones populares, Colección Núm. 3, INI, México (Incluye "Symbolism of the Huichol Indians" [1900] y "Decorative Art of the Huichol Indians [1904]").
- Maritzer, Lois S.
 1967 [1958] A Study of Possible Relationship between the Huichol and Chalchihuites Cultures. *Katunob Newsletter Bulletin on Mesoamerican Anthropology* VI (1): 5-16.
- Mason, Alden
 1937 "Late Archaeological Sites in Durango, México, from Chalchihuites to Zape". En *Twenty-fifth Anniversary Studies*, editado por D. S., Vol. 1, pp. 127-146. Davidson, Publications of the Philadelphia Anthropological Society, Philadelphia.
- Nahmad, Salomon
 1996 "Huichol religion and the Mexican State: Reflection on Ethnocide and Cultural Survival". En *People of Peyote: Huichol Indian History, Religion, and Survival*, editado por Stacy Schaefer y Peter Furst. University of New Mexico Press, Albuquerque, pp. 468-502.
- Neurath, Johannes
 2002a Las fiestas de la Casa Grande, procesos rituales, cosmovisión y estructura social en una comunidad huichola (Colección Etnografía en el Nuevo Milenio, serie Estudios Monográficos). CONACULTA-INAH/Universidad de Guadalajara, México.
- Nelson, Ben A.
 1997 "Chronology and stratigraphy at La Quemada, Zacatecas, Mexico", *Journal of Field Archaeology* 24: 85-109.
 2019 "Explorando la conectividad social prehispánica en el norte de México: arqueología y disciplina relacionadas", Conferencia magistral inaugural del 3er Congreso Internacional Karl Lumholtz celebrado en la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México, Chihuahua, Chihuahua.
- Martínez Ramírez, Isabel
 2012 *Alteridad, multiplicidad y reversibilidad en clave rarámuri. Crónica de un viaje por la antropología del otro*. Tesis de doctorado en antropología. IIA-UNAM.
- Olivier, Guilhem
 2004 *Tezcatlipoca. Burlas y metamorfosis de un dios azteca*. Traducción de Tatiana Sule. FCE, México.
- Pacheco Bribiesca, Ricardo
 2016 *La navegación del tambor y el vuelo de los niños: complejidad ritual huichol*. Tesis de doctorado en Estudios Mesoamericanos. Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, México.
- Palafox Vargas,
 1993 [1974] "Danzas de los huicholes". En *Música y danzas del Gran Nayar*. CEMCA-INI, México, pp. 205-248.
- Perrin, Michel
 1996 "The Urukáme, a Crystallization of the Soul: Death of Memory", traducido por Karin Simoneau. En *People of the Peyote: Huichol Indian History, Religion, and Survival*, editado por Stacy Schaefer y Peter Furst. University of New Mexico Press, Albuquerque, pp. 403-428.
- Pickering Robert
 1974 "A preliminary report on the osteological material from Alta Vista, Zacatecas". En *The Archaeology of West México*, editado por Betty Bell, pp. 240-248. Sociedad de Estudios Avanzados de Occidente, Ajijic Jalisco, México.
- Rodríguez Zariñán, Nora
 2009 "El conjunto iconográfico Águila-Rombo-Serpiente en Chalchihuites, Zacatecas. Un acercamiento a través de la analogía wixarika (huichola). Tesis de licenciatura en arqueología. ENAH, México.
 2010 "El llamado 'alligator monster' ¿una versión de la serpiente emplumada en Chalchihuites, Zacatecas?" poster presentado en el XI Southwest Symposium, Hermosillo, Sonora
 2012 "Análisis iconográfico del llamado *Alligator monster* en la cerámica Chalchihuites, Zacatecas." Ponencia presentada en el IX Coloquio de estudiantes de antropología de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Zacatecas.

- 2017 “La etnografía de los huicholes como apoyo en el estudio de las tradiciones chalchihuites de Zacatecas y Durango: el caso del *pseudo cloisonné*” en el marco del 1er Coloquio de Antropología, Arqueología e Historia de Durango, Ciudad Victoria de Durango, Dgo. Olímpia Palacios Ríos y Cindy Sandoval, coordinadoras.
- 2018 “De la Madre Águila joven a la Madre Maíz: acercamiento a la noción huichola de deidad a través de la noción huichola de persona”. Tesis de maestría en antropología con especialidad en etnología (IIA-FF y L-IIS), UNAM.
- Ross, Virginia
1939 *Some pottery types of the highlands of western Mexico*. An essay presented to the Faculty of the Graduate School of Yale University in Candidate for the degree of Master of Arts.
- Sauer, Carl y Donald Brand
1932 “Aztatlán, prehistoric mexican frontier on the pacific coast”. *Iberoamericana* 1.
- Schiffer, Michael B.
1990 “Contexto arqueológico y contexto sistémico”. En *Boletín de antropología americana*, núm. 22, pp. 81-93.
- Shelton, Anthony
1996 “The Girl Who Ground Herself: Huichol Attitudes toward Maize”. En *People of the Peyote: Huichol Indian History, Religion, and Survival*, editado por Stacy Schaefer y Peter Furst, pp. 451-467.
- University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Strazicich, Nicola
1998 *Prehispanic pottery production in the Chalchihuites and La Quemada Regions of Zacatecas, México*. A dissertation submitted to the Faculty of the Graduate School of the State University of New York at Buffalo in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor in Philosophy.
- 2002 “La Quemada’s Pseudo-Cloisonné Tradition”. En *Archaeology Southwest*, Winter 2002: 7.
- Valiñas Coalla, Leopoldo
2000 “Lo que la lingüística yutoazteca podría aportar en la reconstrucción histórica del norte de México”. En *Nomadas y sedentarios en el norte de México*. Homenaje a Beatriz Braniff, Marie-Areti Hers, José Luis Mirafuentes, M. Dolores Soto, Miguel Vallebuena editores, pp. 175-205. UNAM, México, D. F.
- Viveiros de Castro, Eduardo
2004a “Perspectivismo y multinaturalismo en la América Indígena”. En *Tierra Adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*, Alexander Surrallés y Pedro García Hierro, editores, Lima, Perú, pp. 37-80.
- 2004b “Perspectival Anthropology and the Method of Controlled Equivocation”. *Tipiti: Journal of the Society for the Anthropology of Lowland South America*: vol. 2, núm. 1, artículo 1.



Establecimientos coloniales en torno al Camino Real de Tierra Adentro, Chihuahua

América del Rosario Malbrán Porto¹

Resumen: El Camino Real de Tierra Adentro, también conocido por el nombre de “Camino de la Plata”, comprende 2 600 km; esta larga ruta que partía de la Ciudad de México y llegaba hasta Texas y Nuevo México, en los Estados Unidos. Utilizado entre los siglos XVI y XIX, esta vía servía para transportar la plata extraída de las minas de Zacatecas, Guanajuato y San Luis Potosí, así como el mercurio importado de Europa. Sin duda fue la ruta más consistente y más antigua de penetración cultural hacia la parte central del norte de América. Por ella circularon un sinnúmero de bienes culturales tanto suntuarios como de uso cotidiano. Aunque su origen y utilización están vinculados a la minería, en torno al Camino Real de Tierra Adentro surgieron gran cantidad de establecimientos para facilitar la movilidad de los viajeros y la fundación de misiones que se encargaron del proceso de evangelización. A esto se le sumó también el establecimiento de vínculos sociales, culturales y religiosos entre la cultura hispánica y las culturas locales.

Palabras clave: Camino, arqueología histórica, Chihuahua, misiones, presidios.

Abstract: The Camino Real de Tierra Adentro, also known as “Silver road”, comprises 2,600 km, this long route that started in Mexico City and reached Texas and New Mexico, in the United States. Was use between the sixteenth and nineteenth centuries, served to transport the silver from the mines of Zacatecas, Guanajuato and San Luis Potosí, as well as mercury imported from Europe. It was undoubtedly the most consistent and oldest route of cultural penetration to the central part of North America. A number of cultural goods, both luxury and everyday use, circulated through it. Although its origin and use was relate to mining, a large number of establishments emerged around the Camino Real de Tierra Adentro to facilitate the mobility of travelers and the foundation of missions that were responsible for the evangelization process, to this was added establishment of social, cultural and religious links between Hispanic culture and local cultures.

Keywords: Road, Historical Archeology, Chihuahua, missions, presidios.

El Camino Real de Tierra Adentro

El Camino Real de Tierra Adentro, también conocido por el nombre de “Camino de la Plata”, comprende cerca de 2 600 km; esta larga ruta partía de la Casa de Moneda en el centro de la Ciudad de México y llegaba hasta Texas y Nuevo México, en los actuales Estados Unidos de Norteamérica, enlazando diversas ciudades del Altiplano central como Querétaro y las minas de Guanajuato.

Utilizada entre los siglos XVI y XIX, esta vía servía para transportar la plata extraída de las minas de Zacatecas, Guanajuato y San Luis Potosí, así como el mercurio importado de Europa. Aunque su origen y utilización están vinculados a la minería, el Camino Real de Tierra Adentro propició también el establecimiento de vínculos sociales, culturales y religiosos entre los hispanos recién llegados y las culturas amerindias. Sin lugar a dudas fue la ruta más consistente y más antigua de penetración cultural hacia la parte central del norte de América (Gómez Arriola, Alcaráz Torres y Durazo Álvarez, 2012: 15).

Debido a la presencia de grupos indígenas beligerantes y no pacificados, el Camino Real de Tierra Adentro fue reforzado a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI por un sistema de presidios, ventas y posadas fortificadas para dar seguridad a las caravanas de arrieros y a los viajeros (Gómez Arriola, Alcaráz Torres y Durazo Álvarez, 2012: 15).

Los territorios que genéricamente se conocieron como “Gran Chichimeca”, en la extensa provincia del Reino de Nueva Galicia, estaban habitados al momento del contacto con los españoles por tribus dispersas conocidas como chichimecas o bárbaras, ajenas a la esfera de influencia del imperio mexicana (Gómez Arriola, Alcaráz Torres y Durazo Álvarez, 2012: 15).

En 1546 se daría el descubrimiento de las minas más importantes de todo el hemisferio norte durante el siglo XVI, las “Minas ricas de los Zacatecas” (Hillerkuss, 2013: 13), realizado por un grupo de soldados españoles encabezados por el capitán Juan de Tolosa, los que propició la urgencia de contar con un camino de acceso rápido y seguro hacia la Ciudad de México, a fin de transportar la plata extraída (Gómez Arriola, Alcaráz Torres y Durazo Álvarez, 2012: 16).

Las minas de Zacatecas estaban considerablemente alejadas de los territorios colonizados y pacificados por los españoles, enclavadas en la región de la “Gran Chichimeca”. Según el mapa de Abraham Ortelio de 1579, las minas se encontraban entre los pueblos rebeldes de guachuchules, tecaxquines, chi-

¹ Escuela de Antropología e Historia del Norte de México.

chimecas así como los mismos zacatecas, quienes asaltaban a cualquier viajero desprevenido y atacaban los asentamientos aislados (Hillerkuss, 2013: 20) (Fig. 1).

La ruta inicial de acceso a las minas zacatecanas se realizaba a través de la Nueva Galicia, transitando desde México por Michoacán hasta Guadalajara, capital del reino, a Iztlán, Juchipila y Nochistlán. Este derrotero implicaba un largo y penoso recorrido por barrancas y cañadas colmadas de indígenas hostiles levantados en armas contra la Corona española desde la guerra del Mixtón (1541-1542), por lo que se planteó el establecimiento de un nuevo camino más corto (Gómez Arriola, Alcaráz Torres y Durazo Álvarez, 2012: 16).

Este importante descubrimiento, de las minas ricas de los zacatecas, propició la apertura de rutas intermitentes para la dotación de suministros hacia Guadalajara y México que poco a poco se fueron consolidando. El mapa de los límites de la Nueva Galicia levantado por Hernando Martínez de la Vara en 1550 permite hacerse una idea de la situación inestable de las tierras ocupadas por tepehuanes, caxcanes, zacatecas y guachichiles, espacio conocido como los Llanos de los Chichimecas, levantados en armas contra los invasores españoles (Fig. 2), lo que contrastaba con los territorios pacificados ubicados en la frontera norte de Nueva España ocupados por cocas, tarascos, pames y nahuas.

... las carreteras abiertas por el nuevo tráfico entre los primeros establecimientos, y los lejanos campos minerales no eran más que angostas líneas que cruzaban tierras desconocidas. Los caminos hacia el norte —la ruta de la plata hacia Zacatecas— eran demasiado débiles, y el tráfico que circulaba por ellos era excesivamente vulnerable a los ataques de los indios (Powell, 1985).

Durante la administración del virrey Luis de Velasco, el padre, entre 1550 a 1564 se decidió asumir la estrategia de fundar pueblos, fuertes, presidios o baluartes de avanzada, en



Fig. 1. Ubicación de las minas de los Zacatecas. Bajo la imagen de las montañas se aprecia la glosa en latín: *His montibus maxima argenti copia effoditur*, "Estas grandes montañas de plata excavada". Abraham Ortelio, *Hispaniae Novae Sive Magnae, Recens Et Vera Descriptio*, Anueres, 1579/1612, detalle.



Fig. 2. Detalle de la parte superior del mapa de los límites de la Nueva Galicia, en el que se observan los grupos de indígenas rebeldes y los caminos que partían de los Reales de minas. Hernando Martínez de la Vara, circa 1550. Archivo General de Indias, Sevilla España. MP-MEXICO, 560.

puntos estratégicos del Camino Real de Minas, para la defensa de esta ruta que recién se estaba implementando para cruzar por los territorios arrancados a las tribus chichimecas a fin de penetrar hacia la recién descubierta zona minera; de estos puntos salían contingentes de soldados que se encargaban de vigilar el camino y acompañar a los viajeros para defenderlos de los asaltos tanto de chichimecas como de bandoleros (Gómez Arriola, Alcaráz Torres y Durazo Álvarez, 2012: 17).

La ruta poco a poco se fue consolidando y ampliando, penetrando en los territorios recién pacificados, particularmente durante los siglos XVII y XVIII.

Más tarde se trasladaron 400 familias de indígenas tlaxcaltecas y se fundaron poblaciones con la intención de que sirvieran de pacificadores intermediarios, esperando les enseñaran a estos grupos chichimecas indómitos la agricultura, mediante el uso de las técnicas y herramientas como el arado y el azadón, las cuales los españoles habían proporcionado a los tlaxcaltecas, esperando que de esta manera se volvieran sedentarios, además de que aceptaran la religión católica, adoptaran valores y rasgos culturales que los europeos habían transmitido a los indios aliados y sus familias (Rojas Galván, 2016: 71-72). Con tal fin se fueron fundando en 1555 el poblado español de San Miguel el Grande, en 1562 la villa de San Felipe y en 1563 Santa María de los Lagos, que tenían como objetivo servir como puntos de avanzada o "villas protectoras del camino". Esta política de poblamiento se reforzó durante el virreinato de Martín Enríquez de Almansa, prosiguiendo con la estrategia militar de levantar fuertes y presidios de avanzada en los puntos importantes de la ruta (Gómez Arriola, Alcaráz Torres y Durazo Álvarez, 2012: 17).

Numerosas recuas de mulas, convoyes de carretas y grupos de cargadores recorrían intensamente la ruta transportando mercancías y objetos desde la Ciudad de México hacia las nuevas ciudades consolidando esta red de caminos (Fig. 3).

Debido a las necesidades que surgían durante las cansadas jornadas del recorrido, a lo largo del camino se establecieron poblaciones, presidios, mesones o postas que al paso del tiempo se fueron fortaleciendo, entre ellas podemos mencionar: Lagos de Moreno, Ojuelos, Encarnación de Díaz, Aguascalientes, Zacatecas, Sombrerete, San Luis Potosí, Durango,

Chihuahua, Paso del Norte, Albuquerque o Santa Fe (Gómez Arriola, Alcaráz Torres y Durazo Álvarez, 2012: 18).

Distribuidas de tramo en tramo, las hospederías, mesones y haciendas servían como puntos de apoyo para todo el camino, donde los viajeros se proveían, descansaban y cambiaban caballos, para poder viajar hasta el Norte, movidos inicialmente por el descubrimiento de los minerales y después por el comercio. De acuerdo con Hernández Soubervielle son pocos los trabajos que dan cuenta de esta tipología arquitectónica de servicio en la Nueva España. Si bien en la Ciudad de México existían desde 1525, lo mismo que en el camino entre Veracruz y la capital de Nueva España, aspecto que nos deja ver el acta de Cabildo del 1° de diciembre de ese año, en que el vecino de la ciudad, Pedro Hernández de Paniagua, solicita el permiso para establecer el primer mesón de la Nueva España:

Este dicho día de pedimento de Pedro Hernandez Paniagua los dichos Señores dixeron que le hazian e hizieron merced de le dar licencia que pueda hacer un meson en sus casas adonde pueda acoger a los que a el vinieren e les vender pan e vino e carne e todas las otras cosas necesarias con que guarde e cumpla el aranzel que les sera dado acerca de los precios que ha de llevar de las dichas cosas que vendiere (Actas de cabildo de la Ciudad de México, 1889: 63).

En esa misma acta nos queda clara la existencia de ventas en el Camino Real a Veracruz.

Este dicho día de edimento de Francisco de Aguilar vecino de la Villarrica el qual dio una peticion en el dicho Cabildo en que dixo que los dias pasados los dichos Señores le hicieron merced que hiziese una venta en el despoblado e de una cavalleria de tierra



Fig. 3. Plano del Camino Real que viene de Cempoala a las minas de Pachuca, en el que se observan una recua de mulas y una carreta. Instituciones Coloniales, Indiferente Virreinal, Ramo Tierras, Archivo General de la Nación.

para ayuda a sostener la dicha venta con aditamento que tuviese cargo de adovar ciertos caminos e que por causa que el lograr donde le mandavan hazer la dicha venta es dos leguas de otra venta que se dize de San Juan el no la ha hecho porque seria echarse a perder ambos a dos teniendo las dichas ventas juntas pidio a sus mercedes le diesen licencia para que pudiese hacerse la dicha venta en la zabana de Chiltepeque y le hiziesen la dicha merced de la dicha cavalleria de tierra en la misma zabana e le diesen un termino para hazer e poblar la dicha venta porque los alcaldes e justicia de la Villarrica le mandan que vaya a hazer su casa. E visto por los dichos Señores la dicha peticion habiendo consyderacion que es noblecimiento de la tierra e bien general de todas las personas que van e vienen a las Villas de Medellin e Villarrica en que aya donde se alverguen e recojan dijeron que le davan e dieron la licencia al dicho Francisco de Aguilar... (Actas de cabildo de la Ciudad de México, 1889: 63-64).

A lo largo del Camino Real de Tierra Adentro, desde la Ciudad de México hasta Zacatecas, se encontraban distribuidos este tipo de mesones, ventas y postas que se volvían cada vez más escasos a medida que uno avanzaba, llegando a ser notoria su ausencia en el norte del territorio (Hernández Soubervielle, 2012: 159-160) (Fig. 4).

A medida que se extendían las exploraciones hacia el norte se fueron estableciendo mesones que conectaban los puntos intermedios y cuya ubicación original obedecía a la necesidad de concentrar y organizar el aprovisionamiento de los viajeros. En este tipo de establecimientos se ofrecía el servicio de alojamiento y expendio de provisiones, por lo que estuvieron ligados en cada uno de los procesos de fundación de pueblos, villas y ciudades, a grado tal que incluso en las Leyes de los Reinos de Indias quedó plasmada la necesidad de que existiese

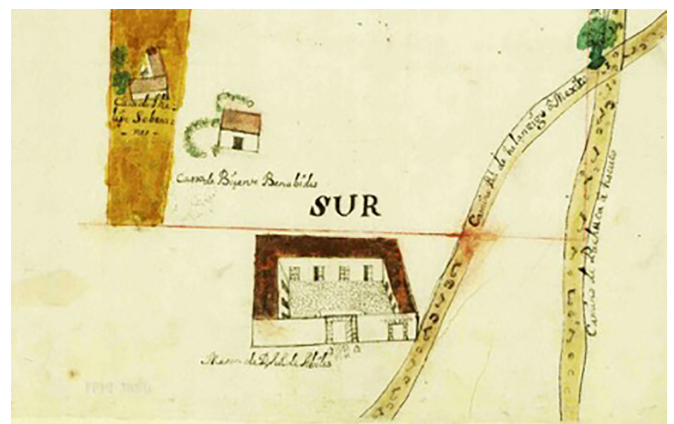


Fig. 4. Detalle de un mesón a un costado del Camino Real de Tulancingo a México. Nótese el gran patio central y la distribución de las habitaciones, así como la gran puerta de entrada. Instituciones Coloniales, Indiferente Virreinal, Ramo Tierras, Archivo General de la Nación.

ran donde no los hubiere, como de que se ofreciera el servicio por un precio justo (Hernández Soubervielle, 2012: 161):

Que las Justicias hagan dar a los caminantes los bastimentos y recaudo necesario, y haya aranceles. Mandamos a los vireyes, presidentes, gobernadores, y justicias, que den las ordenes convenientes, para que en las posadas, mesones y ventas, se den á los caminantes bastimentos, y recaudo necesario, pagándolo por su justo precio, y que no se les hagan estorsiones, ni malos tratamientos, y todos tengan arancel de los precios justos, y acomodados al tragin, y comercio (Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias, 1841: 130).

Y más adelante se agrega:

Que los gobernadores, corregidores y alcaldes mayores visiten los mesones y tambos, y provean que los haya en los pueblos de indios, y que se les pague el hospedage. Visiten los gobernadores, corregidores, y alcaldes mayores los mesones, ventas, y tambos, que hubiere en los pueblos, y caminos, y ordenen que los haya donde fueren necesarios, y por lo menos casas de acogimiento para los caminantes, aunque sea en lugares de indios, y entre ellos, y hagan que les sea pagado el acogimiento, y hospedage (Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias, 1841: 170-171).

Por otro lado, en las poblaciones mayores, o ciudades, también existían las casas de hospedería, las cuales eran manejadas, en su mayoría, por religiosos de las órdenes de juaninos, hipólitos y betlemitas, lo cual podía garantizar cierta seguridad. Este tipo de estancias tenían una función hospitalaria brindando alojamiento a los viajeros; no obstante, la conformación arquitectónica de tales establecimientos no cubría en su totalidad las necesidades especializadas que otro tipo de viajeros tenían, como lo eran grandes corrales para los animales y espacios para las carretas; sin mencionar la “libertad” que un mesón significaba respecto a la estricta observancia que podía suponerse en una hospedería de religiosos (Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias, 1841: 162-163).

Para mejorar el tránsito regional de carretas y recuas desde el periodo colonial se habilitaron tramos empedrados y una infraestructura de puentes que sorteaban los principales ríos, barrancas y arroyos (Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias, 1841: 162-163). El continuo tránsito de mercancías y viajeros y la creación de mesones, ventas, albergues, rancharías, haciendas y poblados intermedios permitieron el flujo de ideas, costumbres, corrientes estéticas y prácticas sociales que le dieron identidad a los diferentes tramos del Camino Real de Tierra Adentro (Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias, 1841: 19).

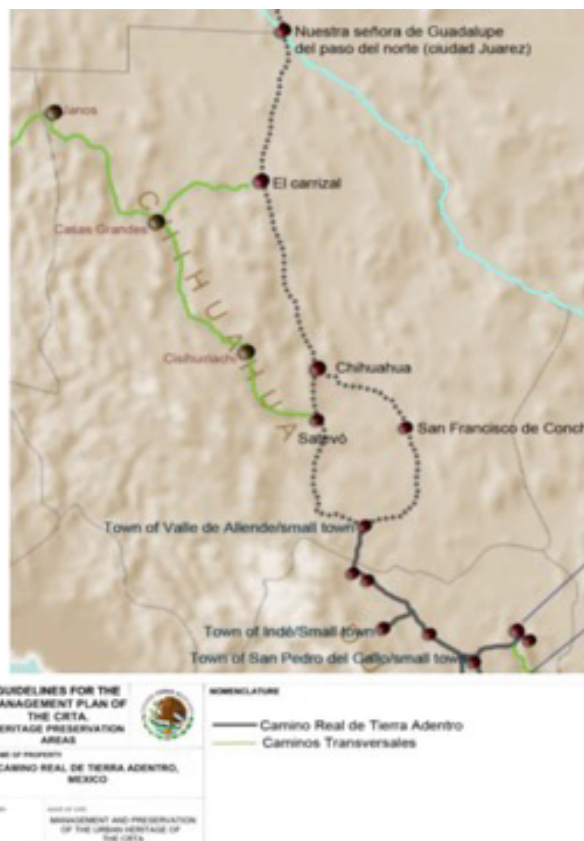


Fig. 5. Detalle del Camino Real de Tierra Adentro en el tramo de Chihuahua. Guidelines For The Management Plan of the CARTA

El Camino Real de Tierra Adentro en Chihuahua

El Camino Real de Tierra Adentro atraviesa el actual estado de Chihuahua de sur a norte, internándose hacia los Estados Unidos de Norteamérica, siguiendo una ruta marcada por la geografía de cada región, pasando por puntos importantes como Delicias, Valle de Allende, Santa Bárbara, Hidalgo del Parral, San Francisco de Conchos, Chihuahua, El Paso del Norte (Fig. 5).

En 1562, el virrey Luis de Velasco nombró a Francisco de Ibarra como gobernador “de las tierras situadas más allá de Avino”, que recibieron el nombre de reino de la Nueva Vizcaya, y lo autorizó para que organizara una nueva expedición con el fin de que tomara posesión de ellas. En este viaje, Ibarra pasó por las minas de San Martín, la misión franciscana de Nombre de Dios y Avino.

La expedición continuó hacia el norte por Guatimapé, encontrando las minas de San Julián, el valle de Ramos e Indehe. Uno de sus lugartenientes, Rodrigo del Río de Loza, localizó las minas de Guanaceví y siguió hacia el Norte donde fundó Santa Bárbara, en 1567 que durante muchos años fue el punto más septentrional de la Nueva Vizcaya. Chantal Cramaussel (2007) ha hecho notar que este camino por Ramos e Inde-

he, para llegar a Santa Bárbara, fue el primero que se utilizó debido a que por ese lugar se podían vadear con más facilidad los ríos Nazas y Florido, sobre todo en tiempo de lluvias (Vallebuena Garcinava y Pacheco Rojas 2014: 16). Desde allí era posible acceder fácilmente al valle de San Bartolomé y las minas de Todos Santos, entonces la última de las poblaciones de la Nueva Vizcaya. Este ramal del Camino Real se convirtió en el más importante para transitar rumbo a Nuevo México.

Debido a la riqueza de las minas de San José del Parral el centro económico y político de la Nueva Vizcaya se trasladó en 1631 hacia ese Real. A partir de entonces la ruta principal del Camino Real de Tierra Adentro entre Zacatecas y Parral se corrió hacia el este buscando un acceso más directo por Río Grande, San Juan del Mezquital y las minas de Cuencamé. El poblamiento de Parral provocó el levantamiento de los tobosos, un grupo de habla atapascana formado por parcialidades de acoclames y cocoyomes. Las correrías de los tobosos causaron muchos daños a los establecimientos de los españoles, por lo que para proteger el camino se fundó en 1646 el presidio de San Miguel de Cerro Gordo, situado al norte de la llanura de la Zarca. A pesar de ello los tobosos siguieron causando daños, aliados con los salineros o tepehuanes del desierto, por lo que para viajar por ese camino se tenían que formar convoyes o trenes de carros que transitaban protegidos por los capitanes presidiales, quienes se convirtieron además de jefes militares en los principales abastecedores de la región (Vallebuena Garcinava y Pacheco Rojas 2014: 16).

Los primeros en arribar a Nuevo México por la ruta del Altiplano interior fueron Francisco Sánchez Chamuscado en 1581-1582 y Antonio de Espejo en 1582-1583. Estas expediciones siguieron el curso de los ríos San Gregorio, Florido y Conchos, hasta llegar a su confluencia con el río Bravo o Grande del Norte. La expedición de Juan de Oñate fue la que abrió una ruta directa entre Todos Santos y Santa Fe en 1598. Este camino pasaba por la región donde se fundaría Chihuahua y partió de los minerales de Santa Bárbara y Todos Santos. A raíz del establecimiento del presidio de San Francisco de Conchos en 1685 y del descubrimiento de los minerales de Santa Eulalia y San Felipe El Real Chihuahua en 1718, este tramo del camino se comenzó a utilizar con mayor frecuencia. Entre 1730 y 1748 San Felipe El Real tuvo un periodo de bonanza, por lo que se convirtió en el principal centro económico y político de la Nueva Vizcaya (Vallebuena Garcinava y Pacheco Rojas 2014: 16).

La exploración y la consecuente colonización de lo que se denominó como la Nueva Vizcaya, que ocupó el área actual de los estados mexicanos de Durango, Chihuahua, Sinaloa y parte de Coahuila, fue una de las provincias más septentrionales de la Nueva España a finales del siglo XVI y la primera en fundarse y ser explorada en esta región (Oakah, 1988). El desarrollo de este espacio no puede ser entendido sin considerar los procesos de poblamiento de esa extensa región definida como el noroeste novohispano. Esta área, que abarcaba más de

la mitad del territorio de la Nueva España, fue establecida desde 1564 por el capitán Francisco de Ibarra, quien desde años atrás había solicitado formalmente permiso para incursionar las regiones que se extendían hacia el norte de Zacatecas. Se sabe que sus expediciones no se limitaban a lograr el reconocimiento geográfico de vastos territorios, dado que estaban motivadas también por la búsqueda de yacimientos minerales de oro y plata. Más allá de Zacatecas se extendía una vasta región, hasta entonces desconocida e indómita, denominada como “Tierra Adentro” (Penagos Belman, 2004: 158-159).

El proceso de colonización y poblamiento del septentrión novohispano se desarrolló a la par de la empresa minera, de ahí que se apoyara la realización de una red de caminos que permitiera la llegada de insumos y mano de obra para la extracción de minerales así como para su salida hacia el centro de la Nueva España y posteriormente hacia España. Así, a principios del siglo XVII, los colonizadores, comerciantes, gambusinos y aventureros que cubrían los caminos septentrionales empezaron a delimitar una ruta denominada como “Camino Real de Tierra Adentro” que se extendía desde la Ciudad de México hasta la ciudad de Santa Fe. Dicha ruta fue crucial en la constitución de lo que actualmente conocemos como estado de Chihuahua (Penagos Belman, 2004: 159).

Por otro lado, tampoco podemos entender el proceso de colonización y poblamiento del septentrión novohispano si no aludimos a las principales instituciones que posibilitaron, de un modo u otro, el establecimiento de puestos de avance en un territorio de difícil exploración, dadas sus condiciones geográficas y medioambientales adversas, sumadas a la presencia de población nativa que se mostraba indómita y no siempre pacífica, a la incursión de población blanca. En dicho contexto, la colonización se apoyó fundamentalmente en dos instituciones que le sirvieron de bastión impulsor: las misiones y los presidios (Penagos Belman, 2004: 159-160).

Misioneros y soldados se convirtieron durante un buen tiempo en iconos representativos de una sociedad fronteriza en ciernes. Los presidios tenían la tarea de lograr la pacificación y el sometimiento de la población nativa, así como garantizar la protección de los viajeros, colonos y comerciantes que transitaran por las rutas del Camino Real. Por su parte, el sistema misional tenía como propósito lograr la reducción de la población originaria en centros de población sedentarios y, fundamentalmente, conseguir su conversión al santo evangelio. Así, la colonización y el poblamiento del noroeste novohispano estuvieron vertebrados por la implantación de los Reales de minas, las haciendas agropecuarias, el desarrollo del sistema presidial y las misiones, todos ellos unidos por el Camino Real de Tierra Adentro y sus ramales. Cabe aclarar que el sistema misional franciscano fue primordialmente favorecido por el establecimiento del Camino Real, especialmente en el tramo Zacatecas-Durango-Chihuahua-Paso del Norte-Santa Fe en Nuevo México; esta situación fue diametralmente distinta a la experimentada por las misiones jesuitas que se desplegaron

sobre todo en diversos puestos misionales hacia el suroriente de la Nueva Vizcaya, en la región serrana del territorio tarahumara (Penagos Belman, 2004: 160).

La actividad misional en la Nueva Vizcaya

La empresa de una misión consistía en establecer una pequeña comunidad religiosa en un espacio de no creyentes, con el objeto de predicar el evangelio y que los habitantes aceptaran el catolicismo. En la Nueva España se usó como medio de evangelización y de dominación de los indios semi-nómadas (Ortega Noriega, 1999). Fue el sistema del gobierno colonial para dominar el norte y acaparar mayor mano de obra con el fin de enriquecer a la Corona y a los particulares que emprendían. Las misiones nacieron con el objetivo de reemplazar la guerra como estrategia de transformación de los grupos por una forma pacífica, pues desde la Ciudad de México se ordenó sustituir el término conquista por el de pacificación ya que, según las Ordenanzas de Felipe II de 1573, “no queremos que el hombre de ocasión ni color para que se pueda hacer fuerza ni agravio a los indios” (Zavala, 1993: 37).

De acuerdo con Wright (1995: 73) la fundación de una misión tenía tres objetivos principales:

- 1) Ocupar el territorio,
- 2) integrar indígenas al sistema político y económico de la Nueva España y
- 3) convertir a los indígenas a la fe católica.

Las misiones lograron evitar acciones beligerantes y emprendieron una conquista por convencimiento. La estrategia básica de las misiones era la persuasión como vía pacífica de control ya que estaban en contra de los colonizadores que practicaban la guerra justa y la toma de indios en los enfrentamientos que ocurrían constantemente (Sheridan, 2000). Cabe señalar que algunas misiones llegaron a tener un desarrollo económico tal, que pudieron mantener a otras misiones en momentos de crisis, como el caso de aquellas localizadas en las zonas de alta producción, como el río Yaqui, en Sonora, que sostenían a las de las Californias. Por lo que es importante recalcar que se trató de un gran sistema económico e ideológico de la fe católica. Además, este sistema misional no estaba integrado a la Corona española, por lo que no pagaba impuestos, razón por la que el Estado buscó restarles poder económico, situación que se logró después de la expulsión de los jesuitas en 1767, como consecuencia misma del poder adquirido entre la población indígena y el monopolio de su fuerza de trabajo.

La consolidación de la presencia española en territorio de Chihuahua, sin duda se llevó a cabo por esta inserción del sistema misional. Las misiones se consolidaron como instituciones económicas sólidas, con evidentes implicaciones sociales y religiosas. El elemento clave de su permanencia fue el trabajo conjunto y no como unidades independientes. Sin embargo,

el mismo desarrollo económico provocó una situación problemática con el sistema de colonización española civil, pues la misión posibilitaba la utilización de la fuerza de trabajo indígena, siendo los misioneros quienes tenían el control sobre los nativos, iniciando una competencia por la fuerza de trabajo indígena con el sistema colonial privado, reales de mina y haciendas. Es decir, monopolizaron la producción agrícola convirtiéndose en la principal fuente de abastecimiento para la comunidad indígena y los presidios, pero la poca demanda y retribución por los excedentes influyó en la desaparición de las misiones del sistema colonial novohispano.

Entre los misioneros y colonizadores existió una lucha constante por el uso y control de los espacios de producción y de indígenas, esta lucha perduró hasta la segunda mitad del siglo XVIII cuando el sistema de misiones entró en un proceso de secularización.

Es importante señalar que un aspecto relevante que presentó una dinámica especial en las misiones del Norte en general, a la que no escapó Nueva Vizcaya y demás asentamientos españoles, fueron las redes de transporte comunicación y circulación de bienes de producción y consumo que se instauraron desde el centro del país hacia las misiones del septentrión novohispano, las cuales afectaron directamente el tipo de mercancías que llegaban a los núcleos de población, en ocasiones en precios exorbitantes y con una frecuencia muy lenta. Una vez que los límites del avance colonizador se fueron asegurando, los objetos y mercancía fueron abastecidas con mayor regularidad (Fournier y Fournier, 1992; Shenk y Teague, 1975).

En las misiones los indígenas recibían la doctrina, se les enseñaba el castellano y se les entrenaba en el manejo del ganado y en el cultivo de las nuevas plantas, como el trigo. También eran utilizados para construir las iglesias y demás instalaciones de la misión, por ejemplo, las acequias para el riego (Aboites, 1995).

Pronto las misiones adquirieron gran importancia, no sólo como centros de evangelización sino también como lugares de reclutamiento de mano de obra para los exigentes estancieros y mineros españoles. De aquí comenzaron a salir regularmente los peones indios para efectuar trabajos temporales con los españoles. Vista en perspectiva, ésta era su función clave. Para algunos sectores del gobierno, las misiones además tenían la ventaja de que disminuían las cacerías de indios, lo que redundaba en una convivencia menos violenta entre éstos y los españoles (Aboites, 1995).

Los jesuitas fundaron en un periodo de 160 años más de cien misiones en toda esta región hasta que fueron expulsados en 1767, debido a que se convirtieron en una verdadera amenaza para la economía y organización de la Corona dado a su eficiente sistema de autosuficiencia y a que debían su obediencia sólo al papa y no al rey. La mayoría de sus misiones fueron retomadas por los franciscanos del Colegio de Guadalupe de

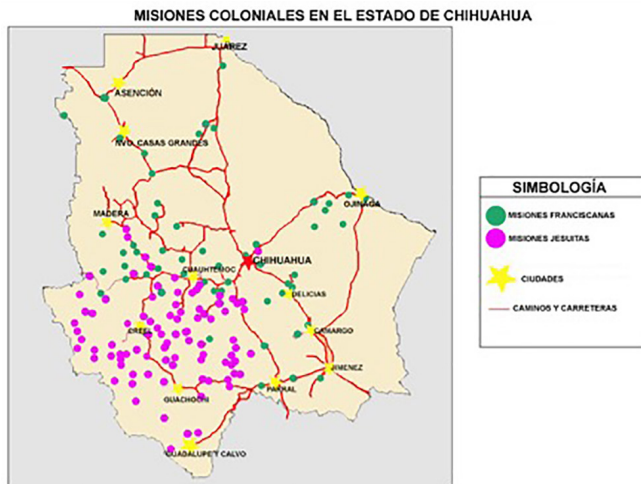


Fig. 6. Distribución de misiones de Chihuahua durante el periodo colonial. Basado en Muñoz Alcocer, s/f.

Zacatecas, viniendo algunos de las misiones de Texas, y otras más fueron secularizadas por el arzobispado de Durango.

Aun y con todas las dificultades que esta región presentó para los misioneros, se fundaron 168 hoy misiones en lo que es Chihuahua, siendo éste el mayor número de misiones albergadas en un mismo estado tanto de la República Mexicana como de los Estados Unidos, o el resto de Latinoamérica (Fig. 6). Muchas de éstas ahora son cabeceras municipales y otras se quedaron en pequeños pueblos y rancherías de indígenas o mestizos y en algunos casos se da la congregación de ambos viviendo aisladamente pero compartiendo el culto al templo.

Dos fueron las rutas principales de las misiones de Chihuahua. Una referida al Camino Real, que unía el centro del virreinato con su extremo hacia el norte en Nuevo México; y la segunda, que unía las misiones jesuitas de Sonora con las del centro y sur de la Nueva Vizcaya.

Al proceso de colonización se sumó la participación de los misioneros franciscanos desde 1554, y de los jesuitas en el siglo XVII, cuando el actual estado de Chihuahua estaba constituido en su parte suroeste por lo que se conocía como la región de Chínipas, mientras que el resto del territorio se dividía entre la Alta y Baja Tarahumara. La zona de influencia de estos misioneros estaba bien definida, pero no por división geográfica sino conforme a un criterio cultural. A los franciscanos les correspondía atender a los indios conchos y a los grupos del desierto de la porción este, en tanto que los jesuitas se encargaban de tarahumaras, tepehuanes y otros grupos del suroriente.

La entrada de ambas órdenes a la región no fue simultánea ni se desarrolló, como hemos visto, sobre los mismos territorios misionales. Por el contrario, los franciscanos tuvieron presencia en el área desde el comienzo de los trabajos de exploración del septentrión novohispano. Desde el inicio de las expediciones de Francisco de Ibarra, el explorador y aventurero español, éste se hacía acompañar por sacerdotes pertenecientes a la or-

den franciscana. Dos décadas más tarde, hacia 1574, los profesores de dicha orden habían fundado ya un convento en el Valle de San Bartolomé, hoy Valle de Allende, y desde ahí iniciaron su labor de evangelización entre la población indígena de los alrededores. La entrada de los jesuitas a la región puede considerarse tardía si nos atenemos a las fechas de fundación de sus primeras misiones; sin embargo, no lo es tanto si consideramos que la orden apenas había sido fundada en Europa una década antes de iniciar la segunda mitad del siglo XV. Ahora bien, cada una de estas órdenes desarrolló su trabajo pastoral y evangélico en territorios particulares. Los franciscanos se extendieron sobre las tierras bajas de la Nueva Vizcaya y desarrollaron su trabajo misional en áreas aledañas al Camino Real de Tierra Adentro; además se especializaron en la labor evangélica con indígenas conchos y chinarras; por su parte, los jesuitas se expandieron hacia la zona central y suroeste del actual estado de Chihuahua. Estos límites jurisdiccionales no siempre fueron respetados, lo que constituyó una fuente de conflicto entre ambas órdenes (Aboites, 1995: 160-161).

No sin sobresaltos, algunos sumamente serios como las grandes rebeliones de tarahumaras, tepehuanes y conchos de los años 1684, 1690, 1694, 1696-98 y 1703, por citar algunas, durante el último tercio del siglo XVII y durante la primera mitad del siglo XVIII, el sistema misional no cesó de expandirse y progresivamente fueron incorporados cada vez más “pueblos” a la órbita colonial en la Conchería y sobre todo en la Tarahumara, donde se han localizado los principales “pueblos” de misión tanto jesuitas como franciscanos, en el norte de la Nueva Vizcaya durante el último tercio del siglo XVII y la primera mitad del XVIII. Sin embargo, el predominio de los españoles sobre los grupos indígenas de esta región nunca fue completo; allí donde su presencia era más firme, las relaciones permanecían relativamente pacíficas y se obtenían cultivos y gente por la vía de la encomienda, o por la del repartimiento, siempre dentro de ciertos límites. En contraste, en zonas más alejadas, donde su influencia era menor, la actividad de los españoles continuó siendo de tipo más predatorio y el peligro de la guerra siguió predominando (Álvarez, 2003: 143-144).

Alrededor de 1560, algunos misioneros franciscanos llegaron junto con los conquistadores al norte del país. El primer gobernador de la Nueva Vizcaya, Francisco de Ibarra, era gran simpatizante de esta orden por lo que les fue posible iniciar la fundación de varias misiones en esta región, comenzando por Durango para luego extenderse a Chihuahua y Sonora, siendo los primeros en misionar en el Estado con la fundación del Valle de San Bartolomé (Grajeda Castillo, 2009).

Las misiones creadas en la Nueva Vizcaya quedaron incorporadas a las provincias de San Francisco de Zacatecas, misma que llegó a tener más de cuarenta sitios misionales, mientras que las misiones que se fundaron a lo largo del río Bravo, desde Paso del Norte hasta la Junta de los Ríos, más algunas de la parte centro-oriental del estado pertenecieron a la provincia del Santo Evangelio a través de la custodia de Nuevo México,

que llegaron a ser alrededor de veinte (Vázquez Loya, 2004: 14).

Los franciscanos se ocuparon de la evangelización especialmente de las tribus indígenas de los valles y desiertos, entre los que podemos mencionar principalmente a los tepehuanes y conchos, dejando la sierra y los tarahumaras en manos de los jesuitas, aunque después de 1767 cuando estos fueron expulsados, debieron hacerse cargo de algunas de sus misiones, un ejemplo es el de la misión de San Ángel Custodio en Satevó, Batopilas, la cual es de fundación jesuita pero el templo que existe actualmente en el lugar fue construido por los franciscanos (Grajeda Castillo, 2009).

Los jesuitas llegaron a la ciudad de México en 1572 y se dedicaron a la educación y a la fundación de misiones. En esta última actividad se dirigieron al norte y noroeste. En 1591 ya evangelizaban Sinaloa y en los años siguientes se extendieron a lo largo de la costa del golfo de California. Y en 1593 se establecieron en Durango, en la región lagunera y fundando la misión de Parras. Al norte de Durango, al terminar el siglo xvi, fundan las misiones tepehuanas de Santiago Papasquiaro, Santa Catalina, el Zape y Guaceví. Poco después de 1600 entran en territorio tarahumara, cuyos límites más o menos coincidían con el actual límite sur del estado de Chihuahua (Vázquez Loya, 2004: 93).

No fue sino hasta 1608 que el padre Juan Fonte comenzó a misionar en los actuales territorios de Chihuahua, fundando la primera misión jesuita: San Pablo de Tepehuanes, en lo que hoy es Balleza, pero debido a las rebeliones tepehuanas y tarahumaras la actividad misional en el estado se frenó y no comenzó de nuevo hasta 1639 con la llegada de los padres José Pascual y Jerónimo de Figueroa, el cual fundó la misión de San Felipe Apóstol en el actual valle de Zaragoza, siendo hoy el templo de misión más antiguo existente; éste sería el inicio y la cabecera del conjunto misional de la baja tarahumara (Grajeda Castillo, 2009).

Entre 1648 y 1652, las insurrecciones tarahumaras destruyeron la nueva misión del Papigochi y asolaron diversos asentamientos misionales y villas españolas; durante esta época, podemos mencionar como principales cabeceras de misión a San Pablo Balleza, San Felipe, San Francisco Javier de Satevó, San Jerónimo de Huejotitán y otros sitios importantes como San Francisco de Borja, Santa Cruz de Tarahumaras, San José Temeychi. Estas rebeliones, siendo la más destructiva la encabezada por Gabriel Teporaca, frenaron la avanzada jesuita al norte del estado, la cual no volvió a reanudarse hasta veinte años después, sin embargo las ya existentes se vieron fortalecidas (*Ídem.*).

Los Jesuitas fundaron en el Estado de Chihuahua cerca de 200 pueblos, de los cuales aún hoy podemos encontrar aproximadamente 160 templos originados por su actividad misional.

Consideraciones finales

Como hemos visto, el desarrollo del Camino Real de Tierra Adentro involucró gran cantidad de infraestructura que beneficiaba a los viajeros y comerciantes, pero sobre todo a la Corona al mover a través de esta red de vías el mineral que se destinaba a la Casa de Moneda y a la metrópoli. A lo largo del tiempo el Camino Real y sus ramales se fueron consolidando, dando lugar a caminos permanentes y bien establecidos por los que circularon elementos culturales y religiosos que fusionaron la cultura hispánica y las culturas indígenas locales, permitiendo el establecimiento de misiones, presidios, ventas y demás establecimientos que auxiliaban a los viajeros en esta prolongada ruta. En el siglo xix se estableció la red ferroviaria más larga del país, cuyo eje fue el Camino Real. Esta nueva red gradualmente fue tomando relevancia como vía rápida de comunicación desde la Ciudad de México hacia el norte implicando necesariamente el languidecimiento del antiguo y varias veces centenario Camino Real de Tierra Adentro.

Referencias bibliográficas

- Aboites, Luis (1995) *Breve historia de Chihuahua*. Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, México.
- Actas de Cabildo de la Ciudad de México* (1889) Primer libro de actas, edición del "Municipio Libre" publicada por su propietario y director Ignacio Bejarano, México.
- Álvarez, Salvador (2003) "El pueblo de indios en la frontera septentrional novohispana" en *Revista Relaciones*, Núm. 95, Vol. xxiv. El Colegio de Michoacán, A.C., México. pp.115-164.
- Chantal Cramaussel (2007) *Poblar la frontera. La provincia de Santa Bárbara en la Nueva Vizcaya durante los siglos xvi y xvii*. Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Fournier G. Patricia y María de Lourdes Fournier (1992) "Catalogación y periodificación de materiales históricos de Sonora" en *La frontera protohistórica pima-ópata en Sonora, México*. Propositiones Arqueológicas Preliminares. Beatriz Braniff Cornejo (ed.). Volumen III. Colección Científica Núm. 243. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. pp. 923-962.
- Gómez Arriola, Luis Ignacio, Alejandro Alcaráz Torres y Rubén Durazo Álvarez (2012) *Plan de manejo y gestión del Camino Real de Tierra Adentro, México*. Lineamientos generales. Documento complementario del Expediente Técnico de la inscripción del Camino Real de Tierra Adentro, México en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Conferencia Nacional de Gobernadores, CONAGO, México.
- Grajeda Castillo, Paulina (2009) "Templos de Chihuahua" Misiones Coloniales de Chihuahua A.C. Disponible en: http://www.misionescoloniales.org/misiones_descripcion.html. Consultada el 7 de febrero de 2017.

- Hernández Soubervielle, José Armando (2012) "Sin un lugar para pernoctar en 'la garganta de Tierra Adentro'. Los mesones en San Luis Potosí" en *Revista Relaciones* Núm. 132 bis, otoño, Vol. xxxiii. El Colegio de Michoacán, A.C., México. pp. 151-190.
- Hillerkuss, Thomas (2013) "Las minas de la Nueva España en los mapas del Siglo xvi. ¿Un secreto del Estado?" En *Apuntes*, Vol. 26, Núm. 1, enero-junio. Bogotá, Colombia. issn 1657-9763. pp. 10-25.
- Martínez de la Vara, Hernando (circa 1550) *Mapa de los límites de la Nueva Galicia*, Archivo General de Indias, Sevilla España. Código de Referencia: ES.41091.AGI/27.17//MP-MEXICO,560.
- Muñoz Alcocer, Karla (s.f.) "Las Misiones Coloniales de Chihuahua: Un patrimonio invaluable". Disponible en: http://www.misionescoloniales.org/articulos/sobre_los_templos/Las%20Misiones%20Coloniales%20de%20Chihuahua.pdf. Consultada el 13 de febrero de 2017.
- Oakah L. Jones (1988) *Nueva Vizcaya: Heartland of the Spanish Frontier*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Ortega Noriega, Sergio (1999) *Breve historia de Sinaloa*. Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, México.
- Penagos Belman, Esperanza (2004) "Investigación diagnóstica sobre las misiones jesuitas en la Sierra Tarahumara" en *Cuicuilco* Vol. 11, Núm. 32, septiembre-diciembre. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México. pp.157-204.
- Powell, Philip W. (1985) *La guerra chichimeca*, Fondo de Cultura Económica, México.
Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias Mandadas Imprimir y Publicar por la Magestad católica del Rey Don Carlos II, (1841) tomo segundo. Madrid, Boix editor, impresor y librero.
- Rojas Galván, José (2016) "El traslado de familias de indios tlaxcaltecas hacia la región norte de la Nueva Galicia (Virreinato de Nueva España). Una política de colonización y pacificación del Imperio español de finales del siglo xvi" en *HISTORELO*. Revista de Historia Regional y Local, Vol. 8, Núm. 16, julio-diciembre. Bogotá D.C., Colombia, Universidad Nacional de Colombia. pp. 55-88.
- Shenk, Lynette O. y George A. Teague (1975) *Excavations at Tubac Presidio*. Arizona State Museum Archaeological Series Núm. 85. University of Arizona, Tucson.
- Sheridan, Cecilia (2000) *Anónimos y desterrados. La contienda por el sitio que llaman de Quauyula, siglos xvi-xviii*. Ed. Porrúa, México.
- Vallebuena Garcinava, Miguel y José de la Cruz Pacheco Rojas (2014) "El Camino Real de Tierra Adentro, eje de comunicación del septentrión novohispano" en *Revista Xihmai*. Revista de Investigación de la Universidad La Salle Pachuca, Vol. 9, Núm. 18. Pachuca, Hidalgo, Universidad la Salle Pachuca, Facultad de Ciencias Humanas. Disponible en: <file:///C:/Documents%20and%20Settings/user/Mis%20documentos/Downloads/Dialnet-ElCamino-RealDeTierraAdentroEjeDeComunicacionDelSep-4953703.pdf>. Consultada en febrero de 2017.
- Vázquez Loya, Dizán (2004) *Las misiones franciscanas en Chihuahua. Pistas y referencias para su investigación*. Cuadernos de Investigación Núm. 3. Unidad de Estudios Históricos y Sociales-Extensión Chihuahua, Instituto de Ciencias Sociales y Administración. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Chihuahua, México.
- Wright Carr, David (1995) "El arte en la frontera norte de la Nueva España: las misiones de San Antonio, Texas" en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*. Academia Mexicana de la Historia, México. pp. 71-104.
- Zavala, Silvio (1993) *La filosofía política en la conquista de América*. Fondo de Cultura Económica, México.



Entrevista

Entrevista al Dr. Ben A. Nelson

Nora Rodríguez-Zariñán

En el marco del III Congreso Internacional Carl Lumholtz, en agosto pasado, la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México (EAHNM) recibió la visita de connotados investigadores, uno de ellos, el Dr. Ben A. Nelson, profesor e investigador recién retirado de la Universidad Estatal de Arizona (ASU, por sus siglas en inglés). Dado lo anterior, la escuela propuso realizarle esta entrevista como parte de un reconocimiento a su labor docente y de investigación en torno a la arqueología del Norte y Occidente de México. El Dr. Nelson recibió su doctorado en la Universidad de Illinois y su trabajo se ha especializado en la arqueología del llamado Suroeste/Noroeste y del Occidente de México, ha sido apoyo importante de varios proyectos en esta área y es director del Proyecto Arqueológico Valle de Malpaso-La Quemada (PAVM-LQ), proyecto que lleva más de 30 años activo.

La entrevista se llevó a cabo en el espacio que alberga el fondo reservado de la biblioteca de la EAHNM, espacio silencioso y de colorido diverso por cada libro que, ordenado, se acomoda sobre sus estantes amarillos; en ese lugar, con acento marcado, pero en muy buen español,¹ Ben Nelson se presenta desde el campo académico, pero sin desdeñar el aspecto humano. A través de esta entrevista, el Dr. Nelson nos comparte sobre la combinación de su vida personal y profesional, su visita exploratoria y juvenil por México y por qué eligió trabajar en el área de Zacatecas, pero, sobre todo, nos deja conocer aspectos profesionales de su trayectoria de investigación y ahondar en sus ideas en torno a la arqueología de Norte y Occidente de México.

NRZ: Antes que nada, quisiera agradecer a la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México y al Dr. Nelson por permitirnos hacer esta entrevista. Esta entrevista, Ben, tiene como objetivo que nos hables de tu formación y de tus opiniones en términos profesionales, pero sin dejar de lado la persona que eres. Entonces, también buscamos saber un poco

sobre ti y por eso nos gustaría que comenzaras platicándonos sobre dónde creciste, cómo decides estudiar arqueología y cómo es que te mueves hacia Illinois para tu formación como arqueólogo.

BN: Nací en Nebraska, en el Medio Oeste de Estados Unidos. Mis parientes allí todos son granjeros y eso fue parte de mi formación; a los 16 años estaba trabajando en un rancho, manejaba tractores y todo eso. Después, mis padres fueron a Alabama, en el sur de los Estados Unidos, luego pasamos a la Florida, donde mi papá trabajaba como profesor de psicología, y en ese estado es donde me formé realmente, y estudié hasta la maestría en la Universidad Estatal de Florida, luego pasé a la Universidad del Sur de Illinois para el doctorado y después [ya como profesor enseñé] en varias universidades como en la de Nuevo México, en la Universidad de San Luis, en la Universidad del estado de Nueva York, en Buffalo, y desde hace 24 años estoy en la Universidad Estatal de Arizona en Phoenix. Así que el movimiento ha sido una constante en mi vida.

Ahora, respecto a cómo llegué a la arqueología del Norte de México, debo [comenzar por] mencionar que desde muy joven quería vivir en otro país así que viví cerca de un año en Colombia, porque estuve fascinado con la cultura latinoamericana y siempre he tenido esa curiosidad acerca de la vida en Latinoamérica. Sin embargo, lo que me atrajo al Norte y Occidente de México fue primero mi interés en el Suroeste de Estados Unidos. Como estudiante de posgrado trabajé en campo durante muchas temporadas en el área Mimbres, al suroeste de Nuevo México y ahí aprendí que había conexiones con el área al sur, dentro de México y eso fue lo que me intrigó bastante.

NRZ: Una pregunta que me gustaría hacerte es la siguiente. Dado el tipo de vida que implica ser arqueólogo, para quienes nos dedicamos a esto suele haber dos momentos. Uno es cuando decides *estudiar arqueología* y otro cuando decides *continuar en la arqueología* dado que muchas veces nos vemos movidos por diferentes circunstancias. Quería preguntarte si tú viviste esto, especialmente para compartir con los estudiantes.

BN: Yo soy un poco atípico en ese sentido. Las dos etapas ocurrieron al mismo tiempo porque había estado viviendo en Colombia y al regresar a Estados Unidos pasé por todo Centroamérica y al llegar a Tikal, en Guatemala, pasé unos días allí y me di cuenta que lo que quería hacer era estudiar arqueolo-

¹ Aunque ciertas palabras u oraciones han sido corregidas o agregadas entre corchetes para la mejor comprensión del contenido, las ideas se han respetado al cien por ciento, con el objetivo de alterar lo menos posible las expresiones originales de nuestro entrevistado.

gía. Fue casi como, no sé cómo se dice, pero fue casi como una revelación y, desde aquel entonces, no miré para atrás, no había mucha duda de qué fue la cosa que quería hacer, aunque todos tenemos dudas a veces.

NRZ: Y ¿nunca tuviste un momento en el que dudaste en hacer otra cosa de tu vida?

BN: Solamente cuando mi profesor de arqueología a quien tenía mucho respeto me dijo que iba a salir de la profesión porque le pareció irreal e insignificante lo que hacen los arqueólogos. En ese momento pensé ¿de veras? [risas]. Pero entonces seguí.

NRZ: Ben, algo que quería resaltar de ti es que eres ejemplo de alguien que ha sabido combinar exitosamente su vida profesional y su vida personal. Algunos estudiantes, especialmente de primer ingreso se cuestionan si estudiar arqueología implica no tener vida personal. Yo creo que tú eres un excelente ejemplo de que se pueden hacer perfectamente las dos cosas. Quería preguntarte si tienes algo que decirles al respecto. ¿Cómo has logrado este balance?

BN: Pues día por día [risas], y la primera cosa es escoger buena pareja porque va a haber dificultades. Y sí, es difícil combinar la vida personal con la arqueología, pero también es posible beneficiarse de ello. Por ejemplo, llevar a los muchachos [hijos] a campo para que vean cómo es vivir en campamentos y trabajar todo el día afuera.² Yo creo que es una batalla constante, pero jalando juntos, padres e hijos, aceptando que es una vida un poco diferente de la de los demás, como no mirar mucho la televisión [risas], sí se puede.

NRZ: Volviendo al tema académico, ya nos platicaste cómo comienza tu investigación en el Suroeste, especialmente en Mimbres y cómo es de ahí que te mueves hacia el sur, en este caso hacia La Quemada a través de tu viaje a Colombia, pero ¿por qué La Quemada?

BN: Fue como una revelación. No sé la palabra correcta, pero había viajado de Estados Unidos a Chiapas para reunirme con mi amigo, que estaba trabajando allí en arqueología, y nosotros dos pasamos dos semanas yendo por todo México, parando en cada sitio arqueológico principal en diferentes estados y, cuando llegamos a La Quemada y caminamos por el cerro y las diferentes partes dije: aquí quiero trabajar. Fue, otra

vez, una revelación, pero en el trasfondo de eso estaba la fascinación que tenía antes sobre la cuestión de intercambio [entre Mesoamérica y el Suroeste Americano] y cómo La Quemada había sido señalada como un punto de conexión, un puesto de avanzada, una conexión con las poblaciones del Suroeste de Estados Unidos. Ya tenía eso en mente, no fue solamente el aspecto físico de La Quemada, aunque claro que también fue importante, también el paisaje, todo eso.

NRZ: Una vez que eliges La Quemada, la mayor parte de la investigación en tu proyecto de Malpaso se desarrolla en la Terraza 18, ¿por qué la Terraza 18?

BN: Sí, escogimos 11 lugares para excavar en el flanco occidental de La Quemada, principalmente la Terraza 18, pero también 10 basureros que estaban conectados con otras terrazas residenciales. Al respecto, hubo varias razones. Una fue que Peter Jiménez, que estaba encargado del sitio y de su conservación, estaba enfocado trabajando en la parte central para poner el sitio listo para el turismo y todo eso. Él y yo vimos que esta área al flanco podría ser muy importante para entender la parte habitacional y para obtener un contraste y un espacio de comparación con diferentes partes del sitio, aunque resultó no ser así, pero así pareció. También, yo necesitaba un lugar restringido para trabajar porque queríamos trabajar lentamente, recolectar los datos con mucha paciencia para poder analizar muchas cosas diferentes, así que convenía escoger un área específica y limitada.

NRZ: Un espacio en el que no hubiera prisa de abrir al público.

BN: Bueno, sí contemplamos eso, pero luego en el Centro Regional y el consejo dijo que no convenía porque [esta área] estaba muy abajo de la parte del cerro que estaba adaptándose para la visita.

NRZ: Lo cual fue una ventaja porque permitió seguir haciendo investigación despacio. Bueno y, ¿cuáles eran tus objetivos en el Proyecto Valle de Malpaso-La Quemada en un principio?, ¿se modificaron con el tiempo?

BN: Queríamos saber qué motivó la expansión hacia el norte de lo que vimos en ese momento como la frontera mesoamericana. Pensé que [con La Quemada] sería posible tomar una buena muestra de un solo centro ceremonial que representaría los procesos de desarrollo y de cambio que vivieron varios centros que conformaron toda la expansión fronteriza. Eso fue un error. Después vimos que ese sitio existió solamente en un momento de la expansión. Había otros y había muchos cambios culturales, económicos y medio ambientales que no estaban representados en La Quemada. Pero ésa fue [en un principio] la idea, entender el crecimiento, el mantenimiento y

² La esposa del Dr. Nelson es la Dra. Margaret Nelson, especialista en la arqueología del área Mogollón y Mimbres, Nuevo México.

la caída de un centro fronterizo para entender toda la expansión [mesoamericana].

NRZ: Si eso fue un error, ¿cómo cambiaron los objetivos?, ¿cómo lo ves ahora?

BN: Bueno, esas son preguntas muy diferentes, pero en cuanto al cambio de idea, o sea, cómo vemos ahora el sitio distinto a como lo vimos antes, diré que fui a trabajar a La Quemada porque había sido indicada por otros investigadores como un puesto de avanzada de los toltecas que conectaba o formaba parte de una red de turquesa que incluía al Suroeste de Estados Unidos, que [a su vez] supuestamente fue la fuente de la turquesa que existió en Mesoamérica ya en forma de artefactos. Entonces, me atrajo la idea de poder observar la formación de un centro como ése, que estuviera involucrado en el intercambio a larga distancia de un recurso tan importante en esas ambas regiones, un recurso simbólico, un recurso que también tenía significado ideológico. Pero resultó que hay muy poca turquesa en La Quemada, [La Quemada] tampoco es del periodo tolteca y su crecimiento parece ser parte de un desarrollo que puede todavía haber tenido algo que ver con el intercambio, pero todavía no se sabe cuál fue la razón original por la que este sitio se formó [risas]. La Quemada fue parte de una formación múltiple de centros ceremoniales que eran como pares equivalentes en una región y había mucha interacción dentro de esta última. Ésa es otra cosa que ya ha cambiado para nosotros, [el hecho de que ahora] estamos enfocados en la interacción entre La Quemada y otros sitios dentro de la frontera, [ya] no con áreas muy ajenas.

NRZ: Claro, ahora lo entiendes de una forma totalmente distinta y, en ese sentido, ¿cuál es el papel que piensas que jugó el Valle de Malpaso en esta dinámica del Noroccidente?



Dr. Ben Nelson. Congreso Carl Lumholtz, Escuela Nacional de Antropología e Historia del Norte de México, 2019.

BN: Pues mi opinión acerca de ese tipo de cosas ha sido muy influido por algo que compartimos nosotros dos, el interés en los *wixaritari*, los huicholes, porque, aunque sí ha habido muchos cambios entre los siglos que existió La Quemada y ellos, yo veo a los huicholes como portadores contemporáneos de las tradiciones que vivían también los de La Quemada. Y una cosa que he observado es que los diferentes grupos, como los tepehuantes, los *wixaritari*, los coras, sí reconocen la existencia uno del otro, pero no son tan homogéneos entre sí; incluso dentro de los mismos huicholes, los de un pueblo no conocen mucho a los de otros. Así que [estos grupos] están muy contenidos, o sea introvertidos en su manera de vivir, y viven para convivir con los dioses, con las deidades, con el medio ambiente, pero no les conciernen mucho las otras poblaciones. Si llevas esa perspectiva a La Quemada y la comunidad que la rodea, entonces puedes imaginar que era un proyecto social que hicieron los de ahí y también participaron en cierta manera con otros centros u otras poblaciones. Probablemente sí había intercambio a larga distancia, bueno, obviamente había intercambio ideológico, pero estamos ahora tratando de entender qué tanta interacción había con centros más cercanos, por ejemplo, en el intercambio de cerámica. Y [con estos materiales] hemos hecho estudios tratando de entender el grado de interacción entre La Quemada y, por ejemplo, El Teúl, Las Ventanas, Alta Vista y, hasta el momento, parece que había mucha independencia.

NRZ: Lo que no significa que sean diferentes en todos los sentidos, ¿no? Como tú decías, están compartiendo también una manera de pensar en muchos casos.

BN: Claro, claro. Y sí había, en cierta manera, un papel regional de una comunidad a otra. Todo el mundo estaba consciente de los demás, pero no estaban en contacto muy a diario.

NRZ: Esto nos lleva justo a plantear el tema de la analogía etnográfica porque, como tú sabes, hay opiniones encontradas al respecto y es criticada en muchos casos, ¿cuál es tu opinión? La pregunta viene en relación con lo que estábamos hablando en torno a que hay sitios arqueológicos que pueden ser independientes pero que en están conectados ideológicamente. Entonces, ¿por qué sí es válido trabajar, por ejemplo, con los huicholes aun cuando de ninguna manera estemos argumentando que sean parientes directos con las poblaciones, por ejemplo, de La Quemada?

BN: Pues yo creo que la analogía etnográfica es un punto de partida para entender posibilidades que se pueden comprobar con datos arqueológicos. De ninguna manera estoy abogando el uso [histórico-]directo de analogías y creo que es muy importante reconocer que, en términos de la filosofía de ciencias, analogía no es identidad, es una una serie de semejanzas y diferencias entre dos cosas. Así que los que queremos en-

tender cosas en el pasado a través del uso de analogías etnográficas estamos obligados a identificar tanto las diferencias como las semejanzas, no solamente imponer una idea del presente en el pasado. Otra cosa que creo es que no prestar atención a la etnografía y a la etnohistoria es como tirar a la basura o descartar información muy importante, porque nosotros que [aunque también] vivimos en el siglo XXI, somos descendientes de europeos que han colonizado las Américas, tenemos muy distintas experiencias de vida en comparación con los indígenas. Los indígenas, en muchos sentidos, son mucho más cercanos que nosotros a los indígenas del pasado en su pensamiento, en su conducta, en sus relaciones sociales. Hasta yo creo que no se me van a ocurrir muy buenas ideas para comprobar acerca del registro arqueológico sin consultar la etnografía, la etnohistoria y a la experiencia personal de estar entre los indígenas. Creo que tengo un privilegio de ser un poco guiado por el uso de la analogía etnográfica porque he estado con la gente indígena, he participado un poco de su vida en diferentes partes, en el área maya, en el área huichol, y también conozco el registro arqueológico. O sea, tengo una manera de comparar y rechazar ideas que no tengan muy buena aplicación.

No todo el mundo que está involucrado en la arqueología tiene esa experiencia y he notado que las personas que no tienen mucha experiencia con los indígenas son los más arrojados en rechazar la analogía etnográfica. O sea, no quieren saber de ello porque realmente no pueden evaluarlo bien, así que yo pediría a todo el mundo que quiere hacer arqueología de una población que no es de su misma descendencia, que vaya a conocer a la gente que desciende de la población que estudia y trate de participar un poco en la vida, caminar en el paisaje, entender la perspectiva de cualquier gente indígena, porque va a ser una revelación. Para mí, estar entre gente que está relacionada con la que estudio en el pasado, es una de las cosas que ha cambiado no solamente la perspectiva académica, sino la vida también.

NRZ: Sí, es sumar ideas que no se ocurrirían de otra manera.

BN: Exactamente.

NRZ: Ben, quisiera aprovechar para reconocer públicamente que el Proyecto Arqueológico Valle de Malpaso-La Quemada se caracteriza porque ha abierto la puerta a muchas y muy diversas investigaciones que tienen que ver, por ejemplo, con el medio ambiente, con la región y también con esto de la etnografía. Tu manera de trabajar es muy abierta y dando muchas oportunidades de acceso a los materiales y a la información. Por eso, no quisiera dejar de mencionar que este proyecto ha valido mucho la pena y que, por los resultados que ha obtenido, definitivamente, es un parteaguas en la arqueología de la región.

Después de señalar lo anterior, creo que quisiéramos escuchar sobre lo que se está haciendo ahora en el proyecto.

BN: Primero, respondiendo a lo que dices, este proyecto ha sido una colaboración muy a largo plazo y con mucha gente y yo, aunque soy responsable técnicamente, no soy responsable intelectualmente de todo lo que se ha aprendido. Sobre todo, los colegas; mencioné a Peter Jiménez, pero también hay otros muy importantes como Laura Solar, por ejemplo, y otros colegas en la región que me han enseñado muchísimo. Asimismo, los estudiantes de posgrado, por ejemplo, tú, me han dado oportunidad de aprender cosas que son muy diferentes de mi propio pensamiento y han escogido temas y los han llevado a su fin solamente consultando conmigo, pero no son ideas mías en todos los casos. Así que no quiero presentar el proyecto como un logro sólo mío.

En términos de lo que deseamos ahora, en los últimos tres años aproximadamente hemos estado trabajando con la cronología porque resulta que La Quemada, aunque es un sitio bastante complicado y tiene muchos tipos diferentes de cerámica y, al llegar pensé “qué bueno, vamos a poder hacer una seriación tan bonita aquí porque hay tanta variación”, [en realidad], hacer esa seriación cerámica ha sido la cosa más difícil de hacer. En parte porque, como en todos los sitios mesoamericanos, hay mucho reciclaje de materiales, como para la construcción, pero también ya estamos dándonos cuenta de que la ocupación es muy relativamente corta. Pensábamos que estábamos hablando de unos cuatro siglos, que en comparación con otros sitios en la región no es muchísimo, pero ya parece ser aún menos, quizás dos siglos. A la misma vez, bueno, hay muchos problemas técnicos que podemos platicar, pero lo más significativo es que recientemente, con la tesis doctoral de Andrea Torvinen, hemos solucionado el problema de seriación cerámica y ya es posible con conteos de cerámica de diferentes partes del sitio, fechar el desarrollo del sitio un poco mejor. Otra cosa en la cronología es el desarrollo de la técnica de unificar los datos dendrocronológicos de los anillos de árboles con el fechamiento de radiocarbono y, otra vez, es una cuestión muy técnica que no puedo revisar ahora, pero la Dr. Paula Turkon, que fue miembro mucho tiempo del PAVM-LQ y ahora es investigadora que trabaja independientemente del proyecto, ha combinado fuerzas con el Dr. José Villanueva Díaz del INIFAP y con el Dr. Sturt Manning para utilizar la dendrocronología como manera de fechar. Eso es muy prometedor, no solamente en fechamiento sino también en entender los cambios climáticos porque los anillos de los árboles son respuestas a cambios climáticos anuales, entonces, estamos muy emocionados de poder trabajar en ese campo ahora.

La otra cosa que estamos haciendo es tratar de preparar la colección para su futuro cuando yo por lo menos no vaya a estar presente y queremos que la colección siga accesible de alguna manera, entonces, tiene que estar bien organizada y documentada. Estamos en eso.

NRZ: Especialmente porque esta colección tiene de respaldo un buen registro de procedencias, de contextos; por ello, deshacerse de esta colección, que siempre se puede analizar desde diferentes perspectivas, significaría, en muchos sentidos, una pérdida.

Por otra parte, volviendo un poco a las temáticas del principio, ¿en qué momento piensas que se encuentra la arqueología del Noroccidente y del Norte de México en torno al tema de cómo está conectando al Suroeste Americano y a Mesoamérica? Tú comienzas el PALQ-VM en parte en relación con estas cuestiones; así que, en tu opinión, ¿habría que volver a estas preguntas, repensarlas, hacerse otras?

BN: Es como has dicho tú, todavía se ve conexión y también que hay desarrollos independientes en las diferentes regiones. Para mí está muy claro que Mesoamérica termina en Durango y en Sinaloa, luego hay una cierta área no muy definida de afiliación, y después está el Noroeste/Suroeste que es como un paquete cultural algo diferente, aunque también adopta muchas tradiciones, símbolos e ideología, y también hay intercambio material entre las dos regiones, pero las veo como distintas. Pero también como antes señalaba, veo que todas las poblaciones que componen estas regiones son como pequeños mundos o comunidades que son, en cierto sentido, separadas unas de otras.

NRZ: Entonces, hasta cierto punto, podrían ser todavía las mismas preguntas, sólo con una manera muy distinta de abordarlas en cuanto a técnicas, métodos y teorías para responderlas.

BN: Sí, creo que hemos avanzado en el sentido de que, en gran parte, la cronología de esas regiones está mejor entendida y hemos podido saber que, por ejemplo, la conexión tolteca no es exactamente como se había pensado aun cuando sí existe



Zona Arqueológica La Quemada, fotografía cortesía de Loni Kantor, 2009.

una esfera tolteca, como le llama Peter Jiménez, pero también, como dice él, existen muchas esferas locales o regionales que participan en esa conexión tolteca. Entonces, pues sí, vamos mejorando el entendimiento, pero también hay cierta continuidad de preguntas.

NRZ: Casi terminando, Ben, quería preguntarte también que, ya que has dedicado todos estos años para trabajar en el área de Zacatecas y en facilitar estas investigaciones en el Norte de México, ¿qué te deja trabajar aquí?, o sea, ¿cuál consideras que fue la diferencia de trabajar en Zacatecas y no haber continuado tus investigaciones en Nuevo México, por ejemplo?, ¿qué piensas que has ganado como persona o como investigador?

BN: Pues contacto con mucha gente que no hubiera conocido, con áreas de cultura prehispánica que no habría entendido. Y ha sido una experiencia muy rica en entender la arqueología en sí porque he tenido que regresar a cosas que en el Suroeste de Estados Unidos ya estaban establecidas, como la seriación cerámica, por ejemplo, y la acumulación de datos hasta un punto donde puedes hablar de conjuntos de comunidades o hasta de comunidades en sí. La combinación de datos que he podido ver es muy diferente de lo que habría visto en Estados Unidos. En Estados Unidos la arqueología es mucho más intensificada y hay una posibilidad de observar cosas que no podemos tener hasta el momento en el Norte de México porque no tenemos como millones de tepalcates recolectados, no tenemos decenas de miles de sitios registrados, así como es el caso en Arizona y Nuevo México, y las preguntas que se pueden contestar con ese tipo de datos son diferentes, así que he tenido que trabajar con asuntos más básicos en cierto sentido pero también a una escala de perspectiva más grande.

NRZ: Esto nos lleva a hablar sobre qué diferencias observas en la arqueología que se hace en Estados Unidos y la arqueología que se hace en México porque, si bien la frontera es nueva, ésta siempre afecta a las investigaciones. ¿Cómo ves tú la diferencia? Ya mencionaste que en el Suroeste de Estados Unidos tienes cierto tipo de datos que no tienes en el Norte de México y eso te obliga a trabajar diferente, ¿qué más?

BN: Sí, desde que empecé a trabajar en México he tratado de entender las diferencias de las perspectivas porque me fue obvio desde un principio que estábamos hablando de arqueología en diferentes maneras y los temas que interesan a los arqueólogos del Suroeste de Estados Unidos son diferentes que los del Norte-Occidente de México, y es a causa, por una parte, de la preparación académica y, por otra, como dije, de la condición de la arqueología, o sea, del conocimiento de la arqueología [cantidad de datos arqueológicos con los que se cuenta]. En cuanto a la preparación, la preparación de arqueólogos en México es muy, muy bueno, desde un principio de, cuando uno

empieza a estudiar la disciplina, ya está metido en técnicas de arqueología, en experiencias; desde pasante puedes organizar un proyecto, recolectar datos y hacer conclusiones. En cambio, en Estados Unidos uno que estudia el nivel de licenciatura estudia muchas cosas y la arqueología es solamente una pequeña parte, aunque sea especializado uno en arqueología. Ahora, al entrar en la maestría es un poco diferente, uno ya se concentra más. Pero todavía los estudiantes de posgrado en Estados Unidos, incluyendo yo su servidor, somos muy poco entrenados en arqueología a ese nivel, no reconocemos la importancia de muchas cosas, como la estratigrafía y todo eso. Uno tiene que aprender mucho en estudios de posgrado, por eso hay muchas clases en estudios de posgrado. Eso respecto a la preparación. En la práctica alguien que se especialista en arqueología en Estados Unidos normalmente se responsabiliza de una región, un tema y una técnica de investigar. Por ejemplo, yo me especialicé en el Suroeste de Estados Unidos y estuve interesado en esos tiempos en los efectos de población, en la organización social y en el análisis de cerámica; otra gente se interesa en ADN, en petrografía, en muchas cosas así. Pero uno no está tan arraigado en su región, uno no tiene la obligación de trabajar durante décadas en su región para acumular una perspectiva y después empezar a poder entenderlo, uno trata de entenderlo de una vez y a veces el entendimiento puede ser superficial.

NRZ: Finalmente, después de estos más de 30 años de investigación que tienes en la región de Malpaso, ¿cuál sería tu evaluación, tu perspectiva o qué podríamos concluir después de estos años? Claro que las conclusiones las estás trabajando, pero, hasta este momento, ¿cuál es tu balance del proyecto?

BN: Pues creo que un punto muy importante, si no es que el más importante, es que, si vas a hablar de redes de intercambio, por ejemplo, o cualquier idea de gran escala, por ejemplo, aquello de que la frontera de Mesoamérica avanzó hacia el

Norte por cambios climáticos, hay que tener muchos puntos de referencia en los datos, o sea, sacar datos de muchos sitios. No puedes empezar con la idea de un sistema de intercambio y proyectarlo hacia atrás en el tiempo o empezar con una hipótesis de cambios climáticos, recolectar datos en un lugar, encontrar una coincidencia de cambio climático con la ocupación o desocupación de un área y concluir que sí, que ello confirma nuestra idea. Es muy importante tener puntos de referencia amplios y numerosos para poder tratar con estas hipótesis de gran escala. Ése es más o menos el balance que yo saco.

NRZ: Lo que, por supuesto, implica muchos años de investigación y muchos colaboradores.

BN: Y mucha gente, exactamente.

NRZ: Bueno pues, quiero agradecerte también que te hayas tomado la molestia de aprender español en todos estos años, es algo que no todos los investigadores hacen y que siempre se agradece.

BN: [Risas].

NRZ: ¿Hay algo que quieras decirnos para finalizar la entrevista?

BN: Pues que gracias por la atención, mi carrera no es tan poco usual, pero ha sido un placer platicar un poco sobre ella.

NRZ: Para nosotros también.

BN: Muchas gracias, Nora.

NRZ: Muchas gracias, Ben.

Agosto 22 de 2019, Chihuahua, Chih.



Reseña

Leticia González Arratia. *Historia y etnohistoria del norte de México y la Comarca Lagunera*.

Instituto Nacional de Antropología e Historia, Regiones de México, México, 2007

Víctor H. Valdovinos Pérez¹

Esta obra, que apareció publicada por primera vez a finales de 2007, reúne cinco ensayos relacionados con la historia, etnohistoria y la arqueología de la Comarca Lagunera; cuatro de estos textos fueron publicados entre 1989 y 1991, mientras que el quinto documento fue resultado del Primer Coloquio Internacional del Noreste Mexicano y Texas,² evento académico que en 2019 celebró su VIII edición. Los textos fueron corregidos y aumentados para la presente publicación.

El contenido del libro está organizado de tal forma que la autora ha priorizado el orden estructural —y no el cronológico de la publicación original de cada ensayo— con el fin de comprender a la Comarca Lagunera como región cultural. En “Hacia una historia regional”, Leticia González comienza por enfatizar la ausencia de estudios serios, científicos y críticos, en una región que se caracterizaba —como muchas otras zonas del norte de México— hasta hace pocos años por la actividad predominante de aficionados, donde la recopilación de documentos inéditos, su ordenamiento y publicación, se consideraban prioritarios para el desarrollo de la historia local. Si bien estos esfuerzos han sido útiles para conservar la memoria histórica de la región, al no estar vinculados entre sí, ofrecen un aporte limitado para la comprensión del panorama regional, particularmente por carecer de un análisis historiográfico crítico sobre el contexto social, económico y político de cada obra al momento de su escritura, así como el objetivo último de su contenido; es decir, su justificación. En este sentido, la autora propone vincular y analizar las distintas fuentes de información para elaborar una historia regional —no sólo local— articulada.

En el ensayo “La mujer recolectora y su papel en la reproducción material de los grupos cazadores-recolectores prehistóricos del desierto de norte de México”, González Arratia pone en práctica el análisis crítico de las fuentes, la lectura minuciosa y entre líneas de los documentos etnohistóricos, y

los datos arqueológicos, para presentar una visión generalizada del papel e importancia de las actividades de subsistencia llevadas a cabo por las mujeres recolectoras en la vida cotidiana. En esencia, propone que tales actividades fueron fundamentales para la sobrevivencia de todo el grupo. La importancia del entorno natural, los recursos alimenticios disponibles y sus ciclos reproductivos, son relacionados por la autora con la organización y división del trabajo que señalan los documentos etnohistóricos. El ensayo incorpora al marxismo como posición teórica, utilizando las categorías de producción, producto y reproducción, para plantear que las actividades realizadas por las mujeres recolectoras fueron fundamentales en la sobrevivencia exitosa del grupo cazador recolector; no obstante, señala que estas actividades tuvieron únicamente un valor de uso, a diferencia del valor de uso y cambio que adquirieron las actividades masculinas. Esta posición privilegiada de los individuos masculinos sobre los femeninos le lleva a plantear la existencia de desigualdad social en estas sociedades. Por otro lado, el ensayo puede ser visto desde los estudios de género, enfoque que en la antropología, y particularmente en la arqueología, ha tenido mayor impacto sobre todo en este siglo XXI.

Presentado como ponencia en 2003 en el marco del *Primer Coloquio Internacional del Noreste Mexicano y Texas*, celebrado en Saltillo, Coahuila, el texto “La Laguna de Mayrán, los habitantes nómadas del desierto y el paisaje natural en el momento de la conquista española”, es un estudio de caso que busca ejemplificar cómo el entorno lagunero y la alta disponibilidad de recursos naturales —entre ellos al agua misma— favoreció la reproducción física, material, social e ideológica de los grupos cazadores recolectores. La premisa inicial considera que la laguna y el entorno natural circundante compuesto por sierras y lomeríos, formaron un oasis efímero que fungió por un tiempo breve, pero cíclico, como un espacio vital para la congregación de distintos grupos cazadores recolectores. El resultado de su análisis es un modelo de organización conceptual de la laguna como oasis temporal y los recursos disponibles y aprovechables por breves periodos de tiempo, un espacio físico en el cual se fortalecerían las relaciones sociales, y se incrementaría la densidad de actividades rituales y ceremoniales, evidenciadas por la alta frecuencia de manifestaciones gráfico rupestres y el uso de cuevas con fines funerarios. Desde otra perspectiva, el ensayo vincula las distintas evidencias arqueológicas —tipologías de sitios, materiales arqueológicos, contextos mortuorios— con la información etnohistórica para mostrar una lec-

¹ Centro INAH San Luis Potosí.

² En 2007 se publicó la primera versión del ensayo, en tanto que en 2008 una segunda versión apareció en la *Memoria del Primer Coloquio Internacional del Noreste Mexicano y Texas*, editado por el INAH. Esta publicación fue enriquecida con figuras del modelo conceptual desarrollado en el texto.

tura hipotética de la dinámica cíclica de estas sociedades, con diversidad grupal reconocida en el norte de México a partir de las fuentes etnohistóricas, pero con una respuesta semejante ante un entorno relativamente homogéneo; de manera adicional, el ensayo permite sustentar que las investigaciones en este tipo de sociedades son fundamentalmente de estudios de área.

“El discurso de la conquista frente a los cazadores recolectores del norte de México” es un ejercicio de lectura crítica de los documentos coloniales, en los cuales estos grupos “chichimecas” son presentados como “salvajes” y “hostiles”, prejuicios que llevaron a los españoles a justificar la conquista espiritual con acciones de exterminio y conquista militar en el amplio territorio semidesértico de la Nueva España. Extractos literales de estos documentos coloniales ejemplifican estos prejuicios, y otros, indiscutiblemente, contradicen tales aseveraciones; sin embargo, estas ideas no cambiaron el desarrollo de una concepción prejuiciosa de estos grupos cazadores recolectores. Una prueba del arraigo vigente de tal discurso es la idea que prevalece en la sociedad actual a partir de la historia oficial y los discursos museográficos que siguen considerando a los cazadores recolectores a partir de esquemas evolucionistas, reduccionistas y homogéneos.

El último ensayo, “La Laguna: ¿una comarca sin historia?”, abarca un periodo comprendido entre la segunda parte del siglo XIX y los años ochenta del siglo XX. Fundamentalmente de carácter histórico y bajo un esquema diacrónico, la autora plantea cómo los intereses políticos y económicos de los go-

biernos mexicanos han impactado de forma contrastante en la configuración sociocultural de la población actual, modificando no sólo las desigualdades en la estructura social, sino también en el entorno ecológico. Estos cambios bruscos y radicales han tenido un impacto negativo no solamente en la esfera social, sino también en la noción de la historia, su importancia como legado y han aportado al detrimento del patrimonio arqueológico ligado a la profundidad histórica de la región.

A 13 años de la publicación de este libro, consideramos que sus estudios tienen vigencia y que es necesaria la revaloración de sus aportes. El contenido de la obra puede ser visto desde distintos ángulos: 1) como un ejemplo de la historia regional en el que los trabajos abarcan distintas escalas espaciales y temporales, 2) como un diálogo interdisciplinario entre la antropología —etnohistoria y arqueología— y la historia, de tal forma que desarrolla sus investigaciones desde una perspectiva integral, 3) como textos individuales que destacan los aportes de la etnohistoria y del quehacer arqueológico o histórico, 4) como ejemplo para los estudios de género —sin que éste haya sido el enfoque central explícito— a partir de la información etnohistórica vinculada con postulados teóricos, 5) como ejemplo del uso y contrastación de propuestas teórico-metodológicas para el estudio de las sociedades cazadoras recolectoras. En esta obra, Leticia González Arratia construye puentes armónicos entre la teoría y la metodología desde la interdisciplina contemporánea.



Lineamientos editoriales

La revista *Expedicionario* es una publicación editada semestralmente por la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México del Instituto Nacional de Antropología e Historia, con el objetivo de divulgar trabajos de investigación antropológica preferentemente del norte de México, aunque también de otras regiones sin importar país o continente.

La revista recibe artículos y reseñas bibliográficas. El trabajo enviado compromete al autor a no proponerlo en otras publicaciones de manera simultánea para su publicación.

Todos los trabajos deberán enviarse al correo: eahnm.expedicionario@gmail.com

Las contribuciones deberán presentarse con las siguientes características:

1. Formato carta (21.5 x 28 cm), doble espacio, con letra Times New Roman a 12 puntos, con márgenes superior e inferior de 2.5 cm, e izquierdo y derecho de 3 cm.
2. Las contribuciones de artículos deberán tener como mínimo 20 y como máximo 35 cuartillas (incluyendo notas, gráficas, tablas, citas y bibliografía; las fotos se mandarían en carpeta aparte).
3. El título, en inglés y en español, no debe ser mayor de 15 palabras.
4. Las contribuciones, salvo reseñas, deberán anexar:
 - a. Un resumen en español e inglés que no supere las 120 palabras y que destaque las principales aportaciones y conclusiones del artículo.
 - b. Un listado de cinco palabras clave en español e inglés que identifiquen el contenido del texto.
5. Las notas al pie de página serán exclusivamente para comentarios concretos y pertinentes. No deberán incluir referencias bibliográficas. Los artículos de carácter histórico podrán incluir la fuente de consulta.
6. Los materiales auxiliares como imágenes, tablas, figuras y gráficas se enviarán en formato original y en archivo aparte.
 - a. Si las gráficas y los cuadros fueron generados en el mismo programa del texto, no será necesario remitirlas en archivo separado.
 - b. Las figuras, mapas e imágenes (indistintamente todas se nombrarán como figura) se anexarán en formato de imagen (jpg, tif, png), a una resolución mínima de 300 dpi y en escala de grises (b/n).
7. Las reseñas bibliográficas se deberán ajustar a 5 cuartillas. Deberán centrarse en libros académicos actuales (publicados como máximo el año inmediato anterior).
8. Si el artículo contiene citas textuales menores de cinco líneas, éstas deberán ir en el cuerpo del texto, entre comillas. Si la extensión es mayor, deberán escribirse en párrafo aparte, con sangría en todo el párrafo, sin comillas, en el mismo tamaño de letra y con el mismo espaciado que el resto del artículo. Cuando la cita contenga agregados y omisiones del autor, éstos deberán encerrarse entre corchetes.
9. Para las obras a las que se haga referencia dentro del cuerpo del texto se usará el sistema APA: autor-año, con las páginas citadas cuando sea el caso. Entre paréntesis se incluirá el apellido del autor [coma], el año en que se publicó la obra [coma], página citada [p. 35] o páginas citadas [pp. 32-36]. Ejemplo: (Apellido, año, p. página /pp. páginas); con dos autores (Apellido y Apellido, año, p. página/s); con tres autores (Apellido, Apellido y Apellido, año, p. página/s); con más de tres autores (Apellido *et al.*, año, p. página/s). Para el reconocimiento del crédito de autor respectivo, el *et al.* será suprimido en las referencias. Cuando se haga alusión en términos generales a una obra particular de un autor se deberá indicar entre paréntesis el año de la publicación de la misma. Ejemplo: autor (año). Cuando varias obras del mismo autor se hayan publicado el mismo año, se distinguirán añadiendo una letra al año. Ejemplo: (Apellido, año(a), p. página/s), (Apellido, año(b), p. página/s).
10. Las citas incluidas en el texto deberán coincidir con las referencias al final del texto.
11. Cuando se mencione la obra de un autor, el título de la misma deberá ponerse en cursivas.

12. Las notas explicativas se situarán a pie de página, a espacio sencillo, con letra Times 10 puntos y señalando la numeración de las mismas.

13. Al final del texto deberá figurar un listado completo de la bibliografía empleada (en orden alfabético), bajo el título de Referencias y con el siguiente formato:

a. Libros:

Turner, Victor. (1982). *From Ritual to Theatre: The Human Seriousness of Play*. Nueva York: PAJ Publications.

b. Capítulos de libros, artículos de revistas y publicaciones periódicas:

Sariego Rodríguez, Juan Luis. (2013). ¿Qué futuro para la antropología en el norte de México?, en Mónica Iturbide (ed), *La investigación antropológica y la formación profesional en el norte de México* (pp. 27-40).

Chihuahua: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Escuela de Antropología e Historia del Norte de México.

c. Publicaciones provenientes de internet:

Juárez, Víctor Hugo. (2016). Circula mensaje de ajuste de cuentas y toque de queda en whatsapp. En *El tintero noticias.com* Disponible en: <http://eltinteronoticias.com/noticia.php?noticia=30747&tipo=11> [24 de marzo de 2017].

ARBITRAJE

1. El director de la revista *Expedicionario* remitirá al autor acuse de recibo de su trabajo en un plazo no mayor de un mes, y en el plazo de cuatro meses (que podría ampliarse en circunstancias extraordinarias) le remitirá la resolución final sobre el mismo.

2. Para ser publicado en la revista *Expedicionario* todo trabajo será sometido a una fase de selección y a un proceso de dictamen. En la primera fase, el director de la revista *Expedicionario* seleccionará los artículos que correspondan con las áreas temáticas tratadas y que cumplan con los requisitos académicos indispensables de un artículo científico.

3. Las contribuciones serán sometidas al dictamen tipo doble ciego. El proceso de dictaminación será secreto y no se dará información nominal respecto a éste. Las colaboraciones aceptadas se someterán a corrección de estilo y su publicación estará sujeta a la disponibilidad de espacio en cada número.

4. El envío de cualquier colaboración a la revista implica no sólo la aceptación de lo establecido en estas normas editoriales, sino la autorización para la inclusión del trabajo en la página electrónica (en formato PDF) de la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México, reimpressiones, colecciones y en cualquier otro medio que se decida para lograr una mayor y mejor difusión del mismo.



ESCUELA DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA DEL NORTE DE MÉXICO

CALLE 5 DE FEBRERO E INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL



**Escuela de
Antropología e Historia
del Norte de México**